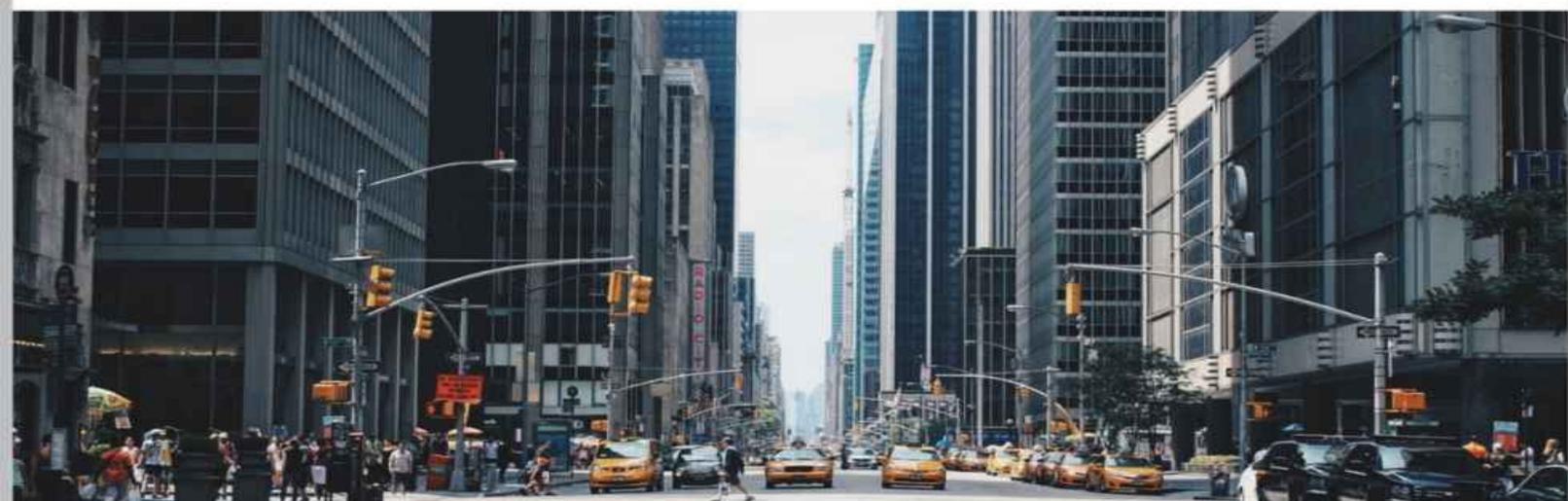




*En los negocios y
en el placer... 2
(No todo vale)*

CAROLINA GATTINI



En los negocios y en el placer... 2 (no todo vale)

Carolina Gattini.

Prólogo

Me llamo Robert Doyle, llevo un traje italiano a medida que me sienta como un guante y un reloj de oro en mi muñeca. Me siento como si fuera un idiota, me siento como si fuera mi hermano, Jonathan Doyle.

Todos me miran como si no pudieran creer que estoy aquí, en una enorme sala de reuniones donde los principales accionistas me estudian de arriba abajo, sólo les falta el monóculo... Después de pasar casi dos años en Tailandia todo esto me parece una broma, o una pesadilla. Pero tengo que defender mi posición en este mundo cruel donde los negocios son como la presa de un montón de tiburones. Soy un buscador de sensaciones, diagnosticado, he buceado en aguas llenas de tiburones de verdad, pero estas experiencias son demasiado peligrosas. Sinceramente no creo que esté hecho para esto, para los negocios, pero no tengo más remedio. Mi hermano se ha casado y ha decidido "cortarme el grifo", por lo que ya no podré mantener mi vida tal cual la he conocido. Él ha renunciado a seguir en Nueva York y ha dejado todo a mi cargo mientras se divierte con su querida esposa. Nunca he odiado a mi hermano, pero estoy experimentando ciertos sentimientos encontrados...

Estas cosas no se le pueden hacer a alguien como yo, no estoy acostumbrado. Lo bueno de ser el hermano pequeño durante mucho tiempo es que nadie espera nada de ti, ese es el trato no escrito en el universo desde el origen de los tiempos. Además, no me gustan las responsabilidades, siempre he huido de ellas como de la peste. Tampoco me gusta que me miren todos como si fuera retrasado.

A mi derecha tengo una panda de vejestorios que prefiero no describir, a mi izquierda se han sentado los "jóvenes", tal vez en otro universo sean jóvenes, en éste sólo son "menos viejos". Bueno, y no sólo hay accionistas, también han venido acompañados de sus abogados, etc. Pero todos y cada uno tienen algo en común, creen que soy un inútil.

Una de las accionistas, en el lado de los vejestorios, me mira como si hubiera matado a uno de sus hijos. Me dan ganas de gritarle que no he cometido ningún crimen. Pero no me dejaré intimidar, ni por ella ni por la cuatros con pinta de abogaducha reprimida sexualmente que hay sentada tras

ella. Al lado de los "jóvenes" hay otro espécimen que me mira sonriendo, como si estuviera esperando que metiera la pata en cualquier momento. Yo no necesito esto, no lo quiero. Será mejor que renuncie y llame a mi hermana. Ella se ocupará de estos idiotas.

—Disculpen, tengo que hacer una llamada —me limito a decir mientras el poco agradecido público cuchichea ante mi anuncio.

Ya sé que esperaban algo más elocuente tras citarlos a todos con lo difícil que es.

Me voy de la sala con toda la dignidad de la que soy capaz y cierro la puerta dejando escapar un suspiro mientras lo hago.

—¿Señor? —dice Francis, mi secretario.

—Llama a mi hermana y cítalos mañana para que se reúnan con ella, y les dices que estoy enfermo.

—Su hermana tiene doce años —me recuerda sin perder la calma, pero mirándome como si hubiera perdido la cabeza.

—Sí, pero saca muy buenas notas en el colegio, que por cierto es un buen colegio, habla cuatro lenguas perfectamente, y además en matemáticas es la mejor de su clase, creo que es superdotada. Y lo más importante: tiene mucho temple, clave para enfrentarse a ese grupo de ahí dentro. ¿No crees?

—No voy a responder a eso.

—He dado una orden y tienes que cumplirla.

—No estamos en el ejército. Además, a mí me paga su hermano.

—Pues entonces no me llames señor, que me creo que mando. Y tutéame.

—¿Bob?

—Bob suena a perro. Robert está mejor.

—Pues entonces, Robert —remarca mi nombre con un tono agudo—, entra ahí y haz tu trabajo o lo perderemos todos —me ordena ahora levantándose de su silla tras la mesa y cambiando el tono amable por otro más duro.

Suspiro y cierro los ojos, tiene razón... Debo entrar ahí.

Aún estoy decidiéndome cuando la puerta de esa infernal sala se abre y aparece la cuatrojosa que me miraba esperando que hiciera alguna estupidez, bueno, como me miraban todos, pero ésta es más repelente, me recuerda a una compañera del colegio que creía saberlo todo.

—Tengo una reunión dentro de una hora, ¿va a tardar mucho? —me pregunta con una voz demasiado aguda incluso para aquella compañera de

colegio.

—¿Megan? —pruebo por si se trata de aquella niña, que ha crecido y ha llegado a mi vida de nuevo para amargarme la existencia en mi etapa adulta con su voz aguda.

—No —se limita a responder antes de darse la vuelta frunciendo el ceño. Aún es más repelente y fea cuando hace ese gesto de desprecio.

Francis viene hasta mí y me da una palmadita en la espalda para infundirme valor.

Vuelvo a entrar con pasos lentos pero aparentemente decididos y me coloco frente a la mesa, presidiéndola en la cabecera. Tengo un montón de carpetas apiladas frente a mí que recuerdo que debía dárselas a ellos. Un secretario a mi derecha y otra secretaria a mi izquierda esperan mi orden para entregárselas a cada uno de los accionistas minoritarios que rodean la mesa. Yo les hago un gesto afirmativo con la cabeza y las distribuyen.

Tendría que haber hecho esto de las carpetas mucho antes, porque así se habrían entretenido leyendo y no mirándome. Y ahora que lo pienso, podría haber puesto una pantalla con una proyección, así habría desviado su atención. Me lo apunto mentalmente para la próxima, aunque preferiría que no hubiera una próxima.

—Parece correcto —dice uno del lado de los vejestorios, un abuelo canoso y con gafas de culo de vaso—. Pero el problema que yo veo, y creo que estamos todos de acuerdo en esta mesa, es que no nos fiamos de usted.

—Me ofende —digo sobreactuando, colocando mi mano izquierda sobre mi pecho.

Veo a la cuatros ojos poner los ojos en blanco y a la vieja a su lado negar con la cabeza.

—No hemos venido a perder el tiempo —dice otro en el lado de los "jóvenes", parece el típico chulo de Wall street, no puede llevar más gomina en la cabeza...

—El problema es que tiene la mayoría de acciones —dice una mujer a su lado, esa no lleva gomina, lleva peluca, creo, porque ese pelo tan cardado no es normal.

Y por fijarme en todas estas tonterías es por lo que jamás me dediqué a los negocios como hizo mi hermano.

—Estoy dispuesta a comprar las acciones y ocuparme yo mismo de la empresa —asegura el viejo de las gafas de vaso.

—Ya quisiera yo, pero no puedo hacerlo, me temo que tendrán que

soportarme. Legalmente es como si estuviéramos casados. Nos tenemos que aguantar mutuamente.

Se oye un murmullo que empieza a subir de tono. Luego se ponen a discutir unos con otros y yo me siento.

La señora sentada con la cuatrojos se levanta para hacerse oír y por alguna razón que desconozco todos se callan.

—Como segunda accionista, tengo una propuesta que hacer. Les cito mañana a la misma hora.

Y la tía se queda tan ancha, recoge su carpeta y se va, seguida de la gafotas.

Bueno, y ¿yo que hago? ¿qué pinto aquí?

Decido concluir la reunión y todos asienten recogiendo sus cosas al igual que hago yo, un poco incómodo por la situación.

—Francis, ¿quién es esa?

Él me mira frunciendo el ceño sin saber de quién hablo.

—La vieja y la gafotas.

—Son dos huesos duros, no me atrevería a llamarlas así. Ni siquiera en privado.

Capítulo 1.

No, no me llego a acostumbrar a este estilo de vida, ni al trabajo. Levantarme a las 8 es un crimen, me niego. Que celebren esa reunión ellos solos, total yo no pinto nada allí. Me niego a levantarme de la cama, ¿qué va a pasar si no voy? Van a decidir lo que quieran ellos solos y encima nadie me toma en serio. Apago el despertador y sigo durmiendo. ¡Que más da! Ya madrugué ayer y no tengo costumbre. En algún sitio leí que era malo para la salud cardiovascular madrugar tanto...

Cuatro horas después.

El sonido insistente y exasperante del teléfono me está matando, estaba soñando con ese sonido y, cuando despierto, descubro que es real.

Descuelgo al fin y oigo una voz masculina.

—Señor, disculpe, es que hay una señorita que está subiendo a su piso, no sé cómo ha conseguido la llave, pero como me dijo que nadie le molestara jamás... Y que si a alguien se le ocurriera venir a visitarlo llamara a la policía...

—¿Y la has llamado? —pregunto bostezando.

—No, señor, al tener la llave no podría llamar a la policía.

—¿Y cómo es la señorita? ¿Está buena?

El conserje se queda en silencio unos segundos.

—No creo estar autorizado para emitir un juicio así, señor.

Que hombre tan estricto, podría decirme que sí o que no. Todo es tan raro aquí... No me gustan las ciudades.

Me despido de él y cuelgo. Mientras estoy estirándome en la cama y bostezando de nuevo antes de decidirme a levantarme, una sombra aparece tras la puerta medio abierta de mi habitación. Joder, me estoy acojonando.

Agarro la manta de plumas y la llevo hasta la barbilla acostado aún en mi cama. Sólo falta la música de una película de terror y creo que me cagaría literalmente encima.

Cuando aparece tras la puerta esa mujer suelto un grito de puro horror y ella me mira enfadada acercándose hasta la cama y agarrando la manta para

quitármela de encima.

—¡No, por favor! —exclamo aterrorizado.

Ella niega con la cabeza y yo trago saliva y agarro con más fuerza la manta.

—Estoy desnudo.

Ella parece dudar mientras valora las posibilidades.

—Te voy a explicar cómo serán las cosas a partir de ahora —amenaza soltando la manta, al fin debe haber decidido que era mejor no quitármela y exponerse a la posibilidad de verme desnudo—. Me han nombrado tu administradora en la reunión a la que no has asistido. Tu empresa y mi empleo dependen de que te comportes como un ser humano normal, y yo tengo órdenes de que así sea.

Cada vez me da más miedo esta mujer. Ahora entiendo por qué el conserje no quería emitir un juicio de valor sobre la susodicha. Es la gafotas de la reunión, ahora me acuerdo de ella. Con esa voz aguda... Tan estridente a estas horas de la mañana.

No he pasado tanto miedo ni cuando estuve en una cárcel turca un par de días, prefiero no recordarlo, pero es que ha sido inevitable tras la imagen de esa mujer. Que ahora que lo pienso, me pregunto si es una mujer o un hombre delgado, aunque tiene el pelo largo, pero no por ello tiene que ser mujer, ¿no? Bueno, tal vez me estoy pasando en su descripción, pero es poquita cosa y muy poco femenina.

—Levántate y vístete, te espero en el salón. Tienes cinco minutos —me ordena.

¿Ésta qué se cree? Está loca si cree que voy a obedecerla...

Sin embargo no me da margen de respuesta, porque cuando se me ocurre una respuesta para ella, ya se ha ido.

No tardo cinco minutos, tardo uno en ponerme los pantalones y una camisa y presentarme en el salón, donde me espera de pie con su maletín.

—No pensarás ir así a la oficina, ¿verdad?

—No pienso ir a la oficina, pero si quisiera ir, ¿por qué no podría ir así?

Ella me mira boquiabierta, creo que se ha quedado sin palabras, y yo sonrío al comprobarlo en su reacción. Pero no, no se ha quedado sin palabras.

—Pues para empezar es ridículo lo que llevas puesto, esa camisa no tiene botones hasta el ombligo, por no hablar de los pantalones, que creo que es imposible que el ojo humano pueda apreciar más variedad de colores,

además de que la gente acabaría preguntándose hasta dónde llegan tus partes nobles —dice ruborizándose al final.

—Si alguien se preguntara eso se lo podría enseñar —aseguro sonriendo y sosteniendo mis "partes nobles" con la derecha. Creo que ya sé su punto débil, parece muy dura, pero no es más que una niñata que se ruboriza y llama "partes nobles" a mis partes nobles, pienso sonriente—. Además, nunca se sabe cuándo será necesario hacer yoga, o incluso cuándo será necesario enseñar hasta dónde llega —digo volviendo a poner mi mano en mi entrepierna.

—Pues ponte un traje y vámonos, porque no vas a hacer yoga.

—Pues sólo con verte ya me entran ganas de hacer yoga o algún tipo de método para relajarme. ¿Te han dicho que eres insufrible alguna vez?

—Nadie inteligente —sentencia—. Y ahora ponte algo con lo que te pueda sacar a la calle y no digas más tonterías, tenemos trabajo que hacer.

—Puedo hacer mi trabajo perfectamente sin ti, no acepto lo que se ha acordado en esa reunión.

—Si hubieras estado sabrías que si no colaboras se liquidará todo y venderán las acciones, nadie da un centavo por esta empresa ahora mismo, bajo tu responsabilidad. No te queda más remedio que aceptar mi intervención o nadie querrá hacer negocios con los Doyle.

—Odio a mi hermano —me quejo como un niño con una rabieta.

Empiezo a lanzar los cojines del sofá a todas partes porque no me puedo librar de esta pesada. Tengo que trabajar con ella por culpa de esos vejestorios y de mi hermano y yo nunca he querido trabajar, y menos con una repelente gafotas como ella.

—¿Has terminado? —pregunta ella sin moverse de donde ha estado todo el tiempo.

Yo miro el sofá y localizo un pequeño cojín.

—No —respondo agarrando el cojín y lanzándolo con furia al suelo—. Ahora sí.

La veo poner los ojos en blanco y negar con la cabeza. También oigo que susurra algo para sí cuando me doy la vuelta para hacer lo que me ha dicho.

Ha conseguido que me ponga un traje, pero he elegido uno que bien

sería digno de un gigoló. El traje es blanco y lo he acompañado de unas gafas de sol doradas. Vamos en su coche, se ha empeñado en conducir ella alegando que no se fía de mí. También me ha dicho que vendrá a por mí cada mañana. Tengo miedo de nuevo.

—No pienso perder mi empleo, he trabajado mucho para que un niño malcriado me arruine la vida.

—¡Pero si eres tú la que me la está arruinando!

—Llevas arruinándote tú solo desde que naciste.

—No, llevo viviendo y siendo feliz desde entonces hasta esta mañana, cuando has aparecido en mi habitación como la niña de la maldición. Todavía se me ponen los pelos de punta.

Ella está algo tensa, lo noto en que conduce un poco más deprisa, y ahora tengo más miedo que antes.

—Me daría vergüenza ser como tú —dice en un tono bajo, como si hablara para ella misma.

—Deberías de refunfuñar menos. ¿No tienes un novio que te eche un polvo para que te tranquilices?

—Esa es la típica respuesta machista que diría un idiota.

—Imaginaba que no tendrías novio... —digo mirando por la ventanilla.

—Tú tampoco tienes novia. Y no me extraña...

—Pero lo mío es por decisión propia, lo tuyo viene impuesto... Sólo hay que verte —le espeto con voz burlona negando con la cabeza.

La oigo resoplar y acelera al mismo tiempo. Creo que hasta que deje de conducir voy a dejar de burlarme de ella, no vaya a ser que nos matemos. Cuando llegemos al edificio Doyle seguiré...

Capítulo 2.

No he estado toda la vida estudiando y trabajando, como para que un niño rico que no ha dado un palo al agua en su vida, me lleve al punto de querer matar a alguien, concretamente a él. Como abogada sé los años a los que me enfrentaría en la cárcel por asesinato, como administradora sé que podría llevar los negocios desde la cárcel... Pero, ¡qué injusto para mis padres tener una hija en la cárcel! Con lo que les costó que estudiara, porque las universidades son carísimas... No hicieron esa inversión para que trabajara desde la cárcel... Aunque por otro lado no cambiaría tanto mi vida entre rejas. Tal vez un poco menos de luz que en mi apartamento... Bueno, dejaré abierta la posibilidad... Ahora no descartaré nada.

No debo dejar que me afecte, debo relajarme, debo actuar con inteligencia. No quiere trabajar conmigo, eso está claro, y va a poner todos los impedimentos que encuentre. Como en el ajedrez, en los negocios, hay que calcular las posibilidades y actuar en base a ellas. Hay que evaluar, antes de hacer un movimiento, las posibles jugadas del enemigo.

Así que por lo que sé de los negocios, la vida y el ajedrez, mi enemigo va a probar todo lo que tenga a mano para librarse de mí. De momento está intentando agotar mi paciencia con sus estúpidos comentarios respecto a mi apariencia. Pero pronto encontrará otra forma de desquiciarme, sólo tengo que adelantarme a ello. Si pudiera encontrar algo con lo que controlarle..., algo que le duela y usarlo en su contra. Mientras acelero conduciendo y compruebo que se calla al fin, creo que tiene miedo a morir, pienso en las opciones. Amenazarlo es una opción... Pero de pronto se me ocurre llamar a su hermano, Jonathan Doyle para que me de algunos consejos, él también quiere que la empresa funcione.

—Lo siento, Isabella, no sé qué decir. Creo que a estas alturas lo único que le importa es que le he quitado su asignación para poder seguir viviendo en algún lugar perdido del mundo sin hacer nada y rodeado de lujos.

—No puedo trabajar así —me quejo. Si tuviera un sofá lleno de cojines como el que tiene Robert Doyle, no dudaría ahora mismo en tirarlos todos al

suelo como ha hecho esta mañana.

—Te paso a mi padre, a ver si él te puede ayudar —es lo último que me dice Jonathan, antes de ponerme en espera.

—Hola, Isabella, me han hablado de ti, encantado de conocerte —dice la voz masculina al otro lado del teléfono.

—Igualmente...

—¿Te está dando problemas mi pequeño?

—Me temo que sí.

—Era un diablillo, era el terror de las niñeras, y luego de las profesoras. Nadie podía con él... Bueno, ahora que lo recuerdo hubo una que sí, se llamaba... no recuerdo ahora cómo se llamaba, pero lo tenía domado como a un gatito.

—Es crucial averiguar el nombre y localizarla —digo con un atisbo de esperanza.

—Jonathan, ¿te acuerdas de cómo se llamaba aquella niñera que tuvo Robert? —le oigo decir de fondo tras oír un golpe seco que casi me deja sorda. Creo que ha dejado el teléfono en la mesa.

—Era extranjera, no me acuerdo. Podríamos buscarla en los archivos, debe figurar su nombre en alguna parte.

Oigo unos pasos y un portazo.

—¿Hola?

Ya no oigo nada más, me han dejado colgada. Thomas es igual que su hijo, o al revés. No puede ser... Me he convertido en la nueva niñera de un Doyle sin disciplina.

Me echo sobre la cama y me dan ganas de llorar, no quiero hacer este trabajo, no quiero volver a ver a ese estúpido que no ha hecho otra cosa en todo el día que descalificar mi aspecto y mi trabajo. Cada cosa que decía era un motivo para insultarme, yo así no puedo trabajar.

—¿Has conseguido algo? —pregunta mi compañera de piso entrando en mi habitación.

—Nada, su padre es igual que Robert y la conclusión es que soy su nueva niñera.

—Niñera... —repite acercándose a mi cama.

—Tal vez te podría dar algún consejo. Tengo un alumno bastante difícil.

Subo mis gafas por el centro y enfoco la vista en ella. Ha captado mi atención.

Helen es profesora de niños de primaria. Y ahora que recuerdo el

comportamiento de Doyle de esta mañana, con los cojines y el que ha tenido durante todo el día... creo que sus consejos son bastante necesarios.

—Mañana tengo que recogerlo en su piso, otra vez —digo al borde de las lágrimas.

—¿Qué sabemos de él?

—Es un niño malcriado que no ha hecho nada en su vida, salvo vivir del cuento gracias a la asignación que ha recibido desde que terminó los estudios. Se ha dedicado a gastar el dinero de su familia en alcohol y en buena vida. También que ha estado los últimos dos años en Tailandia vestido de payaso y haciendo yoga.

—Tendrá elasticidad —supone pensativa antes de echarse sobre la cama para mirar al techo. Yo la imito y me acuesto también moviendo el culo hacia abajo para no darme en la cabeza con la pared.

—Y una capacidad para desquiciarme...

—Puedo imaginarlo.

—¿Conoces algún sicario?

—Yo he pensado lo mismo alguna vez, pero es más fácil que eso. Se llama refuerzo positivo.

—¿Es algo así como darle un bombón a un mono cuando acierta la solución a un problema?

Helen rompe a reír y asiente.

—Algo así. Tienes que encontrar algo que lo motive a obedecerte.

—Yo pensaba en algo que lo amenace para obedecerme.

—También sirve.

—¿Qué haces con el niño que te da problemas?

—Pues básicamente necesita mucha atención. Cuando se porta bien se la presto y lo premio con mi presencia, cuando se porta mal sólo obtiene soledad y aburrimiento.

—Parece fácil, el problema es que Doyle sólo quiere que me vaya, no que esté con él. Y no es que yo tenga otro interés distinto, por mí le daría lo que quiere y no volvería a verle en mi vida.

—Creo que con los niños es más fácil.

Ambas seguimos mirando el techo resignadas mientras suena de fondo en la radio James Taylor, Fire and Rain. Eso espero yo también, los días soleados de la canción, porque me estoy metiendo en el ojo de la tormenta.

—Deberías hacerle entender quién manda y que tiene que obedecerte. Que no va a hacer siempre lo que quiera. Que sólo lo hará cuando tú le dejes.

Y que vas a ser una pesadilla para él, que no le vas a dejar ni a sol ni a sombra.

—Me da repelús pensar que mañana tengo que volver a verle.

Levantarse un miércoles a las seis de la mañana para recoger a un "niño" y llevarlo al "cole" tiene mérito, sobre todo cuando no has parido ningún niño, especialmente cuando odias al "niño"... Y especialmente cuando el niño tiene treinta y cinco años.

Sin embargo, esperar a que baje el "niño" y se digne a presentarse ante mí es peor, básicamente porque no baja. Pero si la montaña no viene a mí, yo iré a la montaña, y le daré una paliza si hace falta.

No es que sea una persona violenta, jamás he hecho daño a ningún ser vivo, tampoco tengo la capacidad física para hacerlo..., aunque quiera... Pero en este caso haría un esfuerzo.

Mientras subo a su piso en el ático de un edificio de lujo en Manhattan, el antiguo piso de Jonathan Doyle, por eso tengo las llaves; me pregunto si lo encontraré durmiendo igual que ayer y metido bajo la manta asustado. Ahora que lo recuerdo estaba asustado de mí. Es patético.

Meto la llave y giro lentamente como si fuera el asesino de una película de terror. No pretendía sentirme así, pero al recordarlo aterrorizado me están dando ganas de asustarlo más que ayer.

Abro la puerta de su habitación lentamente moviéndome entre las sombras. Está oscuro y no logro ver nada, por lo que deslizo mi mano hacia el interruptor de la luz.

Antes de ver nada oigo los gritos de dos personas en tonos muy agudos. Es raro, porque dicen que el sonido es más lento que la luz. Y según esa teoría debería haberlos visto antes que haber oído esos gritos. Pero es igual, lo que veo allí no es normal, de hecho, preferiría no haberlo visto. Hay dos mujeres desnudas junto a Doyle. Recapacito rápidamente e intento calmarme. Si busca desestabilizarme, no lo va a conseguir.

—¿Quién es esa?, Doyle —pregunta una voz femenina.

—Es mi... No sé quién es, una lapa que me ha salido por portarme mal.

—Pues a mí me da miedo —dice la otra y yo pongo los ojos en blanco.

—No te creas, que a mí también me da miedo.

—Soy su niñera, así que vosotras dos fuera. Le tengo que llevar al

colegio.

—Es una aburrida —dice la que habló primera mirándome de arriba abajo y lamiéndose los labios mientras me guiña un ojo—. A lo mejor quiere unirse a nosotros y divertirse.

Yo refunfuño y me doy la vuelta para no ver lo que van a enseñarme al apartar esa mujer la manta bajo la que están los tres.

—No me interesan las perversiones que hagas en tu vida privada, pero en lo relativo al trabajo voy a ser implacable a partir de ahora. Te quiero vestido "correctamente" —preciso— y en la puerta dentro de cinco minutos.

Cuando salgo de esa habitación doy un portazo para que les quede claro que hablo en serio. No he conocido a alguien tan irritante como Robert Doyle, ni tan depravado. Me pregunto qué será lo próximo que vea, cómo lo encontraré mañana. Tal vez encuentre una orgía en pleno apogeo, o una de esas escenas de películas de rockeros, donde han destrozado una habitación de hotel y se encuentran todos los cuerpos resacosos en el suelo. Sólo me faltaría ver una cabra por ahí danzando o alguna barbaridad así. Prefiero no pensar en lo que me encontraré mañana y adelantarme a los acontecimientos, por si decido no seguir viviendo... para no verlo.

Consulto el reloj de mi muñeca, un smartwatch con todas las características y últimas tecnologías, pero ahora sólo quiero saber la hora. Falta un minuto para que se cumpla mi amenaza. Si tuviera una función de autodestrucción se lo regalaría a Doyle. A todo esto, no sé qué haré si no viene correctamente vestido en un minuto. Miro a mi alrededor y descubro una posibilidad. Y menos mal, porque éste no viene. Ha decidido sacarme de quicio.

Agarro con fuerza el recipiente de diseño para enfriar el vino que encuentro encima de la mesa de la cocina cuando la manecilla digital del móvil pasa del cero, lo acerco hasta la nevera y lo lleno de cubitos de hielo de un dispensador que hay en la puerta de ésta. Camino hacia su habitación al fondo del pasillo, a la izquierda de la cocina sosteniendo el recipiente. Intento no hacer ruido para que la sorpresa sea más divertida.

Abro de golpe la puerta obteniendo nuevos gritos de ellos y el contenido de la cubitera va directamente a la cama donde esos tres siguen desnudos.

—Si no queréis pillar un resfriado será mejor que os vistáis —digo con una enorme satisfacción mientras empiezan a gritar cada vez que algún cubito de hielo se cuela por debajo de las sábanas.

No me quedo a ver el resto por si veo a alguien desnudo, es que creo

que he visto suficiente.

Hay una cosa que no entiendo: ¿Qué le ven a ese tipo esas dos rubias de bote? Debe haberles pagado, claro, si no, no se explica. Es el tipo más raro del mundo... Lleva un par de meses en Nueva York y el apartamento de diseño que le ha dejado su hermano se está convirtiendo en un rincón de la India con trastos de lo más variopintos. Mientras espero a que terminen de vestirse, y de criticarme a la vez, me dedico a mirar a mi alrededor en el salón de ese ático con vistas a toda la ciudad.

Hay cajas repartidas por todas partes, debe haberle llegado su basura de Tailandia o donde quiera que estuviese viviendo. Me acerco a una de las cajas por simple curiosidad y me sorprende Robert husmeando en su interior sin llegar a tocarla, porque no me genera ninguna confianza lo que pueda haber dentro.

—Siento que nos haya agitado la fiesta —se disculpa ante esas dos.

—Yo no pienso volver —dice una de las rubias, muy enfadada.

—Yo tampoco —dice la otra dando un portazo al salir.

Él me mira como si fuera a matarme y con cuatro grandes pasos lo tengo a mi altura, en distancia del suelo, porque en distancia entre nuestras cabezas hay un tramo. Porque si Jonathan es alto, Robert creo que lo es incluso más. Y ahora pretende intimidarme con su tamaño, pero no lo va a conseguir.

—Vámonos —le espeto en la cara estirando mi espalda todo lo posible, aunque jamás podría estirarme tanto como para estar cara a cara. Él debe medir un metro noventa, y yo no es que sobrepase demasiado el metro cincuenta, bueno, no lo sobrepaso y punto. La genética es cruel a veces.

Ajusto mis gafas y entrecierro los ojos esperando que se aparte de mi camino.

—Esto no quedará así —insinúa dando a entender que se va a vengar.

—Tengo más recursos, tú sólo ponme a prueba —le amenaza.

—Llamaré a mi hermano. Esta tarde estarás buscando empleo.

—¿Cómo crees que tengo las llaves de este piso? Por cierto, hablé anoche con él... Y con tu padre también, salúdalos de mi parte cuando le llames.

Él me mira boquiabierto y yo le rodeo para ir hasta la puerta. Si cree que podrá conmigo es que le dio mucho el sol durante sus viajes.

Capítulo 3.

Por más que intento controlarme para no cometer un asesinato, no logro encontrar las razones por las que no debería hacerlo. Cada vez que pasa por delante de mi mesa con su coleta alta, su cara ridícula sin maquillar y con esas gafas enormes incluso para alguien más corpulento, es que me dan ganas de tirarle la pluma decorativa de mi mesa que debería servir para cerrar un trato importante, en realidad, y no como arma. Está tan cerca esa pluma de mi mano derecha, que tamborilea encima de la madera como si tuviera vida propia...

—¿Quieres parar de hacer eso?! —me grita.

—¿Esto? —pregunto inocentemente sin dejar de golpear la mesa con los dedos.

Ella se acerca a mí rodeando la mesa y me detiene poniendo su mano sobre la mía. Levanto la cabeza y la miro con más odio si cabe. Es tan bajita que cuando está a mi lado, de pie, y yo sentado, prácticamente estamos a la misma altura.

De pronto Francis abre la puerta sin llamar previamente, como de costumbre. Creo que a mi hermano lo respetaba más... Pero supongo que son las consecuencias de haber vivido mi vida de una forma diferente. Nadie me comprende...

Francis nos mira y se queda paralizado un segundo, nunca se calla ese chico, así que más sorprendido estoy yo. No sé qué le pasa ahora.

—Lo siento, no quería interrumpir...

Isabella y yo nos miramos horizados y ella levanta la mano que tenía sobre la mía, apartándose rápidamente.

—No es lo que parece —dice ella negando con la cabeza.

—Francis, ¿crees que alguien en su sano juicio se fijaría en ella?

—Yo... mejor me voy —se niega a responder el muy cobarde.

Pues claro que nadie se fijaría en ella.

—Y él tiene que pagar a sus... mejor me callo. Prefiero no recordar lo que he visto esta mañana en su cama.

—Bueno, yo no quiero saber nada de vuestros problemas de cama —repite Francis con una sonrisa.

—No hay ningún problema de cama —digo yo rápido, ahora intentando explicar las cosas no vaya a ser que Francis empiece los cotilleos y en cinco

minutos todo el mundo en cada planta esté compartiendo suposiciones.

—Me alegro —responde con una sonrisa antes de darse la vuelta y cerrar la puerta sin darnos la oportunidad de explicarnos.

—Esto es culpa tuya —me dice.

—¿Mía? Tú tenías..., tú me has puesto la mano encima, tú te has acercado, tú has venido esta mañana a mi cama, y yo soy el que va a tener una reputación por los suelos por relacionarme contigo.

—En primer lugar la reputación ya la tienes por los suelos sin estar cerca de nadie. Sería la mía la que caería. En segundo lugar: ¡Si te dignaras a aparecer por la oficina no tendría que levantarme a las seis de la mañana para ir a recogerte!

A partir de ahora me dedico a bufar y a emitir sonidos ininteligibles nacidos de la desesperación. Soy el dueño de todo esto, nadie me obedece, nadie me toma en serio, me han puesto una niñera, me obligan a venir a horas intempestivas por la mañana, que más que llamarlo “mañana” lo llamaría madrugada. Nadie me comprende... y yo sólo quiero volver a Tailandia a seguir disfrutando la vida. O tal vez me iría a otro lugar, no lo sé aún. Recuerdo Bali con mucho cariño.

Ella sigue hablando y sólo oigo su voz aguda sin entender qué dice, ni con ganas de entenderlo, sinceramente. Al final el tono cambia y la oigo decir:

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

—Pues mira, no. Y no me interesa, déjame en paz de una vez —digo levantándome de la silla de mi despacho y dejándola con la palabra en la boca.

Cuando estoy a punto de subir al ascensor, rezando a todos los dioses de las religiones que he conocido en mis viajes, para que esa loca no me siga, me tropiezo con Philip, el mejor amigo de mi hermano, y John, otro abogado que se supone que me van a ayudar con todo lo que se me viene encima.

—Vaya cara llevas —aprecia Philip sonriendo.

—Es culpa mía —dice Francis desde su mesa, que está a medio camino entre mi despacho y el ascensor—. Les he interrumpido cuando estaban en un momento romántico. Pero es un alivio que no tengan problemas en la cama —suelta así, sin más, sin medir las consecuencias y riendo entre dientes.

—Un día tendré el suficiente poder para despedirte —le aseguro poniendo los ojos en blanco.

—¿En serio? —pregunta John mirando hacia el despacho, de donde sale Isabella cargada de carpetas que aprieta contra su pecho rabiando al oír a

Francis y verme a mí, creo que rabia más de verme a mí.

—Vámonos, por favor —les ruego entrando en el ascensor.

—¿Iba en serio lo que ha dicho Francis?

—¡Claro que no! ¿Quién se liaría con ella? Es insufrible, no sé cómo librarme de su presencia —respondo cuando al fin se cierran las puertas del ascensor.

—No vas a poder librarte —asegura Philip metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón con una actitud tan despreocupada que me da envidia, yo era así hace dos meses, nada me preocupaba.

—No puedo trabajar en estas condiciones, la empresa quebrará. Os lo aseguro —afirmo con cara de desquiciado, la veo en el espejo del ascensor y me asusto a mí mismo—. Yo no me puedo ir porque mi hermano me ha obligado con todos esos rollos legales, pero ella sí, tenéis que ayudarme a librarme de ella... Por favor —les ruego.

Ambos se miran y dudan unos momentos que me parecen eternos, entre el décimo piso y el quinto.

—Está bien —dice Philip, que es el que toma las decisiones entre esos dos—. Tal vez podamos hacer algo.

Nos sentamos en una mesa apartada en uno de los restaurantes de lujo de la ciudad para idear el plan para librarnos de esa loca que me han asignado como niñera. No la soporto, sólo quiero dejar de ver su cara amargada cada día, es que ni siquiera me puedo concentrar.

—Hay que descubrir algo sucio sobre ella —sugiere John.

—¿De esa mojigata? Creo que podríamos ir al Vaticano a pedir que la beatifiquen.

—Robert Doyle, aún te queda mucho que aprender en la vida —agrega Philip con una sonrisa lobuna.

—¿Pero vosotros la habéis visto?

—Conozco un detective que es muy eficiente, si hay algo lo descubrirá, aunque estoy con Robert, creo que no vamos a encontrar nada —asegura enviándole un email con su tablet al supuesto detective.

—Descubrirá que es una insulsa que no ha tenido un orgasmo en su vida, al menos proporcionado por un hombre...

—Apuesto cien dólares a que esconde algo turbio en su pasado —dice

Philip.

—Yo apuesto mil a que es virgen —agrega John.

Tanto como ser virgen es pasarse. Pero que habrá tenido que pagar para dejar de serlo, no lo descartaría.

—De acuerdo, acepto ambas apuestas.

Parece que estamos tratando algún tema de espionaje industrial, es posible que aquí se citen a menudo para tratar ese tipo de asuntos. El detective al que han llamado va a flipar con este asunto. Dudo que encuentren nada oscuro en el pasado de Isabella, pero si quieren perder el tiempo de esa forma, yo no me voy a meter. Lo único que quiero es que me deje tranquilo y no volver a verla nunca más. Sin embargo, de momento tendré que seguir aguantándola. A no ser que yo me ocupe de ella, personalmente. Ninguna niñera aguantó más de dos semanas conmigo, puedo ser muy desquiciante si me lo propongo...

Philip espera a que el camarero deje de servirnos el primer plato antes de volver a hablar.

—¿Alguna sorpresa para mañana cuando vaya a recogerte Isabella?

—Eso, ¿qué tienes preparado?

—Pues no lo había pensado. Pero después de cómo ha salido lo del trío, no me atrevería a hacer algo parecido. Me voy a quedar sin ideas —digo cabizbajo.

—¿No se ha escandalizado con eso?

—No lo suficiente, prefiero omitir los detalles. Pero se me está ocurriendo algo ahora mismo...

Capítulo 4.

Suena el despertador a las seis y me siento como un niño que no quiere ir al cole, me siento como ese idiota de Robert Doyle cuando tengo que recogerlo y no quiere levantarse.

No suelo hacer esto, pero decido quedarme diez minutos más en la cama, hasta encontrar el valor para levantarme e ir a su casa a buscarlo, con la incertidumbre de no saber qué será lo que encuentre allí. Tal vez una fiesta universitaria con la mascota del equipo de football corriendo por el salón.

Suena el timbre de la puerta y no sé si ya oigo cosas porque me ha vuelto loca en los tres días que lo conozco o realmente han llamado. No puede ser Helen, se acaba de ir...

Me levanto a regañadientes sin ganas de vivir, bostezando a cada paso que doy hasta llegar a la puerta, menos mal que es un piso pequeño.

—Ya voy —grito tras la insistencia al tocar el timbre. No sé cuántas veces le han dado.

Abro la puerta cabreada con el mundo y con quien quiera que esté detrás de esa puerta y encuentro al idiota de Robert Doyle.

—¿Qué demonios quieres? ¿Tú sabes la hora que es?

—Vamos a trabajar. Estoy deseando empezar —asegura echándome a un lado para invadir mi casa.

—Ni se te ocurra entrar aquí —le advierto.

—Tú haces lo mismo conmigo.

—Ah no, yo tengo la llave del propietario. A diferencia de lo que yo hago, esto es allanamiento de morada. Podría llamar a la policía —digo corriendo hacia el teléfono sobre el mueble del recibidor.

Él me atrapa antes de que pueda sujetar bien el teléfono y me caigo sobre la mesa donde estaba éste, que cae de mi mano mientras Robert cae sobre mí, a mi espalda. Él intenta sujetarse a algo con sus manazas y se resbala más al intentar apoyarse sobre el espejo encima de la mesa. Siento su miembro endurecerse en mi trasero y su respiración en mi oreja. Yo me he quedado paralizada. No sé si moverme hacia atrás, porque clavaría más su erección contra mi culo, o moverme hacia delante, algo imposible a no ser que aparte la mesa, para lo que igualmente tendría que echarme para atrás.

Él tampoco se mueve y la siento cada vez más dura cuando apoya sus

manos a cada lado de las mías para incorporarse. Hace demasiado tiempo que no hay un ser del género masculino cerca de mí, tan cerca de mí, aunque sea un imbécil; y mi cuerpo reacciona... menos mal que a mí no se me nota la excitación como a él, porque lo sufriría en mi ego y mi orgullo. Él se aparta al fin y yo suspiro aliviada volviendo a colocar el auricular del teléfono en su base.

—Será mejor que vayamos a trabajar. Dame cinco minutos —me limito a decir.

Él asiente sin decir una palabra.

Me cambio rápidamente. No sé qué pensar de lo que ha ocurrido. No puede ser que le guste, si no deja de decir comentarios despectivos sobre mi aspecto todo el tiempo, al igual que hago yo sobre su carácter y, bueno, también sobre su aspecto.

Cuando salgo con mi traje chaqueta de pantalón, mi coleta y mis gafas, él me mira frunciendo el ceño. Sigue callado hasta que bajamos y entramos en su coche. Y el silencio entre nosotros se hace más agudo cuando llevamos diez minutos en el interior, el espacio parece cada vez más pequeño, como si se fuera reduciendo por momentos. Hasta que él carraspea y yo lo miro esperando que diga algo. Sin embargo se lo piensa mejor y sigue callado. Yo vuelvo a mirar por la ventanilla e intento recuperar la calma de nuevo.

—Tengo que decir... —dice y yo lo miro otra vez—. Tengo que decir que es una reacción automática lo que ha pasado antes, quiero que quede claro... Sigo sin querer trabajar contigo.

—Por supuesto. Preferiría no volver a mencionar nada sobre esto...

Después de todas las descalificaciones me siento muy rara en su presencia. Él está sentado frente a su mesa con el portátil abierto y concentrado en él sin mirarme ni hablar en ningún momento. Yo entro y salgo con documentos ante la mirada de Francis en la mesa que hay en el vestíbulo. Menos mal que en esta planta sólo está él, porque me daría vergüenza que hubiera más gente y me miraran. Y es que, aunque sé que nadie me sabe nada, yo estoy roja como un tomate cada vez que me acuerdo. Francis me mira y a veces alarga el cuello cuando abro la puerta, para comprobar qué se cuece ahí dentro, porque los días anteriores sólo nos oía discutir.

Intento estar calmada, pero cuando Doyle me pregunta por un informe se

me caen todos al suelo, sobre la alfombra que hay delante de su mesa. Me agacho a recogerlos y cuando los tengo todos de nuevo en mi mano me doy cuenta de que él me estaba mirando el culo. Creo que es un depravado o no anda bien de algo en su cabeza.

Al menos hoy no hemos discutido, pero no sé si sería mejor volver a lo anterior.

De pronto se levanta y dice que tiene que irse.

—Pero estamos a punto de cerrar el trato con Emmett Carlyle. No sé si entiendes la importancia de este negocio. Y más en estos momentos. He trabajado muy duro para conseguirlo, teniendo en cuenta que nuestra credibilidad...

Doyle no me responde y me deja de pie con los informes en la mano y con la palabra en la boca.

¡Cómo odio a estos ricachones que no dan importancia al trabajo! Se cansa, se va... ¡Y se queda tan ancho!

—¡Cómo odio a Robert Doyle!

Francis me mira desde su mesa y se ríe.

—¿Tú entiendes algo? ¿Volverá?

Él se encoge de hombros y alza las cejas.

Si no lo sabe su secretario... menos lo voy a saber yo. Ahora tendré que pasar toda la tarde preparando esto yo sola con el pobre Francis, que tiene el cielo ganado, primero Jonathan Doyle, y ahora Robert. Si conozco a otro Doyle más me van a tener que internar en un psiquiátrico de por vida.

—Espero que al menos esté presente mañana durante la firma. No daría tiempo a que me diera los poderes para hacerlo en su nombre. Y esa falta de seriedad haría mucho daño a la empresa en estos momentos tan delicados.

—Si es necesario vamos a buscarlo a su casa —dice Francis con una sonrisa tranquilizadora.

—De eso que no le quepa la menor duda —aseguro sin apartar la vista de la puerta del ascensor, por donde se ha metido hace unos minutos.

Llego a casa reventada y me quito toda la ropa a medida que llego a la bañera. No es habitual en mí dejar la ropa esparcida por el suelo, pero mi nivel de estrés ha superado los límites de lo humano. Ese idiota me ha dejado sola con todo el trabajo y cuando le he enviado un montón de mensajes lo

único que me ha respondido es que no le agobiara. ¡Agobiada estoy yo!

Suena el teléfono y ruego por una llamada de Margaret para decirme que el resto de accionistas haya decidido otra forma de controlar la empresa que no me requiera a mí aguantando a Robert. Pero es el teléfono de Jonathan Doyle. Descuelgo rápidamente y oigo una voz femenina.

—Buenas noches, ¿Isabella?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Claudia, quería haberte llamado antes, pero no quería molestarte en el trabajo.

No entiendo por qué me llama Claudia y no Jonathan, su marido y hermano del idiota que me martiriza.

—Si es para ayudarme con Robert, puede llamar a cualquier hora.

Oigo su risa a través del teléfono y luego se aclara la voz.

—Ayer mi suegro te dejó colgada. He estado investigando sobre Robert y he encontrado a la niñera de la que te habló.

No estoy llorando de alegría ni dando saltos porque soy una persona prudente y suelo controlar mis emociones, son gajes del oficio, pero lo haría si fuera mi amiga Sofía que aunque es educada, está loquísima, o incluso si fuera Helen.

—¿Estás ahí? —me pregunta tras un breve silencio en el que he tenido que apoyarme en la mesa del recibidor, que por cierto me trae unos recuerdos de Robert detrás de mí que sería mejor no pensar ahora, así que me alejo y voy al salón con el teléfono.

—Sí, es que me he emocionado.

—Puedo imaginarlo —acepta riendo de nuevo.

—Estoy pasando un infierno —me quejo.

—Sé lo que es enfrentarse a un Doyle. Pero no te preocupes, hemos encontrado su talón de Aquiles. La niñera se llama Rosario Merino. Duró un año, he conseguido su teléfono y su dirección. Te la envío por email.

Yo la escucho atenta sin decir una palabra que interrumpa este glorioso momento.

—Según Jonathan su hermano estaba medio enamorado de ella. Era un niño, pero lo tenía comiendo de su mano y lo que extraigo de toda aquella historia es que tiene un punto débil.

—No veo el punto débil de todo esto.

—Está claro, tienes que enamorarlo. Así es cómo se doma a un Doyle, te lo digo por experiencia.

Tras un rato más explicándome cómo logró conquistar a Jonathan nos despedimos agradeciéndole la información, pero quedándome igual que estaba. No me sirve de nada, porque es imposible lo que me ha planteado, básicamente porque piensa que soy horrible...

Decido meterme al fin en la bañera para quitarme el estrés de todo el día y el que acabo de sufrir por comprender que no hay solución para mi problema.

Oigo un grito agudo cuando al fin estoy metida hasta el cuello en la bañera disfrutando de unos segundos de relax.

—Isabella, ¿estás bien? —pregunta Helen entrando en el baño con la cara descompuesta.

—Quiero morir, pero aparte de eso creo que estoy bien —respondo hundiéndome en el agua.

—Es la primera vez que dejas la ropa por el suelo —me recuerda con todo el montón de ropa en los brazos que ha ido recogiendo.

—¿Cómo te va con el niño rebelde? —pregunto esperanzada por que el mío entre en razón.

—Comiendo de mi mano. De hecho está sacando muy buenas notas.

—Ojalá el mío fuera más manejable... Se ha ido hoy y no sé si podré retenerlo mañana hasta la firma.

—Los niños grandes son como monos —me recuerda saliendo del baño con el montón de ropa.

Alcanzo mi móvil del taburete que hay al lado de la bañera y busco vídeos documentales sobre monos. ¿Pero sobre qué monos tengo que centrarme? Después de ver varios vídeos, mi cabeza está más que saturada de información. He visto distintos monos y no sé a cuál se parece más, los hay vagos, los hay agresivos, también los hay muy salidos, como los bonobo. Y de pronto me acuerdo de esta mañana, ha sido tan raro que no he querido pensarlo en todo el día, tampoco me ha dado tiempo, teniendo que preparar todo el trabajo prácticamente sola. Pero ahora, en la bañera, con el agua hirviendo y más relajada, pienso en lo dura que la tenía... Creo que es grande también... Hace demasiado tiempo que no estoy en compañía masculina, demasiado trabajo, necesito salir más, porque no quiero que mi mente se llene de imágenes y sensaciones sobre la polla de Robert.

—¡Helen! —grito desde la bañera aún.

Ella viene corriendo, pensando que me ha pasado algo por su expresión preocupada.

—Necesito un hombre —le ruego con la mirada entristecida.

Helen se queda de pie bajo el marco de la puerta. Tampoco es para tener esa reacción, pienso, es de lo más normal, soy un ser humano...

—Puedes salir de ahí, ni que fuera a haber un terremoto.

—¿Qué? Hoy no eres tú —dice con la misma expresión contrariada.

—Necesito un hombre, no es ningún crimen, y sólo recomiendan estar bajo el marco de la puerta en caso de terremoto.

—No es ningún crimen, es que tú siempre estás trabajando y dices que no tienes tiempo para hombres —dice saliendo de debajo del marco.

—No los necesito hasta que me afecta al trabajo.

—En primer lugar, ¿cómo te afecta al trabajo? En segundo lugar, ¿crees que soy proxeneta o proveedora de hombres? ¿De dónde te saca uno?

—En primer lugar, me afecta en ponerme cachonda con cualquiera del trabajo y no concentrarme. En segundo lugar tú siempre tienes algún ligue, tú sabrás de dónde los sacas.

—Pues en esa bañera no va a venir ninguno a buscarte. Vamos a tomar algo.

—¿Dices beber?

—Un poco.

—¿Eso me ayudará?

—Y quitarte esa coleta que llevas siempre, ponerte lentillas y un vestido. Pero lo que más ayuda es que bebas un poco.

—¿Más?

—Es para que te relajés, tú tranquila.

La miro con la duda en mis ojos pero asiento cuando empiezo a notar que el agua de la bañera cada vez está más fría. No es demasiado tarde, si no bebo mucho y volvemos pronto no será tan terrible.

Capítulo 5.

Isabella no ha venido a buscarme. Tal vez lo que pasó ayer fue demasiado fuerte para ella. Tal vez tema encontrarse con algo peor que el trío, tal vez tema que vuelva a tener una erección por su culo, que ya le expliqué que es algo automático debido al contacto. No es que me atraiga en absoluto. Jamás.

Y justo cuando estoy pensando que por fin ha dimitido y me he librado de ella suena el detector de movimiento que instalé en la puerta para que no me vuelva a pegar un susto de muerte.

No pensaba ir a trabajar hoy, no tenía ganas de verla. Además, estoy cansado.

—No puedo llegar a entender cómo puedes ser tan irresponsable —me grita y el sonido agudo de su voz en estos momentos me va a matar.

—Si sólo pudieras bajar el tono un grado te lo agradecería —le ruego alzando mi cabeza de la almohada.

—He tenido que venir desde la oficina porque firmamos dentro de una hora y no habías llegado aún. En mi ilusa cabeza había pensado que respetarías el horario por la importancia que tiene hoy en concreto.

Deja el maletín encima de la cama de un golpe y muevo las piernas hacia mí, porque la escena me ha recordado a Kathy Bates cuando le lleva el papel al escritor del que es fan número uno...

A continuación lo abre y empieza a sacar papeles.

—Todo esto lo he tenido que hacer sola, porque el "señorito" no se ha dignado en aparecer desde ayer.

—Te odio —digo al borde de las lágrimas.

—Es mutuo. Sal de esa cama o te sacaré yo —me amenaza.

—Inténtalo, sabes que duermo desnudo.

Ella me mira y se da la vuelta no sin antes ver cómo se le han enrojecido las mejillas.

Decido levantarme para ponerla nerviosa y me acerco lentamente.

—¿Quieres que firme?

—¡Claro! No estaría aquí si no fuera porque te necesito. Y ya no da tiempo a preparar los poderes. Y si retrasamos la firma Emmett se puede echar atrás.

—Y todo sería un desastre —susurro en su cuello cuando al fin estoy tras ella.

Noto cómo se sobresalta

—Todo sería un desastre. ¿Quieres acabar con la empresa de tu familia porque tienes sueño?

—Tengo mucho sueño —he tenido que remarcar la pronunciación de la palabra mucho para que entienda su importancia.

—Yo tengo más sueño. He dormido tres horas y aquí estoy como si nada hubiera pasado.

—¿Tres horas? —pregunto rodeándola y colocándome frente a ella, que intenta evitar mirar más abajo de mis ojos.

Veo complacido cómo se enrojece y sonrío.

Philip y John no van a ayudarme a deshacerme de Isabella, y viéndola así de incómoda se me ocurren algunas ideas para trastornarla y que se vaya definitivamente de mi vida.

—¿Trabajando hasta tarde? —le pregunto acercándome más a ella.

Se gira hacia la cama para evitarme y da un paso.

—No, y por si el egocentrismo que te invade no te deja ver la realidad, los demás también tenemos una vida. La diferencia es que somos responsables —afirma sermoneándome como de costumbre.

—No me interesa la vida de los demás y menos la tuya.

—Pues haz el favor de vestirte y salgamos de esta casa de una maldita vez —dice perdiendo los nervios definitivamente.

Se va de mi habitación y al fin la pierdo de vista. Tengo que deshacerme de ella como sea, es que me recuerda muchísimo a aquella niña repelente del colegio..., si es que podría ser su gemela mala, o algo peor.

Mientras me visto oigo sus gritos diciéndome que me de prisa. Pero no puedo darme más prisa porque estoy pensando en cómo librarme de ella y no consigo idear nada coherente. Tal vez podría buscarle un novio que se la folle y ya de paso que la hunda después para que me deje tranquilo entrando en una depresión.

Voy ideando todo mientras me pongo la camisa, tengo un amigo en Nueva York, lo conocí en Bali, hace tres años, es propietario de un negocio muy interesante llamado Host Ny. Por probar...

Acabo de ponerme los pantalones abrochando el último botón y ya lo tengo todo hilado. No soy capaz de esperar y llamo a Richard para que me envíe a uno de sus chicos lo antes posible.

—Richard, tenemos que hablar —digo en un tono de voz bajísimo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, es que no puedo hablar ahora, estoy siendo secuestrado —susurro.

—¿Secuestrado? —dice alarmado—. ¿Dónde estás?

—En mi casa, es una mujer y está loca, necesito tu ayuda. Quedamos esta tarde en Sullivan's.

—¿Pero no te estaban secuestrando?

—Sí, pero luego me des-secuestra. Ya te contaré.

Cuelgo cuando la loca vuelve a aparecer en el umbral de la puerta de mi habitación para sermonearme de nuevo.

—Ya voy, pesada. No puedo darme más prisa.

—¡Pero si estabas hablando por teléfono!

El resto del camino en el interior de su coche lo dedico a hacer oídos sordos a sus comentarios y a seguir ideando cómo me voy a vengar de ella. Es que no la soporto desde que la vi con el resto de accionistas mirándome con desprecio a través de sus gafotas. Llevo toda la vida aguantando ese tipo de miradas, como si no fuera capaz de hacer nada bien. Por eso me gusta demostrarles que tienen razón, que incluso soy peor de lo ellos creen. No quisiera hacer algo correctamente y decepcionarles... Pero mi hermano y mi cuñada me han hecho una buena jugarreta y ahora estoy atrapado entre la espada y la pared, o mejor dicho, entre Isabella y los accionistas.

¿De qué me sirve tener la mayoría de acciones si no me hace caso nadie? Si todos creen que voy a hundir la empresa, o que cualquiera de ellos, como por ejemplo la gafotas de Isabella, puede hacer mi trabajo mejor que yo. Pues que lo hagan ellos. Yo lo intenté cuando me presenté ante el consejo de administración, lo intenté varias veces, incluso antes de reunirlos a todos. Y aún así no me dieron ni un voto de confianza. Pues que me dejen en paz y me dejen trabajar a mi modo o que tomen de su propia medicina. Estoy harto. Es que ni siquiera Francis me toma en serio.

Cuando llegamos al edificio del abogado del cliente con el que firmaremos, Isabella detiene el coche y no deja de mantener el contacto visual conmigo como si me fuera a escapar.

—¿Cuánto durará esto?

—¿Acaso tienes prisa? —me pregunta apretando la mandíbula.

—Pues he quedado esta tarde.

—Una hora, después puedes ir como quieras y con quien quieras. Yo tampoco tengo ganas de verte más —afirma dando un portazo al salir del

coche.

En realidad creo que disfruta amargándose, pero no lo admitirá, eso lo tengo claro como el agua.

Mientras los abogados hablan con Isabella yo me mantengo al margen como si la cosa no fuera conmigo. Pero es que aunque pusiera atención a lo que dicen, nadie me haría caso.

Tengo que salir de aquí cuanto antes y reunirme con Richard.

Recibo un codazo de la gafotas y me mira desde abajo irguiéndose en su silla.

—Van a consultarlo en privado —me informa, y sinceramente no sé de qué habla.

—¿Ya me puedo ir?

—¡No! Tenemos que esperar aquí.

—¿Cuánto tiempo?

—El que haga falta —responde resoplando.

Menos mal que los otros abogados se han ido, porque de lo contrario pensarían que es un cerdito lo que tengo a mi lado.

Hemos perdido toda la mañana para nada. Al final no hemos firmado nada y se ha pospuesto para dentro de dos días. Estoy esperando a Richard en un pub irlandés en el que nos hemos encontrado algunas veces desde que llegué a Nueva York.

He perdido toda la mañana con las estupidas historias de Isabella. He madrugado para nada. Pero lo importante ahora es que veo a Richard acercarse a la mesa donde le espero para llevar a cabo mi idea.

—Si te soy sincero estoy aquí más por curiosidad que por amistad —admite sonriendo mientras se sienta frente a mí.

—Sé que sonaba raro.

—Sonaba raro de cojones.

Richard me mira alzando las cejas mientras le explico mi situación, la de Isabella y cómo me han ido las cosas durante las últimas dos semanas.

—Así que por eso no te he visto desde entonces —responde él tras mi relato—. Es verdad que te ha secuestrado.

—Es una amargada.

—¿Cómo es?

—Es una gafotas repelente. Creo que es la mejor descripción que puedo hacer de ella.

—¿Tienes alguna foto? Tendré que dársela al hombre que envíe para seducirla —añade a modo de explicación, que no le he pedido.

—Bueno, no tengo ninguna, pero en la web de la empresa, o tal vez en las fotos de la última reunión de accionistas haya alguna.

Richard saca una tablet del maletín que lleva siempre consigo, y que había dejado a un lado de la mesa, y comienza a buscar en la web.

—Gafotas... gafotas —repite susurrando mientras busca en las imágenes.

—No hace falta que lo repitas tanto.

—¡Ésta debe ser! —exclama dándole la vuelta a la tablet para enseñarme la imagen mientras señala con el dedo.

—Exacto —confirmo frunciendo el ceño. No lo hago aposta, es que cada vez que veo a Isabella me entra una rabia...

—Tengo que decir que la había imaginado mucho peor.

—¿Peor?! ¿Se puede ser peor?

—No es tan fea como la describías antes. Es que te has obsesionado y te cae tan mal que la ves así.

—¿Tú te estás oyendo? —pregunto sacando mi móvil y buscando la foto de alguna modelo sexi para compararla y que se de cuenta de lo que es la belleza.

—Sí, esa chica lleva horas de maquillaje y toda la vida preparándose para hacerse esa foto. Ésta lleva toda la vida preparándose para que no se fijen más que en su trabajo. La única diferencia es que sus trabajos son distintos, pero no ves más allá de eso.

Yo empiezo a balbucear enseñándole de nuevo la foto de la modelo dejando el móvil delante de él apoyado en la mesa. Muevo las manos delante de una foto y otra como si fueran dos palas para que se fije bien.

—Pero... Pero... ¿La has visto?

—La veo —asegura riéndose de mi reacción—. Pero si no viera las posibilidades de la gente no tendría negocio. Veo las posibilidades y también las inseguridades. Lo veo casi todo —afirma con demasiada seguridad.

—Pues tal vez deberías operarte la vista.

—Veo mejor que tú. No está tan mal.

—Admítelo, no te la follarías, no la tocarías ni con un palo.

—No sería para tanto —dice con la mayor tranquilidad del mundo. Hoy me está poniendo muy nervioso—. Mi trabajo es ver más allá de las apariencias... Descubrir las posibilidades de mis empleados, los deseos de las clientes, qué será lo mejor para ofrecerles.

—Si todo eso está muy bien, pero es que no creo que veas bien la foto.

Él vuelve a reírse y asiente con la cabeza.

—Está bien, enviaré al mejor profesional del que dispongo para hacer lo que me has pedido.

—Te pagaré el doble si la humilla en público, cuando la deje.

—¿Quieres que haya sexo? Eso incrementará sustancialmente el precio. Ya la has visto...

—Al fin te das cuenta de que es fea como un grano. Por supuesto, quiero el pack completo.

Él estira su brazo tras levantarse y yo le imito. Nos damos la mano y vuelve a reírse mientras toma asiento de nuevo.

Capítulo 6.

Sofía, Helen y Jenny me miran incrédulas mientras bebo de una sola vez el combinado que he pedido. No necesito ni tomar aire para acabarlo. Tengo tal nivel de estrés que creo que soy capaz de beber otro sin respirar.

—Tranquila o acabarás en coma —me advierte Sofía—. Te lo digo por experiencia.

—Hazle caso, no bebas más, o espera una hora al menos para la siguiente.

—Tal vez no sea tan mala idea, eso del coma. Así no tendría que volver a ver a Doyle.

—No digas eso. Tampoco verías a tipos como aquel de allí —señala Sofía con la barbilla hacia un moreno que podría ser modelo.

—Esos sólo están para que los veamos, no podemos hacer otra cosa con ellos.

—¿Pero qué dices? Yo pienso coger a uno de esos y hacer mucho más que mirarlo —asegura Sofía acercándose al morenazo.

Helen me mira y se encoge de hombros, porque piensa igual que yo, son demasiado para nosotras. Es que ni siquiera los feos se fijan en nosotras... Bueno, Helen tiene más suerte, ella siempre encuentra alguien cuando quiere. Yo por más que salgo no encuentro a nadie...

—No me extraña que no ligués con esa actitud —dice Jenny.

—No es una actitud, es una realidad. Hay que aceptar la realidad, soy fea. Lo dice hasta Robert Doyle.

—Como vuelva a oír hablar de él... A ver, a ese tipo le dio mucho el sol en algún viaje que haría al desierto, no puedes basarte en lo que dice. Por otro lado lo que tienes que hacer es arreglarte más. Mañana nos vamos de compras.

Jenny todo lo arregla yendo de compras. Pero tal vez tenga razón, y de verdad necesito un hombre porque a veces me acuerdo de Doyle y de su erección... Encima le parezco horrible. Es un cabrón.

Debe ser maravilloso gastar el dinero de los demás, pienso observando a Jenny, Sofía y Helen pasando de un lado a otro la ropa que me han obligado

a comprar. Sofía abre su armario y extrae un vestido entallado que dice que ya no usa porque es de otra época, una en la que era un putón, debe ser. Yo la miro boquiabierto... mejor no digo lo que pienso no vayamos a perder la amistad...

—Y ahora eres una mujer discreta —señala Helen intentando aguantarse la risilla.

—Bueno, alguna tenía que decirlo —dice Jenny.

—No pienso ponerme eso en público —aseguro frunciendo el ceño—. El leopardo ya no se lleva.

—Claro que sí, ha vuelto. Las modas van y vienen.

La habitación de Sofía es el sueño de cualquiera, es enorme, tiene una bañera de hidromasaje donde imagino que habrá todo tipo de bacterias por las guarradas que habrá hecho ahí dentro. No quiero ni pensarlo. Y a la derecha de la cama, al lado contrario de la bañera, está el armario, aunque es como otra habitación anexa. Ni siquiera tiene puerta, sólo una cortina en el arco de yeso decorativo que separa ambas habitaciones. Cuando entras hay una pared llena de zapatos justo enfrente y a cada lado está la ropa, toda colgada en perchas, no hay nada en una estantería que pueda quedar perdido entre montones de ropa con el tiempo. La primera vez que vimos esto Helen y yo, flipamos... hasta hubo algún grito.

Sofía saca más ropa y la combina con la que me han obligado a comprar.

Jenny evalúa entrecerrando los ojos las opciones.

—Todo esto está muy bien, pero aunque me vista de seda... Bueno, ya sabéis el dicho —digo yo apesadumbrada.

—Es que esto no acaba aquí —amenaza Jenny con una sonrisa maliciosa mientras se acerca hasta mí y extiende sus manos hacia mi cara, que yo echo hacia atrás asustada—. Esto fuera.

—¿Qué haces? ¡Loca! —digo intentando recuperar mis gafas que ella tira por la ventana. No me han dejado avanzar Sofía y Helen, que me han atrapado entre las dos. Ser tan poco corpulenta es horrible. No intimido a nadie. Bueno, Robert Doyle creo que me tiene miedo, cada vez que voy a recogerlo a su casa porque se ha quedado dormido grita de puro terror.

Me dejan recuperarme soltándome y yo miro a todas atónita.

—Era necesario —afirma Sofía por toda explicación.

—Estabais compinchadas —acusó apretando los labios mientras camino hacia la ventana tras la cama. No creo que se puedan arreglar, pienso mirando

al vacío.

—Lo estábamos —dice Jenny con una sonrisa.

—Alguien tenía que hacerlo —susurra Helen.

—Tú también —digo girándome tristemente después de comprobar que las gafas ni siquiera se verían desde aquí aunque pudiera ver bien sin ellas.

—No tienes tantas dioptrías. Sólo servían para leer —susurra Helen intentando no sentirse culpable.

—Mi trabajo requiere que pueda leer... Os habéis aprovechado porque soy pequeña. A veces quisiera ser como Mike Tyson para daros una paliza a todas —aseguro cruzándome de brazos.

—Vamos, Mike Tyson, ponte el vestido y no te quejes tanto.

Yo me lo pongo, pero no pienso salir a la calle vestida con ropa de Sofía. Me muero de la vergüenza si salgo así.

—Si no quiere ponerse ropa demasiado atrevida podemos encontrar algo intermedio. O que se ponga una chaqueta fina encima, y luego si va cogiendo confianza que se la quite —sugiere Helen apoyándome, menos mal que hay alguien coherente. O tal vez se sienta culpable por haber ayudado a Jenny a deshacerse de mis gafas.

—¿Alguien tiene idea de cómo voy a ir al trabajo, "a trabajar", sin gafas? Y respecto a la ropa... No pienso ir así —digo mirándome en el espejo de pie que tiene Sofía al lado de la entrada del armario.

Helen se apiada de mí y extiende en la cama una camisa blanca y una minifalda de color verde.

—¿Qué tal esto? —me pregunta Helen comprensiva—. El verde te sienta bien, como un hada del bosque...

No sé si reírme de su comentario o salir corriendo de aquí. Pero decido quedarme y asentir.

—Pasable.

Al menos no he tirado medio sueldo en ropa, creo que algunas cosas me servirán, aunque sea para limpiar el polvo de los muebles...

—Sólo queremos ayudar —dice Sofía bajando los hombros desanimada por mi expresión inconformista.

—Te hemos comprado unas lentillas —dice ahora Jenny extrayendo una caja de una de las bolsas que hay en la cama bajo las de ropa.

—Se me secan los ojos —me quejo, pero acepto la caja porque no tengo más remedio.

—Póntelas sólo un rato, cuando tengas que leer..., luego te las quitas —

susurra Helen.

—Tengo que leer todo el tiempo.

—Venga, hay que animarse, que faltan las clases de maquillaje... —dice Sofia esperanzada.

Helen acaba su trabajo y me miro al espejo, menos mal que es más sensata que las otras dos, y que las otras dos no están presentes.

—¿Qué tal?

—Pues imagino que bien, porque tampoco veo definición —me vuelvo a quejar por enésima vez de no tener gafas.

—Yo te veo discreta, elegante y con un punto sexi. Me gusta cómo te ha quedado el pelo, un poco ondulado en las puntas, pareces una niña sexi. Una lolita.

Levanto una ceja incrédula ante sus palabras. Una lolita... Lo que hay que oír.

—No pongas esa cara. Yo creo que es tu estilo pero más sexi. Hay que explotar tus puntos fuertes. Y ese es uno, eres pequeña, pareces más joven, y ahora súper sexi.

Otra vez quisiera ser Mike Tyson, o Hulk, ya que dicen que el verde me sienta bien. Hulk vestido de hada del bosque... Ojalá tuviera poderes... A los superhéroes les pica un bicho, por ejemplo una araña, y adquieren sus poderes o su fuerza, o sus habilidades... A mí una vez me picó una chinche por la noche, pero cuando desperté no me convertí en superchinche... en realidad fue bastante desagradable. Prefiero no recordarlo..., será mejor ir a trabajar, pienso bajando los hombros resignada. No me atrevo a conducir hoy sin las gafas, estoy un poco mareada, así que iré en metro...

—Suerte.

Cuando salgo del metro en la parada cercana al edificio Doyle, he tenido un buen rato para pensar en el motivo por el que voy vestida así y por qué me ha maquillado Helen, y sobre todo para pensar en por qué no veo... Todo esto era para ligar el sábado, pero es lunes... No tenía que ir así hoy. Saco el móvil mientras camino por la calle y digo en el grupo que me han liado y que no entiendo por qué tengo que trabajar así. Sofia no tarda en

responder con un audio diciendo que nunca se sabe cuándo aparecerá el hombre perfecto. Yo le respondo que en el trabajo no será, y que lo veo una tontería.

—Están todas locas —susurro para mí mientras sigo caminando y miro el móvil entrecerrando los ojos, porque lo veo muy turbio. Realmente no veo ni una palabra decentemente, a pesar de que Helen ha puesto la letra para señoras del geriátrico en mi móvil. En realidad las letras me las imagino, más que verlas, por lo que aprecio de la pantalla y el contexto.

De pronto algo choca con mi cabeza y con mi móvil, que van por delante de mi eje de gravedad. El móvil sale despedido hacia delante y mi cabeza hacia atrás, porque como está sujeta por el cuello, pues rebota.

—¿Qué...?

Una mano grande y fuerte me sujeta por el brazo y otra viene rápidamente por el otro lado y sujeta mi espalda para evitar que caiga al suelo.

—Tranquila —dice la voz suave y templada del hombre con el que he chocado y que me acaba de sujetar para no caer.

Yo le tengo agarrado también por las mangas de la chaqueta y le miro entrecerrando los ojos, intentando discernir cómo es.

—Yo... lo... lo... siento —tartamudeo, y no sé por qué...

Intento apartarme de él, pero es demasiado para lo que estoy acostumbrada y tardo unos segundos en reaccionar y soltarle. De pronto me sonrío y me quedo boquiabierta un segundo. Y sonrío con una dulzura que contrasta de una forma con su masculinidad...

—Ha sido culpa mía —asegura agachándose para recoger mi móvil.

—No, yo no miraba por dónde iba —explico rápidamente, un poco nerviosa, sin atreverme a coger el móvil que me devuelve en su mano. Entonces él atrapa la mía y la sostiene para dejármelo. He notado sus manos y me ha puesto más nerviosa, son tan suaves y tan fuertes...

Creo que es bastante guapo, aunque no podría asegurarlo. Tal vez no lo sea tanto, tal vez si se aleja un poco pueda centrarlo mejor, pero puedo asegurar que es moreno, alto, huele bien y creo que el tono de ojos es verde. Justo el color que me sienta bien, según Helen y las otras locas.

—¿Se encuentra bien?

Yo niego con la cabeza, creo que me he mareado por intentar ajustar mi vista tanto para ver si era guapo. O me he mareado por otras razones... No creo que me llegue mucha sangre al cerebro ahora mismo.

Él me sujeta con suavidad del brazo y me acompaña hasta una cafetería.

—No hace falta... —digo sintiéndome ridícula por enésima vez en lo que va de día, y eso que acaba de empezar.

—No pienso dejarla sola ni moverme de su lado hasta que me asegure de que está bien. Me siento culpable... ¿Funciona el teléfono?

—Creo que sí —digo comprobando que se enciende y se apaga la pantalla.

—¿Sigue mareada?

—Sí, pero no es por el golpe, es que no veo bien e intentar enfocar la vista es difícil.

—¿No lleva gafas?

De pronto recuerdo a Jenny arrojándolas por la ventana.

—Hubo un percance con ellas... Es una larga historia.

—¿Unas de respuesto?

Me encojo de hombros y luego rebusco en mi bolso la caja de lentillas.

—Tengo esto. Pero creo que me encuentro un poco mejor. Muchas gracias por todo —digo levantándome de la silla.

Él se levanta también y me mira con preocupación. En realidad lo imagino más que verlo.

—Pero van a traer los cafés en un momento.

Me sonrío y decido sentarme de nuevo.

—Cuénteme qué les pasó a las gafas.

Yo suspiro y me encojo de hombros.

—Una amiga, con el fin de ayudarme, las tiró por la ventana.

—¿Cómo la ayudaba exactamente? —pregunta riendo.

—¡Eso digo yo! Pero según ellas me han hecho un favor, porque me sentaban fatal.

—No sé si le han hecho un favor, y no creo que le sentaran tan mal. ¿Me ve borroso?

—Digamos que más que ver, imagino...

—Entonces no me ve con claridad.

Niego con la cabeza y sé que está sonriendo.

—Podría ser un orco...

—Preferiría que fuera un orco —digo ahora sonriendo—. Pero no creo que lo sea, la gente saldría corriendo del local si fuera así.

—Es posible —acepta con una sonrisa.

Suena mi móvil y descuelgo por inercia. La cantidad de cosas que se

pueden hacer sin ver definitivamente, sólo hay que tener inercia y memoria muscular...

—¿Francis?

—Claro, ¿no me tienes en la agenda?

—Sí, es que no lo he visto.

—¿Va a venir Robert?

—No lo sé, pero hoy no puedo ir a por él.

—Pero tiene que firmar.

—Podemos posponerlo a mañana, no te preocupes.

Le cuelgo y me levanto rápidamente.

—Tengo que irme, no me da tiempo a terminar el café. Lo siento.

Voy a pagar mi parte sacando un billete del bolso pero él detiene mi mano levantándose.

—No por favor.

Yo lo miro contrariada pero él me sonrío.

—Usted me invita al café de esta tarde.

—¿Esta tarde?

—¿A qué hora sale?

—A las siete.

Él se inclina sobre la mesa y saca una servilleta de papel del servilletero, y un bolígrafo de su bolsillo. Lo veo escribir algo que no veo desde ninguna distancia.

—Me llamo Gareth —se presenta ofreciéndome la servilleta que miro sin ver.

Voy a tener que ponerme esas lentillas para ver algo... y dos litros de colirio para soportarlas.

Francis me mira con una sonrisa dibujada en sus labios cuando levanto la cabeza de mi café con una frase motivacional en la taza que dice así: "Tú puedes con todo". Deja las carpetas que le he pedido sobre la mesa y me da un repaso bastante descarado.

—Vaya cambio. Es una pena que no esté aquí Robert para verlo —deja caer con alguna intención. No sé si llegará a darse cuenta de que no me gusta, de que le odio. El día que nos pilló con mi mano sobre la de Doyle sólo quería que dejara de hacer ruido sobre la mesa, pero él se imagina todavía que hay

algo...

—No es por Doyle —digo su apellido a drede para marcar distancia con Robert, porque Francis se monta unas películas...

En ese momento recibo un mensaje en el móvil, es Gareth. Después de estar dudando una hora entera sobre si debía escribirle he decidido decir un simple "Hola" por probar. A los cinco minutos casi exactos tenía un mensaje de él que me devolvía el saludo y me preguntaba cómo estoy. Nos hemos puesto a chatear con el móvil con mensajes que llegan cada cinco o diez minutos. Hay que reconocer que el cambio que me han obligado a hacer con mi apariencia ha surtido efecto, no suelo chatear con ningún hombre, y menos que esté interesado mínimamente en mí... Tenía razón Sofía, nunca se sabe dónde se va a conocer a alguien... Y debo haber sonreído al leer el mensaje, porque Francis se da cuenta de todo y me sugiere:

—Yo acortaría un poquito más la falda.

—¿Cómo?

—Para el chico con el que has quedado.

—¿Cómo sabes que he quedado con alguien?

Él toma asiento frente a mí y se relaja como si fuera a hablar conmigo durante un buen rato. A veces me pregunto qué hizo que el otro Doyle, Jonathan, decidiera contratar a este hombre y, sobre todo, no despedirle. Se toma unas confianzas que dudo que Jonathan soportara bien.

—En realidad es muy fácil, Robert no ha venido y tú no has ido a por él, por lo tanto no te has quitado las gafas y maquillado para él... Has recibido un mensaje que te ha cambiado la cara en menos de una milésima de segundo, y por último y no menos importante, me has pedido que dejara tu agenda libre a partir de las siete.

—No me he quitado las gafas por nadie, me las tiró una amiga porque dice que me sientan mal. Si por mi fuera no llevaría estas lentillas que me van a dejar los ojos secos como pasas.

Él me mira sorprendido y recalcula sus elucubraciones.

—¿Y cómo están ahora esos ojos?

—Pues no están tan secos porque tengo ganas de llorar cada vez que pienso en que no firmaremos el contrato con Emmett por culpa de Robert.

—Entonces no debería decirte que ha llamado para aceptar las nuevas condiciones.

—¿En serio? ¿Por qué no lo has dicho antes? ¿Cuándo nos ha citado?

—Mañana por la mañana. Y no lo he dicho antes porque tengo que

admitir que tenía curiosidad por el cambio que has hecho. Te sienta muy bien —asegura levantándose y dando por concluida su visita de cotilla integral.

Suena de nuevo el móvil y él me dirige una mirada sonriente antes de salir del despacho de Doyle, donde me he asentado ante su ausencia como si fuera la dueña de todo.

Pero no es Gareth, es la secretaria de Margaret. Me cita para dentro de media hora aquí, en el despacho de Doyle. Pero él no está, y si descubre que en lugar de trabajar está durmiendo o haciendo Dios sabe qué...

—Francis —grito desesperada, tengo que recoger a Doyle y traerlo hasta aquí aunque sea a rastras y aparentar que estamos trabajando durísimo. Si no, el resto de accionistas me van a mandar al pueblo de mi abuela materna, un pueblo precioso en la costa alfitana...

—¿Qué pasa? —pregunta entrando en mi despacho y observando boquiabierto cómo atrapo mi maletín y mi bufanda al vuelo, como en una escena de alguna película de artes marciales, seguro que estos movimientos tienen mucho ying o yang o feng shui.

—Si llega Margaret y no estoy aquí todavía con Robert, diles que estamos reunidos con Emmett, ultimando los términos del acuerdo y que volveremos enseguida.

Se me ha olvidado llamarlo por su apellido, pero no creo que en estas circunstancias eso importe mucho.

—De acuerdo —oigo su voz colándose por las puertas del ascensor justo antes de cerrarse.

Capítulo 7.

No sé si Richard habrá actuado ya según el plan que habíamos preparado, pero la ausencia de Isabella en mi casa a primera hora ya es un logro, y una evidencia de que algo ha hecho. Me pregunto quién será el pobre idiota al que habrá elegido para seducirla. Si será italiano, sueco o alemán, tiene para todos los gustos, para todas las mujeres. Él sabe qué le gusta a cada persona y les da lo que necesitan, por eso se ha hecho rico con ese negocio tan raro.

Me desperezó entre las sábanas y me estiro disfrutando de la felicidad. De la paz.

—Sabía que te encontraría aquí.

Es la voz de Isabella a mi espalda.

—¡Cómo te... —empiezo a quejarme pero inmediatamente me quedo clavado en la cama al darme la vuelta—. ...odio...

—¿Me odias? Pues más me odiarías si supieras lo que te haría en este momento —dice roja de ira.

Estoy entre asustado y excitado en este momento. Sé que es raro combinar ambos sentimientos, pero es que parece otra mujer, una muy sexi, pero con la voz de Isabella y su mala leche. Pero la parte de mujer sexi... En realidad sigue siendo ella, sigue siendo Isabella, pequeña, con esa expresión infantil, con su apariencia infantil, pero ahora también sensual. Esas malditas gafas eran como las que llevaba superman, ocultaban su verdadero aspecto haciéndola parecer otra persona.

—¿Qué te ha pasado?

—Mira, no estoy para aguantar tus insultos, tenemos que irnos ya —dice destapándose y soltando un gritito cuando lo hace.

Yo me tapo la erección que tengo y ella da dos pasos hacia atrás.

—Te dije que duermo desnudo.

—Haz el favor de vestirte —ordena con un hilillo de voz antes de cruzar el umbral de la puerta de mi habitación—. Va a venir Margaret, tenemos diez minutos. Si quieres librarte de mí tienes que aparentar que trabajas... que estoy haciendo bien de niñera y te estoy convirtiendo en un hombre —dice ya desde el pasillo.

—¿Que me estás convirtiendo en un hombre? —grito desde el interior

del armario para que pueda oírme.

—Ya sé que eso no es posible. Pero debemos engañar a Margaret si queremos que acabe esto.

—¿Que acabe qué?

—Nuestra extraña relación —dice sarcástica.

Ahora que se ponía interesante... Aunque tiene razón, por una vez estamos de acuerdo, esta relación niñera-acosado no es sana. No necesito a nadie que me controle, eso es lo último que he querido toda la vida. Si no me hubieran impuesto su presencia tal vez no le tendría tanta manía, pero siendo como es, que el resto de accionistas me obligan a estar bajo su control, no es agradable para mí, en absoluto...

Aparece de nuevo en la habitación y no sé si es agradable o no, pero tira de mi mano y me obliga a seguirla.

—No podemos perder tanto tiempo —dice cogiendo con la otra mano la primera chaqueta que encuentra. Cada vez se mete más en el papel de madre-niñera.

¿Qué será lo siguiente? ¿Darme el biberón? La imagen de su pecho en mi boca me asalta de pronto y me dejo llevar por ella hasta llegar al edificio Doyle. Lleva mi apellido y nadie me obedece ni me respeta aquí...

—Creo que eres más agradable cuando no hablas —reconoce sin ninguna piedad.

—Tú estás más guapa también cuando estás calladita —reconozco a mi vez con una falsa sonrisa.

Ella consulta su móvil que tiene una gran acumulación de mensajes y no puedo evitar echar un vistazo mientras subimos juntos en el ascensor.

—Es personal —dice frunciendo el ceño y doblando el móvil para que no vea lo que hay escrito.

—No sabía que tenías vida privada. Pensaba que vivías en la oficina.

—Pues hace una semana me recogiste en mi casa, como ves tengo vida privada y no duermo en la oficina.

La mención de aquel día me recuerda lo que pasó en su casa, cuando me caí encima de ella... Prefiero no recordarlo, ni lo que ha pasado esta mañana. En realidad sigue siendo la misma niñata impertinente que no hace más que darme órdenes y recordarme que la han nombrado mi niñera porque todos creen que no soy capaz de hacer nada bien.

—Me alegro por ti —refunfuño deseando que llegemos cuanto antes a mi despacho.

—Creo que si usara radiación... —susurra justo cuando se abren las puertas del ascensor.

No sé qué diablos dice, tal vez está perdiendo la cabeza gracias a mí. Si al final si que sirvo para algo..., y me llaman inútil... Es una habilidad especial: todas las niñeras que se atrevían a aceptar el trabajo acababan dimitiendo a los pocos meses, algunas duraban sólo unas semanas... incluso algunas sólo unos días.

—Enhorabuena, aún no ha llegado —nos informa Francis levantándose de su silla y sonriendo como si hubiéramos ganado una carrera de atletismo.

Isabella me suelta la muñeca, que estaba estrujando desde que se han abierto las puertas del ascensor y yo pongo los ojos en blanco.

—¿No creéis que estáis muy nerviosos con esa tal Margaret?

Francis e Isabella se miran y luego a mí y niegan con la cabeza.

—Vamos a aparentar que estamos trabajando, porque hoy no te veo muy centrada —le digo a Isabella señalando el móvil que agarra con la otra mano con mucha ansiedad.

—¡Quién fue a hablar! He hecho todo el trabajo de la firma yo sola, debería pagarme la empresa un spa cuando acabe todo esto.

—¿Para ir con el tipo con el que hablas?, por encima de mi cadáver, no pienso permitir que se gaste así el dinero de la empresa, en caprichos de empleadas con voces agudas.

—No, es mejor perderlo porque la empresa quiebre gracias a un jefe inútil que se pasa el día durmiendo desnudo.

Oigo a Francis carraspear, pero estoy pensando en la contestación para Isabella cuando una sombra se cierne sobre nosotros.

—Sigue todo igual, por lo que veo —confirma Margaret con esa cara de pocos amigos. La misma que tenía durante la reunión de accionistas.

Isabella intenta explicarle los avances que hemos hecho, en realidad los ha hecho ella, y en el fondo me da pena, pero la vida es dura... Yo no digo nada, es que no tengo ganas de demostrar nada a esa vieja y mucho menos de hablar con ella. Además, ella es la que me ha impuesto a Isabella como administradora. Es la mejor representante de cómo me han infravalorado toda la vida, es la personificación del desprecio colectivo que he tenido que soportar siempre, desde que era niño. No pienso hablar con esa vieja. Además, no necesitamos a esos accionistas, podemos comprar sus acciones, tengo que hablar con mi hermano. Y ésta es la mejor idea que tengo desde hace meses. Pero tengo sueño y debería apuntarla por si se me olvida.

Al fin se va y ni siquiera nos miramos cuando se despide. Es peor que Isabella. Aunque tampoco mucho más. Sólo es más vieja... Y sabe más el diablo por viejo que por diablo...

Isabella me mira frunciendo el ceño, no debe haberle gustado mi comportamiento. Me mira igual que una profesora muy estricta que tuve, llevaba un moño apretado donde no se escapaba ni un solo pelo... Todavía tengo escalofríos de pensarlo. Los ojitos enfadados de Isabella me devuelven a la realidad.

—No me mires así, no podía haber hecho nada. Lo estabas haciendo muy bien tú solita.

De pronto suena su móvil y cuando lo mira le cambia la expresión. Descuelga y se aparta de mí y de Francis, coge su bolso y se mete por la salida de emergencia para bajar por las escaleras.

Teniendo en cuenta que estamos en el último piso me parece que el tipo que le ha encontrado Richard debe ser el hombre perfecto. No puedo creer lo que veo, la señorita "el trabajo es lo más importante" lo deja todo por él... Tengo curiosidad por verlo, así que decido seguirla, sonrío a Francis antes de bajar por el ascensor cuando me pregunta si voy a quedarme a terminar de preparar la firma de mañana.

—Llama a Philip —sugiero antes de que se cierren la puertas del ascensor.

Creo que ella ha bajado en otro ascensor para adelantar, porque cuando llego al vestíbulo ella ya está saliendo por las puertas giratorias. Corro para ver al tipo, pero cuando llego a la calle ella ya está dentro de un porsche.

Deben ganar bastante dinero esos gigolós..., pienso replanteándome mi vida laboral por un momento. Estar rodeado de mujeres... lujo... No tendría que soportar a Isabella ni a mi familia...

Le envió un mensaje a Richard para darle las gracias y decido subir al despacho. Alguien tiene que trabajar aquí.

—¿Qué has hecho? —pregunta Philip entrecerrando los ojos pero con una sonrisa pícaro en los labios.

Llevamos una hora en mi despacho y no he querido explicarle el motivo por el que Isabella no está, ni por qué he recurrido a él para terminar los documentos.

—Sólo le he dado a Isabella lo que necesitaba.

—¿Y qué necesitaba? Si puede saberse.

—Necesitaba un hombre.

—¿Y ese hombre eres tú?

—Claro que no, ¿estás loco? Ni muerto me acercaría a ella.

Él no me contesta, vuelve a bajar la cabeza para revisar las condiciones de compra y los términos legales para la firma de mañana. Yo lo observo confuso. No cree que hable en serio. ¡Claro que no me acercaría a ella!

—¿He ganado la apuesta? ¿Habéis encontrado algo sucio sobre el pasado de Isabella?

—De momento no, pero estas cosas tardan su tiempo... También apostaste otra cosa... Aunque no hay forma de verificarlo, fue una estupidez de John.

—Sí hay forma de verificarlo. Sólo tengo que preguntarle al tipo con el que ha quedado.

—Yo sé por experiencia que los Doyle consiguen lo que quieren, pero si le preguntas al tipo con el que ha quedado si es virgen... Tal vez la respuesta no sea la que esperas y vaya en forma de puñetazo.

Yo le sonrío y niego.

—Puedo preguntarle a su jefe ahora mismo, lo tengo en el móvil —aseguro levantándolo a la vez de la mesa.

—¿A su jefe?

—Es un antiguo amigo. Está todo planeado.

—No sé si quiero saber lo que estás tramando —asegura suspirando y echándose para atrás en su silla.

Una hora después Isabella regresa al despacho. Menuda cara tiene.

—Te vamos a descontar la hora que te has cogido de más. No te puedes ausentar así, cuando te apetezca —le reprocho ante la mirada atónita de Philip.

—Tengo derecho a comer, está estipulado en mi contrato. Y puedo salir a comer fuera. Que no suela hacerlo no significa que no pueda salir. ¿Me echabas de menos? —acaba con un tono falsamente cariñoso y un pestañeo que no le pega nada.

Philip me mira ahora a mí esperando la respuesta.

—Te echábamos de menos, estamos trabajando aquí como esclavos y tú

te vas a perdonar con un tipo en su porsche.

Ella se pone roja de ira y se acerca a mí olvidándose de la presencia de Philip, que se ha levantado y parece disfrutar de la escena.

—No has trabajado en tu vida, y ahora encima me has estado espiando. Por si fuera poco he preparado yo todo esto sola, y cuando viene Margaret a comprobar los progresos ni siquiera abres la boca. Voy a hablar de nuevo con ella para decirle que eres un desastre y que te obligue a trabajar conmigo hasta el fin de tus días.

Yo intento coger el móvil con el que me ha amenazado llamar a esa bruja y nos enzarzamos en una pelea de manos hasta que Philip dice:

—Hasta que la muerte os separe.

—¿La muerte de quién? Porque yo a éste lo mato —amenaza quitándome su móvil de la mano.

—Eres testigo. Si me pasa algo ya sabes por quién debe empezar a investigar la policía.

—Yo mejor os dejo solos —dice Philip.

—Cobarde —acuso cuando ya tiene medio cuerpo fuera del despacho.

—¿Qué habéis estado haciendo? ¿Grapando lo que yo llevo días preparando?

—Ya veremos tu rendimiento ahora que tienes novio. Y ya veremos cuánto te aguanta, en cuanto descubra lo bruja que eres pasará de ti.

—Al menos yo tengo novio, tú no tendrías aunque quisieras.

—Yo tendría a la mujer que quisiera, lo que pasa es que no quiero.

La verdad es que hablo así porque me está provocando, pero me temo que tiene algo de razón. Ella niega con la cabeza y se sienta en la silla que utiliza habitualmente, la que está justo frente a la mía en mi mesa.

—Si las miradas mataran —digo satisfecho echándole un vistazo por encima de la pantalla de ordenador cuando siento sus ojos clavados en mí.

—Sería cíclope —susurra para sí, volviendo la vista a su ordenador.

—Yo te veo más como hiedra venenosa.

—Y yo a ti como al jocker... pero por payaso —me insulta sin siquiera levantar la vista de la pantalla de su ordenador.

—Pensaba que una repelente como tú sólo se interesaría por cosas aburridas, no te imagino leyendo un cómic —me veo obligado a reconocer, a pesar de sus insultos.

—Si sabes gestionar el tiempo puedes hacer cosas aburridas y divertidas. Además así valorarías más las divertidas.

Frunzo el ceño y vuelvo a concentrarme en lo que hacía. Es que es repelente y listilla para todo.

—El jocker es un personaje complejo y mola —digo tras diez minutos de deliberación.

Ella alza la vista y niega con la cabeza para volver a centrarse en su trabajo. Hay que reconocer que ella también es compleja. Por un lado es repelente, se cree que sabe más que los demás, bueno, más que yo. Es una empollona y una pesada. Pero también tiene algo que me confunde, creo que es una mezcla entre su olor, tal vez las feromonas, no sé, y su cuerpo, su carita de niña cuando se quita las gafas y todos los elementos que entorpecen verla, esa ropa que lleva normalmente que no se pondría ni mi bisabuela... Pero también tiene cosas que no suelo compartir con nadie que conozca, no hay mucha gente en mi círculo de amigos que comparta mi afición por los cómics. Todos me han dicho siempre, desde que iba al colegio, que era perder el tiempo. Pero era lo único que me gustaba.

La miro sin que se de cuenta de que lo hago, echándome hacia atrás en el respaldo de la silla ergonómica, y la veo morderse los labios, unos labios pequeños y suaves..., mientras sigue estudiando el documento abierto en su pantalla. Entonces cierra los ojos y se masajea las sienes.

—¿Por qué no llevas lentillas siempre? —pregunto de repente.

—Porque se me secan los ojos.

—Pues debes estar pasándolo mal mirando la pantalla del ordenador.

—Lo paso mal, pero tengo que aguantar hasta esta tarde.

—¿Y tus gafas?

—Las tiró por la ventana una amiga. No sé qué más fue de ellas —se queja masajeando sus sienes con los dedos.

—Deberíamos ir a por unas gafas ahora mismo.

Ella me mira boquiabierta y luego vuelve a cerrar los ojos para descansarlos.

—Es que me estás poniendo nervioso —añado por si ha pensado que quería ser amable con ella o algo parecido.

—Está bien, no creo que aguante hasta la tarde —cede, porque debe estar pasándolo realmente mal.

Francis no ha dicho una sola palabra cuando hemos pasado por delante de su mesa, pero su mirada lo dice todo. Prefiero no pensar en lo que pueda estar imaginando. Ni lo que pueda saber...

Vamos en taxi hasta la primera óptica que encontramos que aparece en el gps mientras Isabella, cansada de las lentillas se las quita y las tira por la ventanilla. Yo no digo nada, me limito a observarla hasta que paramos.

—¿Desde cuándo te gustan los cómics? —no puedo evitar preguntarle.

—Desde siempre, ¿a quién no le gustan? —dice bajando del taxi.

—No sé —respondo tras ella—. Hay gente que piensa que es perder el tiempo.

Ella frunce el ceño y me abre la puerta de la óptica como si yo fuera una señorita.

—Pues deben ser unos incultos.

—¿Todos mis profesores eran unos incultos? —pregunto mientras ella mira sin ver definitivamente ninguna de las monturas que hay a nuestro alrededor en las vitrinas.

—No eran buenos profesores —dice tajante.

Elijo un par de gafas y se las entrego para que se las pruebe.

—¿Tú crees? ¿Porque no les gustaban los cómics?

—Bueno, ¿te has visto? Si hubieran sido buenos no estarías así.

—¿Piensas que soy un inútil porque tuve unos malos profesores?

Ella empieza a reírse de repente y no entiendo por qué, tal vez no quiera reconocer ninguna de las dos cosas. O tal vez sólo crea una realmente, que soy un inútil o que eran malos profesores.

—¿Crees que éstas me quedan bien?

La miro un momento y niego.

—Tienes la cabeza demasiado pequeña.

—Aprovecho el espacio. El cerebro ocupa todo el cráneo, no como tú —dice sacándome la lengua y guiñando un ojo.

—Lo que aprovechas es cada oportunidad para meterte conmigo.

—No todas. Dejo pasar alguna.

Elijo otras gafas y se las coloco mientras sonrío. Es tan pequeñita y tan repelente, pero no me mira como siempre, con esa mirada de superioridad, tal vez porque no me ve bien. Me mira de una forma extraña, y me hace sentir extraño.

—Ahora pareces una secretaria de los años cincuenta —reconozco riendo.

Ella se las quita rápidamente y frunce el ceño.

—Te lo estarás pasando bien.

—Un poco. Prueba éstas —le entrego otras que creo que le sentarán

bien.

Me las quita de las manos, ya no se fía de mí, y le pregunta al dependiente.

—Te quedan bien, mejor que las que tenías —digo antes que el dependiente.

—Le quedan muy bien —confirma él.

Ella le dice el cristal que necesita y la graduación y afortunadamente no es algo complicado, es decir, le puede dar un cristal ya fabricado que tiene en la tienda. Menos mal, porque si no tendría que llevarla a casa luego... Y hoy me siento raro a su lado.

—Preferiría que fueran progresivas, pero con ver algo me vale.

—Al menos los demás te podemos mirar —bromeo—, porque las otras gafas eran horribles.

—Sin embargo tú sigues siendo igual de feo —asegura ajustándose las gafas para enfocarme y reírse otra vez a mi costa.

El dependiente nos mira con una sonrisa tensa y yo le entrego mi tarjeta sin dejar de mirar a Isabella a los ojos.

—No, yo las pago.

—Las he elegido yo, deja que las pague —insisto y no sé muy bien por qué, tal vez porque me gusta que lleve las gafas que he elegido.

Ella parece dudar mirándome fijamente también, pero finalmente consiente asintiendo.

—Ahora tendré que comprarte algo —sugiere cuando salimos de la tienda.

—No es necesario.

—Entonces te enseñaré algo.

No soy capaz de negarme. La sigo sin hacer preguntas.

—Está cerca —asegura con una sonrisa, a pesar del odio mutuo, o tal vez ya no sea tan mutuo, o tanto odio.

De repente suena su móvil y a ella le cambia la expresión rápidamente.

—No me acordaba de la hora que es. Tengo que volver a la oficina.

—¿Tu cita?

—No es de tu incumbencia.

—Me debes una —digo cuando ella ya ha salido corriendo en dirección al edificio Doyle.

Capítulo 8.

—¿Me estás diciendo que éste es tu ligue? —pregunta Sofía mirando la foto que le he hecho con la excusa de hacerme un selfie, pero en realidad se la he hecho a él.

Pero es que cuando lo he visto por primera vez en alta definición gracias a mis gafas, me he quedado sin palabras.

—Sabía que te iría bien, pero ha sido mejor de lo que esperaba cuando tiré tus gafas por la ventana —asegura Jenny con los ojos bien abiertos, sin poder dejar de admirar a Gareth en la pantalla de mi móvil.

La verdad es que cuando lo he visto me he sentido cohibida, pero él enseguida ha empezado a hablar y ha sido tan simpático que se ha ido la vergüenza tan rápido como llegó cuando lo vi. Y, por si fuera poco, no dejaba de alagarme, cosa que no me ha ocurrido previamente en mi vida. Al menos no tan descaradamente. Y tengo que decir una cosa al respecto: me encanta.

—¿Tiene algún hermano soltero? —pregunta Helen alzando las cejas.

—O casado —dice Sofía con una sonrisa pícaro.

—Eres imposible —le contesta Jenny riendo.

—No sé si tiene hermanos, la verdad es que no sé mucho de él.

—Encima no es el típico que sólo habla de sí mismo —dice Sofía negando con la cabeza—. Es un sueño hecho realidad.

—Un sueño erótico —la corrige Jenny.

—Por supuesto, estaba implícito —afirma Sofía guiñándole un ojo.

Helen pide otra ronda al camarero y yo me entretengo mirando la foto de Gareth. No puedo creer que un tipo así se haya fijado mínimamente en mí. Es como un modelo... Tiene la tez morena y los ojos verdes, un contraste espectacular. Se percibe a través de la chaqueta de su traje que tiene una musculatura definida, seguro que tiene marcados todos los abdominales... No me atrevo siquiera a imaginarlo no vaya a ser que empiece a babear delante de la gente. Mientras él me hablaba esta tarde no podía dejar de mirarlo embobada, es que no se puede mirar otra cosa ni de otra forma mientras él está cerca. Notaba incluso que otras mujeres nos miraban, preguntándose por qué él estaba sentado conmigo en aquella cafetería. Habrán pensado que soy su hermana o la amiga fea de la infancia. Es que nadie creería lo que ha ocurrido, la forma estúpida en la que nos hemos conocido, o que él me dijera que le

parezco encantadora..., o incluso atractiva. Lo que me hace pensar que tal vez lo he soñado, podría ser efecto de mi imaginación, y en realidad no ha dicho eso. En realidad no ha dicho que fuera atractiva, sino que una mujer tan atractiva como yo puede permitirse llevar las gafas que quiera. Ja, en sus sueños, si me hubiera visto esta tarde con Doyle en la óptica... Me ha hecho hacer el ridículo eligiendo gafas estúpidas, creo que quería tomarme el pelo y que comprara algo que me quedara mal. Aunque por otra parte al final ha elegido algo mejor. Y las ha pagado él. No entiendo tanta amabilidad, debe ser un truco para que baje la guardia.

—Jenny, me pongo en tus manos, quiero que a partir de ahora elijas por mí la ropa que me pondré para ir a trabajar —afirma Helen casi babeando ante la foto de Gareth.

Jenny se ríe y asiente con la cabeza quitándole de pronto el móvil a Helen.

—Ahora que lo veo mejor me suena su cara, pero no sé de qué —admite.

—Debe haber salido en algún anuncio de colonia —sugiere Helen.

—Sí, me recuerda al tipo que se tira de un acantilado y sube a una barquita —dice Sofía con una sonrisa ladina.

—Mmm —se oye decir a Jenny soñadora con los ojos cerrados.

Yo les quito el móvil de las manos con un gesto rápido.

—Me vais a dejar el móvil mojado de babas.

—No precisamente de babas —dice Sofía riendo a mandíbula abierta.

—Se acabó el tema. Al pobre chico le van a pitar los oídos.

—La última: ¿Por qué no estás con él en su cama en este mismo instante? —pregunta Jenny colocando su mano bajo su mentón.

Yo miro a Helen y ella asiente con la cabeza.

—No lo sé, habíamos quedado para tomar un café.

Sofía se levanta y tira de su pelo emitiendo sonidos demasiado exagerados como si fuera un monstruo en una caverna.

—¿Qué? —pregunto a las otras dos, porque Sofía parece fuera de sí.

—Tenías que buscar una excusa para acompañarle a su casa —dice Jenny con un suspiro.

Miro a Helen con una pregunta en la mirada y ella asiente confirmando lo que dice Jenny.

—¿Habrás otra cita? —me pregunta Sofía calmándose y volviendo a su asiento.

—No sé, tiene mi móvil. Y no sabía lo de la excusa, hace mil años que no tenía una cita. Hace mil años que no tengo contacto humano decente.

Sofía vuelve a levantarse y vuelve a gruñir, pero esta vez se sienta antes porque un grupo de chicos se ha quedado mirándola desde la barra con las cervezas a medio camino entre ésta y sus labios.

—Oh Dios mío, esto es demasiado para mis oídos —susurra Sofía.

Yo me encojo de hombros.

—Yo creo que con haber quedado hoy ya puedo darme con un canto en los dientes. Un tipo así no me ha hablado en mi vida... Menos tomar café, y ni siquiera sueño con estar en su cama. Creo que si lo pensara me pondría nerviosa y no podría ni hablarle.

—Déjame el móvil —me ordena Sofía con la cabeza agachada mirando hacia la mesa y extendiendo el brazo por encima para que se lo entregue.

—¿Qué quieres hacer? —pregunto desconfiada apretándolo contra mi pecho.

—Quiero enviar un mensaje, vamos... sé buena —dice en un tono de voz suave levantando la cabeza como una psicópata.

—No te lo dejo, la verdad es que ahora mismo das miedo. ¿Qué mensaje?

—Le voy a decir a tu amado que lo pasaste muy bien hoy y que quieres tomar algo mañana para devolverle la invitación.

La miro desconfiada.

—Eso lo puedo escribir yo.

—No me fío, seguro que te arrepientes, empiezas a dudar... Ya sabes. ¿Se lo envió, no se lo envió? —acaba diciendo con una voz que creo que pretende imitarme.

—En primer lugar yo no hablo así y, desde luego, jamás diría eso. En segundo lugar, no sé que hay en segundo lugar, pero con el primero es suficiente —les espeto frunciendo el ceño para dar énfasis a mis palabras.

—Está bien, no te enfades. Lo que vamos a hacer es no movernos de tu lado hasta que se lo escribas.

—Voy a decirle únicamente que me lo he pasado bien esta tarde.

—¿No debería esperar a que él diga algo? —duda Helen en voz alta.

—¿Con un espécimen así? Ni loca, tiene que mostrar interés, seguro que las tiene a cientos.

—Dejad de hablar así, que me desanimó. Bastante me cuesta creer lo que ha pasado hoy... —admito mirando el móvil y el perfil de Gareth en mis

contactos.

Decido escribir un simple “gracias por la invitación, te debo una” y dejo el móvil sobre la mesa para no esperar que responda mirando como una tonta la pantalla.

—Ya está, ¿contentas? —pregunto mirando de un lado a otro a esas tres locas.

—Hasta que no conteste no.

—Es privado, ya os he contado bastante, además no está en línea, ni siquiera lo ha leído.

El resto de la tarde deriva en una infinidad de suposiciones, en otra infinidad de hombres que podrían presentarme como alternativa a Gareth. Sofía incluso sugiere que me líe con Robert Doyle, qué loca está... Creo que han bebido demasiado por hoy, así que decido, sabiamente junto a Helen, irme de allí antes de que la cosa llegue a mayores estupideces.

Al menos el pub está cerca de casa y podemos volver andando, mientras que Sofía y Jenny tienen que regresar en metro.

—No te desanimes, a lo mejor está trabajando.

—La verdad es que no sé en qué trabaja. Tal vez sea uno de esos timos que salen por la tele, esos tipos que se lían con la fea de turno para sacarle los billetes.

Helen se detiene en la acera y empieza a reír.

—¿Qué billetes?

—Ahí tienes razón... —empiezo a pensar alternativas, es que no me parece normal que se haya fijado en mí un hombre así de atractivo—. A lo mejor, no sé, es comerciante de órganos.

—¿Para transplantarlos a un niño? Eres demasiado pequeña para que tus órganos sirvan a alguien adulto... —reconoce entre risas.

—Puede que lo que pretenda es ocultar que es gay y necesita una novia para presentársela a sus padres porque no quiere salir del armario, la verdad es que es demasiado amable para ser hetero —sugiero frunciendo el ceño, y la verdad es que tiene sentido...

—O puede que le gustes. Normalmente la explicación más sencilla es la acertada.

—Puede, pero no descartaré las otras opciones, por ir preparada. A lo mejor debería llevar un arma, ¿qué haría yo sin mi hígado?

—No es que lo uses mucho, si se tratara del de Sofía o Jenny... —dice entre risas.

—Mañana compro un arma, nunca se sabe.

Cuando llegamos a casa, por alguna razón está Robert en la puerta esperando. Robert Doyle.

—¿Para qué quieres el arma?

—Pues mira, para ponerte a raya si te pasas de ella. ¿Qué quieres?

—¿Era mentira lo de la cita? —pregunta mirando a Helen con una sonrisa.

—¡Claro que no! Pero a todo esto, ¿a ti qué te importa si tengo una cita o no?

—¿Quién es? —me pregunta Helen ignorando a Doyle.

—Es el ilustrísimo Robert Doyle.

—Presente.

—El niño rebelde —reconoce Helen.

—El mismo —asiento bajando los párpados e inclinando la cabeza.

—Interesante —dice Helen mirándolo de arriba abajo—. Ojalá mis niños rebeldes fueran así.

No puedo creer lo que oyen mis oídos, está flirteando con Robert... ¡Si sabe que es un idiota...!

—¿Qué niños? —pregunta Doyle confuso mirándome.

—Nada, dejémoslo ahí. Ven —digo tirando de su brazo para apartarlo de Helen, por el bien de ella, porque este hombre no le conviene cerca a ninguna amiga mía.

Yo tiro de su brazo hasta que nos alejamos de Helen, que le sigue mirando con una sonrisilla. Creo que le atraen demasiado los hombres rebeldes... Y no le conviene. No sé si en el fondo pretende cambiarlos y convertirlos en niños educados o realmente le atraen. Dudo.

—¿Qué le pasa a tu amiga?

—Nada, es mejor dejarla. ¿A qué has venido?

—A comprobar que vas a ir mañana a la firma porque te veo muy abstraída..., y a recomendarte que cuando firmemos hables con Margaret. No quiero seguir teniendo niñera —dice algo más enfadado que hace un rato, cuando lo he visto junto a mi portal.

—En primer lugar, yo tengo más ganas de dejar de trabajar contigo, en segundo lugar, hablaré con Margaret, pero no te prometo nada... ¿Has bebido? —pregunto acercándome para oler su aliento.

Él se acerca y acaricia mis labios con la punta de sus dedos y me quedo sin palabras.

—Habla con Margaret —se limita a decir y me deja plantada en medio de la acera. No me ha dado tiempo a decirle que sea puntual en la firma.

Helen se ha dedicado toda la noche y parte de esta mañana a decir que no estaba nada mal mi niño travieso y otras cosas con doble sentido. Creo que ella necesita más un hombre que yo. Robert Doyle no es atractivo, es raro, eso es lo que le he respondido a cada cosa que decía, pero es que ahora que al fin llega al despacho de los abogados de Emmett lo veo todavía más raro, encima ha llegado en el último minuto. Creo que lo hace aposta para desquiciarme. Lo peor es que lo consigue. Si tuviera poderes mentales y pudiera controlarle para que hiciera lo que yo quisiera.

—Creo que hoy preferiría ser el doctor Xavier.

—¿Quieres ser calva? —susurra él inclinándose hacia mí.

—No, quisiera controlar tu mente para que vinieras un minuto antes y dar una buena imagen.

—También doy una buena imagen así, soy un hombre de negocios atareado que no puede perder ni un minuto. Si llegara antes pareceríamos desesperados por firmar.

Yo lo miro con ira y él me devuelve una sonrisa.

Capítulo 9.

Estoy deseando que acabe esto, porque con este contrato los Doyle habremos recuperado la credibilidad, la empresa subirá como la espuma, y podré deshacerme de la tutela de Isabella. En realidad lo que más me preocupa de su cercanía es que empiezo a necesitarla. Me gusta estar con ella, me gusta hablar de quién querría ser ella para acabar conmigo. Cada día quiere ser un personaje de algún cómic para derrotarme. Intento no sonreír cuando dice que quiere ser el doctor Xavier, e intento no recordar anoche cuando fui a verla. No pude soportar la idea de que estuviera con el hombre que envió Richard para seducirla y hacerla añicos. De hecho le llamé en cuanto ella se fue por la tarde y le dije que anulara todo. Y no pude soportar saber que estaba con otro tipo y tuve que ir a su casa a esperarla para comprobarlo. No sé qué me pasa con ella, pero cada vez soporto menos estar a su lado, porque tengo miedo de no poder estar sin ella. Sé que suena extraño pero es así.

Mientras esperamos a los abogados que están relejendo por enésima vez los documentos, Isabella recibe un mensaje de un tal Gareth, lo veo en su móvil gracias a mi agilidad en el movimiento del cuello, y a que soy más alto que ella.

—¿Qué haces? —se queja ocultando su móvil para que no vea lo que escribe.

No entiendo por qué sigue recibiendo mensajes de ese tipo, si le dije a Richard que abortara el plan. De todas formas creo que en cuanto hable con Margaret acabará nuestra relación laboral. Eso espero, porque no creo que pueda soportar estar tanto tiempo con ella sin poder tocarla. Por si fuera poco, ella me odia. No es un odio normal, es un odio acérrimo. No es la primera persona que me odia así, pero sí es la primera que no me gusta que lo haga. Y no sé por qué me ocurre esto, precisamente con ella. Normalmente me da igual lo que piensen los demás, de hecho cuanto más piensan que soy un inútil o que no hago nada, más intento demostrarles que tienen razón. Pero por alguna razón ahora no quiero que ella piense eso sobre mí. Me gustaría que no frunciera el ceño como hace siempre que me mira, me gustaría que me sonriera como hizo ayer, cuando fuimos a comprar las gafas. Cuando me hablaba de cómics o cuando le acaricié los labios y me miró confusa. Prefiero la

confusión a la mirada de odio habitual.

Como la de ahora. Me mira de arriba abajo mientras los abogados leen los documentos. Al menos estamos sentados, así no se da cuenta de que tengo una erección.

—¿Estás nervioso?

—¿Por qué lo dices?

—Estás sudando...

Si supiera lo que estoy pensando sudaría ella también. Pero es que yo me pregunto por qué tiene que llevar una blusa abierta hasta donde se alcanza a ver el inicio de sus pechos. Además, con la diferencia de altura casi veo hasta el pezón.

Ella vuelve a fruncir el ceño y me ofrece un pañuelo.

—Nunca estás en tu sitio —se queja como si fuera una profesora y yo un niño de párvulos.

—La culpa es tuya.

Ella va a contestar, pero en ese momento Emmett hace su aparición y al fin va a acabar esto. Nos pide que no nos levantemos y se sienta frente a nosotros en la enorme mesa de reuniones haciendo un gesto con la cabeza a modo de saludo. Le dirige una mirada que Isabella ni siquiera percibe, pero yo sé lo que está pensando, lo mismo que yo. Debe estar pensando en echarla sobre la mesa y tirar todos esos papeles y carpetas al suelo y metérsela hasta que grite. Mejor dejo de pensar en esas cosas o me pondré peor. Menos mal que ha dicho que no nos levantemos.

—Creo que podremos hacer más negocios juntos —dice firmando al fin. Lo que ha costado llegar a esto. Aunque ahora no estoy tan contento. No sé si quiero que Margaret se lleve a Isabella. Ya no sé qué quiero.

—Encantada —dice ella alcanzando el montón de documentos que le pasa Emmett para que lo firmemos nosotros.

Me da una patada por debajo de la mesa y yo toco su pierna para pararla, y no puedo evitar dejar mi mano en su rodilla más tiempo del que debería.

—Encantado —digo para evitar que me vuelva a dar una patada.

Tengo que apartar la mano de su rodilla para firmar, la mano que ella no ha movido, sino que ha dejado la pierna donde estaba y ha dejado mi mano sobre ella. No sé qué pensar de ello. A veces me confunde y otras creo que me sigue odiando. Pero ¿cómo no me iba a odiar?, creo que quiero ver algo donde no lo hay.

La miro de nuevo cuando acabamos con todos esos papeleos que me están dando mareo y Emmett se acerca a nosotros para darnos la mano.

—He quedado para comer, pero otro día podríamos quedar y hablar sobre proyectos futuros —propone Emmett dándole la mano a Isabella y manteniéndola sujeta durante más tiempo del razonable. Me estoy sintiendo muy incómodo y me están dando ganas de darle un puñetazo.

—Claro —dice Isabella con una sonrisa—. Estaremos encantados.

—Por supuesto —digo sin la menor intención de hacerlo. No me gusta cómo mira a Isabella. Y no creo que esté pensando precisamente en hacer negocios con ella, al menos no el tipo de negocios que se hacen en un despacho delante de un ejército de abogados. Aunque pensándolo bien eso podría ser una escena muy buena de una película porno, pero prefiero no pensar en ello ahora, sobre todo cuando Isabella se acerca a mí y la puedo oler perfectamente.

Isabella me reprende mientras estamos en el ascensor a solas y yo me limito a observarla y a intentar contenerme, porque cada vez me pone peor y sólo intento mantener la calma.

—¿Estás escuchando algo de lo que te digo? —pregunta mirándome enfadada.

—La verdad es que no —digo encogiéndome de hombros.

—Eres imposible —reconoce cuando se abren las puertas del ascensor y sale disparada como si estuviera el diablo dentro.

La sigo más lento y veo cómo contesta en la calle a un mensaje en su móvil y justo cuando sale del edificio sube a un coche, un coche que reconozco. Y un conductor que aún reconozco más, es Richard. ¿Por qué Richard recoge a Isabella? Contraté los servicios de su empresa para que sedujeran a Isabella y luego la dejaran plantada. Pero anulé aquel plan estúpido, de hecho ni siquiera le he pagado. ¿Qué hace Richard con ella ahora? De pronto todo empieza a encajar. Richard no envió a ningún empleado, es él mismo el que se ha encargado de ella... Él dijo que le gustaba, que se la follaría. No puedo creer que sea tan capullo. Tampoco puedo creer que yo sea tan idiota, bueno sí puedo creer esto último, llevo toda la vida demostrándoselo a los demás y ahora me lo he demostrado a mí mismo.

Tengo que avisar a Isabella de que Richard es un manipulador y que sólo quiere follársela y dejarla tirada... Claro que si le digo eso, me preguntará por qué sé lo que pretende, por qué sé quién es él y que yo soy un idiota. Bueno, eso último ya lo sabe, pero va a pensar que soy un capullo,

además. Es decir, va a pensar peor de mí y, sobre todo, que no tengo remedio.

Desde luego Richard es inteligente. Claro que, ha hecho su pequeño imperio de la nada, y para eso hay que serlo. No sólo inteligente, sobre todo no hay que tener escrúpulos para el negocio al que se dedica. No puedo hacer nada para avisarla sin quedar en evidencia, encima no puedo acercarme a ella sin que piense que realmente me gusta, porque cada vez que la miro ella me mira con desconfianza. Lo tiene todo hilado, desde luego, pero yo no me voy a quedar de brazos cruzados.

De momento me limito a enviarle un mensaje al móvil y decirle que deje a Isabella, que es mía. Él me responde unos segundos después: “En los negocios y en el placer, todo vale” Es algo que dicen los Doyle, pero nunca lo entendí de todo. No me gusta esa respuesta y le contesto un simple “No”.

Esto no quedará así, voy a pensar por primera vez en mi vida.

Tras dos días pensando decido llamar a mi cuñada, la persona más inteligente que conozco, y que lleva riendo diez minutos. Cuando al fin se calma empieza a toser.

—Perdón —dice todavía entre toses y risas—. Es que no puedo más.

—Muchas gracias por tu comprensión. Desde luego no aguantaría esto si no tuviera interés en tu respuesta. Ya te habría colgado en el minuto dos por lo menos.

—Agradezco tu confianza en mí, pero no sé si podré ayudarte.

—Bueno, prefiero hablar contigo que con mi hermano, eso sería más humillante.

—Puedo imaginarlo.

—Bien, lo primero que tienes que hacer es documentarte. ¿Qué le gusta hacer? —dice mi hermano al otro lado del teléfono.

—¿Qué haces escuchando conversaciones privadas?

—¿Cariño? —dice Claudia.

—No tengo mucho que hacer aquí, perdona si me aburro un poco y accidentalmente oigo reír a mi mujer durante diez minutos seguidos y cojo el auricular de la cocina para cotillear —se justifica Jonathan como si fuera una explicación convincente para alguien.

—Bueno al menos no te has reído tú.

—No te creas, que también me he reído, pero he tenido la decencia de

tapar el micrófono con la mano.

—Muchas gracias. Esto es humillante...

—Tranquilo, estás en buenas manos. Lo primero que tienes que hacer es averiguar qué le gusta hacer y que aficiones tiene.

—Eso es una estupidez —dice Claudia tajante.

—No es una estupidez, es lo más lógico. Isabella es una chica tímida y seguro que tiene muchas cosas en la cabeza que no demuestra, hay que averiguar qué hace en su tiempo libre y ese tipo de cosas. Es evidente.

—Robert, olvida lo que dice tu hermano. Isabella es una mujer, y a las mujeres nos gusta que nos provoquen.

—No creo que a Isabella le guste que le provoque más, ya me odia bastante.

—Entonces cambia, radicalmente, demuéstrole que eres inteligente, eso nos gusta, y cuando no se lo espere la besas.

—Cariño —dice con suavidad mi hermano—, lees demasiadas novelas eróticas últimamente. Si la besa así sin más puede que le presente una demanda.

Oigo el silencio como si se pudiera oír realmente y casi los pensamientos de Claudia.

—En eso tienes razón. Ok, Robert, no la beses, pero dile algo cachondo que la encienda.

—Robert, no hagas caso a Claudia, se aburre y se pasa el día leyendo esas novelas. Las cosas no son así.

—Pues tú me besaste —se queja Claudia.

Y después mi hermano y ella se enzarzan en una discusión sobre lo que debo hacer y lo que hicieron ellos cuando se conocieron y lo que les gustó o no les gustó, y yo decido colgar. No me han ayudado nada.

Pues no sé a quién preguntar. Estoy en el despacho desde primera hora y ella no ha aparecido aún. No es que llegue tarde, pero siempre llega antes de tiempo y esto no es normal, es adicta al trabajo o algo así.

—Francis —le llamo por el teléfono interno.

—No ha llegado aún.

—¿Quién?

—Isabella. Ibas a preguntar por ella, ¿no?

Ahora me pregunto si es vidente o tiene poderes paranormales. Me estoy asustando.

—Sí...

—Pues no ha llegado, pero no creo que tarde.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto desconfiado.

—Bueno, sé cosas.

—No me asustes. ¿Qué sabes y cómo? Conocí a un gurú en la India...

Ahora se ríe también. Hoy debo estar muy chistoso.

—Digamos que te he oído hablar de Isabella y me ha mandado un mensaje diciendo que venía. No soy un gurú.

—Entonces escuchas conversaciones ajenas como mi hermano.

Al final eramos cuatro en la misma conversación telefónica, sólo que Francis no ha dicho nada. No se puede fiar uno de nadie en este mundo.

—Tendrías que haber llamado a mi hermana para que se ocupara de los negocios, mira el lío en el que estoy metido ahora.

—Acaba de llegar Philip —advierte antes de colgar.

El que faltaba, pienso dejando caer la cabeza sobre mis manos.

—Te veo abatido —reconoce Philip con una sonrisa como de costumbre.

—¿Qué quieres? No tengo ganas de trabajar.

—Lo raro sería que tuvieras ganas.

—Muy gracioso. Pues la verdad es que últimamente no hago otra cosa.

No miento, me paso el día aquí para estar con Isabella. Y ella no hace otra cosa que enviar y recibir mensajes de Richard, que se hace llamar Gareth ante ella.

Por si fuera poco, ella cada día está más sexi. Le sienta bien sentirse halagada. Y Richard sabe qué decirle en cada momento. Lo cual me da más rabia todavía. Más que el hecho de no poder hacer nada al respecto.

—No voy a negar que últimamente pasas bastante tiempo aquí. Puede que no tengamos que emplear esto para que te libres al fin de Isabella —dice dejando encima de la mesa una carpeta—. Al final he ganado yo la apuesta. Te dije que todos tenemos algo que ocultar.

—No me lo creo —niego—. ¿Qué es?

—No lo he abierto. Guardo la emoción para este momento —asegura con una sonrisa de oreja a oreja.

El sonido de una llamada interna interrumpe nuestra conversación.

—Isabella —dice Francis como si supiera que estábamos hablando de ella.

Yo miro bajo la mesa para comprobar que no hay micrófonos y guardo la carpeta rápidamente en mi maletín. Philip me mira apesadumbrado. Tenía

ganas de comprobar los trapos sucios de Isabella.

Ella entra en el despacho y nos mira alternativamente a uno y otro.

—¿Se ha muerto alguien? —pregunta sorprendida cambiando su expresión, que parecía muy feliz.

—No, que te lo cuente él —dice con una sonrisa Philip antes de irse como un cobarde.

Ella vuelve su cara hacia mí tras verlo marcharse sin más explicaciones.

—Lo que pasa es que no me gusta madrugar —digo concentrándome en la pantalla del ordenador.

—A veces me pregunto cómo hiciste para terminar los estudios —no espera la respuesta a esa pregunta porque inmediatamente se sienta y empieza a ordenar sus cosas y encender su ordenador.

—Yo también me lo pregunto, supongo que era joven y a esa edad es distinto.

—No es eso lo que he oído.

—¿Qué quieres decir? —pregunto intrigado.

—Sé de buena tinta que no había niñera que te aguantara y no obedecías a ninguna.

—No obedecía a ninguna que me mirara como si yo fuera un inútil —aclaro sin dejar mirar el correo de mi ordenador.

—¿Como te miro yo? —dice riendo agusto a mi costa.

—Más o menos.

—Pues últimamente te estás portando bien.

—Es que eres más guapa que aquellas niñeras. Es más fácil obedecerte a ti que a ellas, aunque me mires así.

Ella levanta la vista de la pantalla de su ordenador alzando una ceja.

—¿Has cambiado de estrategia? ¿Ahora me adulas?

—No es ninguna estrategia, simplemente es la verdad.

—No te preocupes, luego llamaré a Margaret, no quería parecer ansiosa.

—No, es mejor no parecer ansiosos.

Ella me mira frunciendo el ceño. Después de cómo nos hemos hablado en las últimas semanas no me va a creer nunca. No va a creer una sola palabra de lo que le diga. Tendré que demostrárselo entonces, pero el problema es que no sé cómo. Por un momento se me pasa por la cabeza la idea de Claudia, podría demostrárselo físicamente. Ella me vuelve a mirar.

—¿Te encuentras bien?

—Claro.

—No sé, te veo distinto.

—¿Y te gusta?

—Más bien me asusta.

Pero no le asusta nada, se está riendo de mí otra vez. Tal vez debería volver a comportarme como al principio. Llegar tarde, negarme a trabajar, así seguirá a mi lado y tendré tiempo de pensar.

Después de un día sin aparecer por la oficina, Isabella se presenta al día siguiente en mi casa a las siete de la mañana. Oigo la puerta de la habitación y yo me hago el dormido. Se acerca a mí bastante enfadada, lo noto porque resopla.

—¿Qué haces ahí todavía? —me pregunta aunque no espere respuesta, porque se acerca hasta la cama para tirar de mi brazo.

Capítulo 10.

Analizando el comportamiento de Robert he llegado a la conclusión de que no entiendo nada. No entiendo por qué hace lo que hace, por qué cambia tanto de estrategia o simplemente por qué es tan idiota. Cuando parecía que se centraba, vuelve a descentrarse. Creo que necesita una psicóloga, no una administradora.

Helen me ha dicho que intenta llamar la atención. Como si se tratara de uno de sus niños descarriados... Tal vez tenga razón, pero entonces para qué quiere llamar la atención. ¿La atención de quién? ¿De los accionistas? No tiene ningún sentido.

Tengo los nervios de punta, desde hace semanas, pero hoy más. No sé por qué Gareth no me parece de fiar, creo que me lo follaré y lo mandaré a tomar viento, o tal vez pase de él ya. Creo que tiene algo que ocultar y sinceramente no me importa qué puede ser.

Nunca he creído a los aduladores. No me fio. Y Gareth es exactamente eso. No se puede negar que está bueno, la verdad es que al principio me pareció un sueño hecho realidad. Pero hay algo en él que no me gusta, tal vez es demasiado perfecto, o al menos intenta parecerlo. Y por alguna razón no me pone, es decir, es atractivo, pero no me atrae, aunque suene incoherente.

Robert está todavía en la cama cuando llego a su habitación y lo veo haciéndose el dormido.

—¿Qué haces ahí? —pregunto a Robert cuando empujo la puerta.

No sé por qué se hace el dormido, ¿acaso cree que así me iré? Por otra parte, si quisiera que no entrara podría haber cambiado la cerradura... Es bastante lógico, pero claro, él no tiene nada de lógica.

—Advierto que voy a tirar de la manta si no te levantas —le amenazo.

Él se gira hacia mí y veo su sonrisa de oreja a oreja desafiándome.

—No creo que te vuelvas a atrever.

Entrecierro los ojos y dirijo mi mano inexorable hacia la manta, pero él la atrapa y tira de mí para caer junto a él.

—¿Qué diablos...?

No me deja terminar, me mira con sus ojos azules tan claros como para no poder dejar de mirarlos y me besa sin cerrarlos, como si así me hipnotizara. Como si al perder el contacto visual fuera a desaparecer. Une su

lengua a la mía en el interior de mi boca y me acaricia lentamente, tan suave que durante todo el tiempo que mantiene su contacto sólo deseo que no acabe nunca. Creo que he gruñido o algo así, pero no puedo evitarlo, como tampoco acariciar su cabeza mientras me besa, ni puedo evitar dejarme llevar y colocarme sobre él.

De pronto la realidad cae sobre mí como una losa, no puede ser... Es Robert Doyle, la pesadilla de este mundo. No es un hombre cualquiera, es uno que me ha dicho claramente que le parezco un adefesio, que me odia, que intenta a cada momento que desaparezca de su vida. Puede que esto sólo sea un cambio de estrategia. Lo último que puedo hacer es caer en su trampa como una idiota. Por muy bien que bese, no es real, nada de esto lo es. Le aparto apoyando mis manos en su pecho y negando.

—No vuelvas a hacerlo —le advierto.

—¿He hecho algo mal? —me pregunta con la apariencia de alguien que no sabe qué está pasando.

—Ser Robert Doyle, eso es lo que está mal —reconozco—. No sé qué pretendes con esto, pero no lo vas a conseguir. Vas a venir a la oficina ahora mismo.

—Haré lo que digas, pero no te enfades —dice levantándose detrás de mí y acercándose.

Lo tengo a mi espalda y no soy capaz de moverme, ni de apartarlo. Y lo peor de todo es que noto su erección, su enorme erección que ya vi la última vez que vine, y que me ha provocado en los últimos días unos sueños eróticos de los que prefiero no hablar... ni recordar.

—Pues vístete y vámonos —le ordeno encontrando al fin el valor para apartarme de él.

Es demasiado guapo, lo reconoceré, pero no delante de Helen ni ninguna de las otras. Es que su pelo castaño claro, así despeinado, su cuerpo, desnudo ahora..., sus músculos... esa enorme erección. Sólo de pensarlo me pongo enferma. Pero es Robert Doyle. Repito, es Robert Doyle.

Mientras espero en el salón a que se vista recibo otro mensaje de Gareth. Hay algo raro en él, no sé, pero no tiene ningún sentido que un hombre así diga que soy tan especial y que esté deseando que llegue la noche para cenar en su casa por primera vez. Me pide disculpas por no haber podido

quedar antes, y que odia su trabajo... A saber si hay algo real en todo esto. El primer día, tengo que reconocer que me ilusioné, o al menos me impactó, pero siendo realistas, no tiene sentido. Tampoco estoy segura de si me apetece ir, no es que me ponga demasiado. Me pone más Doyle, por poner un ejemplo... Aunque no es el mejor ejemplo, pero está cerca y me he acordado de él.

Si hubiera cerca otro hombre que me pusiera, evidentemente habría puesto ese otro ejemplo. No habría pensado en Doyle. No es que me ponga mucho, es que está cerca.

Me giro y le veo impecable, con un traje a medida que le sienta como un guante. Me cuesta tragar saliva. Me cuesta mantenerme seria e imperturbable, agarrando mi maletín como si fuera un arma ante un hipotético ataque.

Pero es que ahora mismo no soportaría otro ataque de los suyos. Creo que sí debería ir a la cena con Gareth, al menos para desahogarme.

—¿Vamos? —pregunta sacándome de mi ensoñación.

Mientras bajamos por el ascensor que lleva directamente a su ático su mirada no me deja tranquila ni un segundo. Me está poniendo muy nerviosa, más de lo que es habitual.

—¡Ya basta! —exclamo harta de que me mire.

—No decías eso hace un rato —reconoce sonriendo y acercándose a mí.

—Me has pillado desprevenida, con la guardia baja.

Él levanta un ceja y sigue clavando su mirada azul en mí. ¿Por qué tiene que ser tan alto? Y este ridículo ascensor parece encoger por momentos.

—Te lo advierto, no te acerques a mí —le amenazo colocando mi mano en su torso. Y cometiendo un error garrafal, porque noto la suavidad de su camisa y el calor de sus músculos que la traspasan.

—De acuerdo —acepta apartándose de mí.

—Mejor —miento.

No debería gustarme, bueno, no me gusta, es que estoy necesitada... Cuando al fin llegamos al vestíbulo del edificio saco el móvil del bolsillo y confirmo la cita con Gareth. El conserje nos saluda con la cabeza educadamente, pero casi puedo oír sus pensamientos. Que idiota es Isabella, que cae rendida ante el idiota de Robert Doyle en cuestión de segundos. Bueno, no sé qué pensará exactamente, pero cada vez que vengo tardamos un buen rato en bajar. Debe pensar que he estado en su cama, que hemos estado haciendo una buena cantidad de guarradas. Teniendo en cuenta que no hace mucho estuvo con esas dos rubias y que se marcharon enfurecidas, debe pensar que la que entra en su casa no sale bien parda. Me dan ganas de explicarle la

realidad, pero por otro lado, sí he estado en su cama, y también le he besado... Y no ha pasado nada más porque... No sé por qué.

Robert me sonrío y yo intento acercarme hasta el conserje, pero él me mira confuso y me doy cuenta de que es una estupidez intentar explicar a todo el mundo que no me acuesto con él. Ya lo piensa Francis y lo piensa Philip. Y con esos dos el resto del edificio debe estar enterado, de hecho ayer pasé por recursos humanos y noté cómo se callaban todos al verme. Es una pesadilla. Creo que debería llevar a Gareth a la oficina y así desmentiría los rumores. No es mala idea quedar allí, le puedo decir que si puede recogerme con alguna excusa.

—Ese novio que te has echado no te tiene muy satisfecha —dice de repente cuando llevamos un rato en el coche.

—Yo al menos tengo novio. Tú tienes que pagar...

—A ti no te he pagado... —dice en un tono muy suave para acabar riendo al final.

—Preferiría no hablar del tema, pero yo no he disfrutado ni un segundo de nada de lo que has hecho. Prefiero olvidarlo y no pensar en ello, sinceramente.

—¿No has disfrutado? —pregunta ahora con un tono de incredulidad—. Pues te he oído gemir.

—Yo soy muy silenciosa, no creo que haya gemido en mi vida y menos contigo.

No sé por qué he dicho eso, no debería haberlo hecho, encima ni siquiera sé si es verdad, supongo que no, sólo lo he dicho para desmentir que haya gemido, que creo que sí lo he hecho.

—Entonces soy el primero que te hace gemir —se reconoce a sí mismo como un héroe. Lo que me faltaba.

En respuesta me limito a gruñir y a bufar por pura desesperación. También aumento la velocidad del vehículo, ante lo cual él deja de reír.

Robert comienza a toser. Creo que se ha asustado de verdad en un giro que he cogido más rápido que otras veces.

—No sé si te he dicho alguna vez que soy un buscador de sensaciones. Pero contigo creo que me estoy reconvirtiendo a ser humano normal.

Cuando empiezan a pitar el resto de coches decido bajar la velocidad y relajarme.

Al fin llegamos al parking del edificio, al que he entrado como si me persiguieran unos narcotraficantes y he aparcado en mi plaza dando un

volantazo, con drifting incluido.

—Te voy a confesar algo. Yo también soy una buscadora de sensaciones.

—No hace falta que lo jures.

No sé por qué me hace reír. De pronto giro la cabeza y veo su sonrisa también dibujada en su rostro y sus ojos azules mirándome de una forma extraña, de una forma que no sabría definir. Pero recuerdo que es Robert Doyle, no puede ser. Pretende confundirme. Pretende destruir mi carrera y no puedo permitirlo. Si esto sale mal, si la empresa se hunde, yo me hundo con ella. A no ser que Margaret decidiera cambiar de administradora, entonces toda mi responsabilidad sobre él acabaría. El problema es que Margaret confía en mí, y no quiere que me vaya. Estoy entre la espada y la pared.

—Vamos, hay trabajo que hacer —me excuso así para salir del coche y que deje de mirarme de esa forma.

—No tanto —dice acariciando la mano que tengo en el freno.

Yo la aparto de él y salgo del coche tan rápido como aparqué hace un minuto. Y porque los zapatos son de goma, si no, habría hecho también drifting personal.

—No he desayunado —se queja a mi espalda cuando ya he llegado a la puerta del ascensor que sube a las oficinas y él todavía corre para alcanzarme.

—Creo que lo que comas a esta hora sería almuerzo —digo intentando no mirarle.

Él se ríe y no entiendo si es porque le ha hecho gracia lo que he dicho, aunque no lo he dicho con esa intención, o si se ríe de otra cosa.

—Ahora mismo te veo como un posible almuerzo —me aclara.

—¡Oh por Dios! —me limito a exclamar antes de entrar en el ascensor.

Pasamos el resto del día como el perro y el gato, él no deja de mirarme de esa forma embelesada que me crispa los nervios, y yo no dejo de mirar la pantalla de mi ordenador o salgo para hablar con Francis. Es insoportable esta situación. Prefería cuando simplemente él me criticaba y ambos nos insultábamos. Necesito ese equilibrio. Es como si hubiera alterado el equilibrio del universo. Las cosas simplemente no son como deberían.

Miro mi móvil y compruebo que Gareth casi está aquí... Al fin. Lo necesito, por raro que sea todo con él también, lo necesito.

—No me gusta ese chico —dice de pronto Robert como si fuera mi madre, me acaba de recordar una escena parecida de cuando iba al instituto.

—¿En serio? —digo levantando la vista de mi móvil.

—Es que no es de fiar.

—¿Y tú qué sabes de él? —pregunto intrigada.

—Lo vi recogerte, no es trigo limpio, se le ve en la cara.

Lo que me faltaba para que me harte a dudar de él todavía más eran las opiniones estúpidas de Robert Doyle.

—No he pedido tu opinión.

—Nunca la piden, y normalmente no la doy, pero me caes bien y digamos que me gustaría poder ayudarte para que no te pegues el batacazo.

—Oh sí —digo teatralmente fingiendo interés—. De acuerdo, entonces según tú, ¿qué debería hacer esta noche?

—Podríamos ver una peli juntos, cenar, un poco de vino. No sé, son algunas ideas.

—¿Crees que voy a dejar pasar una cita con un hombre perfecto para estar viendo una peli con mi archienemigo? ¿Tú estás bien de la cabeza?

—Bueno, tanto como archienemigo... Diría que somos como Batman y Catwoman.

—Me voy —digo negando con la cabeza—. Porque si me quedo aquí acabo arañándote— digo arrepintiéndome enseguida de haberlo hecho. Seguro que con su mente pervertida va a pensar cualquier guarrada.

Mi segundo error es mirarlo a los ojos, sentado informal sobre un lado en la mesa del despacho mientras yo estaba recogiendo mi bolso del perchero. Madre mía si es atractivo.

Gareth es un espectáculo. Yo creo que no he visto nunca un tío así, lo que no entiendo es por qué se fija precisamente en mí. Yo sí soy un espectáculo, pero no en el sentido bueno de la palabra. Y él, bueno, él es un sueño para cualquier mujer.

Me mira con sus ojos claros y la luz de las velas que ha encendido crean unas sombras que lo hacen parecer todavía más misterioso, más atractivo. A ver si termina ya la cena y vamos al postre, porque no me quito de la cabeza a ese idiota de Doyle.

Gareth dirige la conversación casi todo el tiempo, porque yo estoy en

otro planeta, tengo la cabeza en otro sitio.

—No estás conmigo —acierta él.

—Lo siento, creo que trabajo demasiado, y cuando termino sigo pensando en el trabajo.

—Entonces deberías intentar relajarte... Tal vez yo pueda ayudarte — dice levantándose de su silla frente a mí y rodeando la mesa.

Siento sus manos en mi espalda y comienza a acariciar o masajear mi cuello, subiendo por él hasta el lóbulo de mi oreja izquierda. Luego siento su lengua en esa parte y de pronto mi mente imagina que es Robert quien me acaricia así, quien lame mi cuello, quien me besa. Y ahora que pienso que es él, me gusta más. Esto no tiene ningún sentido.

—Robert —digo en un susurro y él se detiene.

—¿Cómo?

—No quería decir eso, es un compañero de trabajo al que no soporto — intento explicarle—. No sé por qué me ha venido ese nombre, será porque siempre me está poniendo nerviosa y porque soy como su niñera, y me paso el día riéndole.

No sé si toda esta explicación atolondrada servirá de algo...

Capítulo 11.

¿Acaso he perdido la cabeza? Cada vez me parezco más a mi padre, y eso que juré no parecerme nunca a él. Pero supongo que no se puede huir de la genética. Tendría que hablar con un genetista... un psiquiatra... una administradora... Bueno, esto último ya lo estoy intentando hacer, es el primer paso, aunque lo he enumerado el último.

Lo que no consigo es dormir esta noche, le he enviado unos cincuenta mensajes a Richard, unos diciéndole que lo voy a matar, otros diciéndole que por lo que más quiera deje ya a Isabella. Pero no ha leído ninguno. Y siento una rabia especial ahora mismo. Por eso no duermo. Es que estoy pensando en Isabella desnuda en su cama mientras él la babosea, no puedo. Me levanto de la cama en la que he dado unas cuantas vueltas a esta hora y voy hasta la nevera. Combinar vodka con más vodka es la única opción que se me ocurre a estas horas.

Llevo dos vasos de vodka cuando oigo el cerrojo de la puerta hacer un ruido. Me acabo de acojonar. Tampoco he bebido tanto como para tener paranoias así.

Tal vez me estoy volviendo loco de tanto pensar en Isabella. Ahora mismo no descarto ninguna opción.

—No me mates, por favor, yo tendría que estar en Tailandia ahora mismo —suelto rápidamente, sin haber parado un segundo para tomar aire.

—Creía que eras un buscador de sensaciones —dice Isabella en la puerta alzando las cejas al verme tras el mueble de la cocina rogando por mi vida.

—Sí, pero no de sensaciones como infartos a media noche. ¿Qué haces a estas horas en mi apartamento?

—Bueno, yo... —duda todavía en el umbral de la puerta.

Yo salgo de detrás del mueble y me acerco lentamente. No tiene ni idea de la alegría que siento al verla aquí, yo que me estaba volviendo loco pensando que estaba con Richard.

—¿Tú?

—Yo quería... quería asegurarme de que mañana irás a trabajar.

Ella parece que recupera la fuerza que la ha traído hasta aquí y se adelanta un paso, cerrando la puerta con un movimiento de su cadera. Lleva un

vestido negro escotado y ajustado a su cuerpo con una tela arrugada que marca su pequeño cuerpecito. Es como una lolita, tan pequeña y con cuerpo de mujer. Se ha quitado las gafas y se ha maquillado un poco. Me da rabia pensar que lo ha hecho para ese idiota, pero al menos está aquí.

Se acerca lentamente y me quita el vaso de vodka de la mano mientras la miro boquiabierto.

—No deberías beber entre semana —me riñe pero con una sonrisa tímida que me dan ganas de borrarle con mi lengua.

Pero no tengo que hacerlo, ella lo hace por mí, se acerca alzándose de puntillas para alcanzarme y me agarra con sus pequeñas manitas del cuello para besarme. Ronco de excitación mientras lo hace y ella gime. Me dan ganas de decirle que me había asegurado antes que no gemía, y menos conmigo. Pero mejor me callo. La subo a la mesa de la cocina sujetándola por la cintura para que quede a mi altura y pueda disfrutar mejor de su boca. Ella no se corta y dirige sus manos a mi vientre, deslizándolas, tan pequeñas, por debajo de mi ropa. Aparta mi suéter por la cintura y noto sus dedos suaves y pequeños bajando por mi piel. Se meten por dentro del pantalón y luego con su índice y pulgar acaricia la punta de mi erección. No despegamos nuestros labios ni nuestras lenguas, pero soy incapaz de detener un gemido cuando me acaricia.

—Dios —es lo único que soy capaz de decir.

Ella, sentada en la mesa de la cocina, abre sus piernas y me atrapa sacando su mano del interior del pantalón.

Comienza a restregarse contra mí y yo le bajo la parte superior del vestido, dejando libres sus pechos, que no llevan sujetador. Sus pezones rosados reaccionan a mis dedos, tan rápido como ella empieza a gemir de nuevo mirándome con sus ojitos rasgados de niña traviesa.

Sus pechos son como lo es todo en ella, pequeño y perfecto. Como sus ojos, sus manos, su pequeño cuerpecito. Ella se aparta de mí y se quita las braguitas subiendo y arrugando ligeramente la falda ajustada de su vestido negro.

—Ahora sí me va a dar un infarto —aseguro bajando mi lengua hasta su sexo rosado y perfecto y deslizándola hasta que noto cómo se contraen sus piernas.

Ella me mira con el deseo pintado en sus ojos y me levanta con sus manitas volviendo a atraparme entre sus piernas después de bajar mi pantalón. Por un momento he pensado que le podría hacer daño, porque es tan pequeña, y yo la tengo muy dura ahora mismo, demasiado. Pero mi temor desaparece

cuando con un movimiento de sus pies enredados a mi espalda me atrae y me obliga a penetrarla hasta el fondo.

—No pares —acierta a decir clavándome sus deditos en mis brazos mientras me vuelve a atraer hacia ella.

Yo la obedezco. Es la orden que sigo con más interés y ganas de todas las que me ha dado desde que la conozco.

—Vamos a la cama —le ruego.

Ella asiente con un gesto de la cabeza, dándome un beso en la frente antes de bajarse de la mesa.

No puedo apartar mis manos de su cuerpo caminando hacia la habitación mientras la abrazo a su espalda, dándole besos en el cuello. No creo que pueda apartarme en toda la noche de su cuerpo.

No he estado en toda mi vida tan emocionado por llegar a una cama. Es demasiado para mí. Dicen que un buscador de sensaciones no puede dejar de experimentar cosas nuevas, pero eso no es verdad, si una nos gusta podemos repetir eternamente. Y ahora que estamos en la cama y nos acariciamos desnudándonos totalmente y siento su piel, tan caliente y suave, y su olor a perfume mezclado con su propio aroma que siempre me vuelve loco en la oficina... sé que no me cansaré nunca de esto.

Ella desliza sus manos por mi cuello y me besa lamiendo mis labios y mi lengua con una ansiedad que debe provenir del alcohol, porque no la imaginaba tan intensa, aunque también es una buscadora de sensaciones, pero tiene un ligero sabor a vino. No sé si será el alcohol o que es así en realidad.

No quiero pensar en mañana o en cualquier tontería que me enturbie este momento, pero por un instante un pensamiento asalta mi mente, tal vez sólo esté aquí porque está borracha y mañana ni siquiera se acuerde de lo que ha pasado en esta habitación.

Sus manos en mi erección me sacan de ese torbellino de pensamientos negativos.

—No quiero esperar más —me exige y creo que eso debería haberlo dicho yo.

—Clávate —digo apretando mis dientes cuando la subo por la cintura sobre mí.

Ella deja caer su cuerpo y mi polla entra en su coñito sin tener que ayudar con las manos al movimiento, tan mojada está... Suspiro cuando lo hace y ella vuelve a gemir timidamente, un sonido tan suave, tan femenino, de puro placer, que me vuelve loco.

Cierro los ojos con fuerza mientras ella se mueve cada vez más deprisa gimiendo ya sin controlarse en absoluto. Siento sus contracciones y me corro en su interior, bastante he aguantado ya...

Me despierto confuso y alargo la mano por el colchón buscando a Isabella, pero no está. Puede que esté esperándome en el salón para ir a trabajar.

Me levanto buscándola, pero no está por ninguna parte. Tengo un mal presentimiento. Tal vez se ha arrepentido de lo que pasó anoche. No me gusta esta sensación. Sí, soy un buscador de sensaciones, pero de las buenas, no de las malas. Busco mi móvil por toda la casa y doy con él en la mesa de la cocina, que me trae recuerdos de anoche. Marco el teléfono de Isabella y no me responde, ni tampoco lee mis mensajes. No entiendo nada. Llamo a Francis que ya ha llegado a la oficina.

—No, no ha venido aún —me responde cuando pregunto por Isabella.

—Envía un mensaje cuando llegue, yo voy para allá.

Me doy prisa por vestirme y salgo corriendo del edificio, y no dejo de correr hasta que subo a un taxi y sigo corriendo cuando salgo de él y llego a la oficina.

Cuando se abren las puertas del ascensor que dan al ático, donde está mi despacho, me encuentro a Margaret esperándome con un abogado que suele acompañarla.

—Robert Doyle —me saluda con la cabeza.

—¿Qué hace aquí? —pregunto sin más parafernalia, pero tengo prisa por encontrar a Isabella.

—He recibido una llamada esta mañana. Una llamada que me ha preocupado.

—No hace falta mucho para preocupar a los accionistas —aclaro un poco cansado de la visita de esta mujer en el momento menos oportuno.

—Bueno, cuando los accionistas ponemos un control para no perder nuestro dinero invertido aquí, y ese control me llama diciendo que no puede seguir trabajando con usted... Me preocupo.

—¿Isabella? ¿La ha llamado? ¿Dónde está? —pregunto interesándome ahora por lo que dice, mientras Francis nos mira a uno y otro como si se tratara de un partido de tenis.

—No me ha quedado claro por qué me ha dicho lo que me ha dicho, pero teniendo en cuenta que en los últimos dos días las acciones han subido y que Isabella me merece una gran confianza y que no dejaría su trabajo si no lo hubiera completado, le vamos a dar una tregua, a partir de ahora es libre, Isabella volverá a trabajar para mí exclusivamente.

—Pero si soy un desastre —me quejo ante la idea de no volver a trabajar con Isabella.

—No tanto, he estado vigilándole y ha mejorado. La firma con Emmett Carlyle y su compañía aérea ha subido las acciones, y eso es obra suya. Los accionistas están un poco más tranquilos, sólo he venido para comprobar que todo estaba bien, porque Isabella no suele hacer las cosas con tanta rapidez.

Es la primera vez en mi vida que me felicitan por algo y a la vez odio que lo hagan, porque significa que Isabella va a desaparecer de mi vida.

—Si no hubiera sido por ella no habríamos firmado con Emmett, de hecho ella negoció casi todo, yo sólo hablé un par de veces y ella hizo todo lo demás. Si no hubiera estado ella nos hundimos, de hecho, no garantizo que esto pueda salir bien sin ella.

Margaret me mira sorprendida ante mi tono de voz, casi llegando a rogarle por que entienda que soy un desastre.

—Creo que ya entiendo cuál es el problema —dice con una sonrisa antes de darse la vuelta y entrar en el ascensor seguida de ese abogado larguirucho que la acompaña con un maletín.

—Francis, ¿por qué se va? ¿Sabes dónde está Isabella?

Mi secretario se encoge de hombros y niega moviendo la cabeza de lado a lado.

Resoplo y me meto en mi despacho, desde donde empiezo a llamar a Philip, a mi hermano, a Isabella e incluso a Richard. Nadie me sabe decir dónde está ella, incluso he llamado a Margaret, que se ha reído y me ha colgado.

Richard me manda un mensaje diciéndome que está cerca y que si quiero quedar para comer en dos horas. No sé si quiero, pero necesito saber qué pasó anoche y puede que sepa algo sobre dónde está ella.

Philip aparece entonces en mi despacho seguido de John.

—Te veo un poco desesperado.

—Más que un poco —reconozco expulsando todo el aire de mis pulmones—. Abatido.

—¿Y quién ha ganado las apuestas? —pregunta ahora John.

—Pues he ganado yo, las dos. Era evidente que ella no tenía nada que ocultar, y más evidente que no era virgen, es que era una apuesta estúpida.

—Tranquilo —dice Philip sentándose en la silla donde suele hacerlo Isabella.

—Bueno, no era tan estúpida, tú mismo decías que no la tocaría nadie ni con un palo.

Si supieran que anoche la toqué con todo lo que tenía... Y si supieran lo que disfruté con ella... Pero mejor me callo de momento. Lo que me interesa es saber dónde está.

—Pero yo no he perdido mi apuesta —asegura Philip—. Yo te di un sobre con un informe que me entregó el detective.

Había olvidado el maldito sobre, y sigue en mi maletín. Giro la cabeza hacia un lado y veo el maletín en el suelo. Lo he tirado cuando he llegado esta mañana, después de hablar con Margaret y más que harto de todo.

Me levanto para buscarlo y no lo encuentro. Me detengo a pensar arrodillado en el suelo para intentar recordar si lo saqué. No, no he tocado ese maletín desde que guardé rápido el sobre cuando llegó Isabella al despacho, sólo lo trasladé a casa y esta mañana lo he traído de nuevo.

—No está —reconozco alzando la cabeza todavía en el suelo y mirando preocupado a Philip.

—¿No lo leíste?

Niego con la cabeza y soy incapaz de moverme aún. Lo encontré Isabella y ahora debe odiarme.

—¿Y tú?

—No, lo traje justo cuando vino el mensajero a traerlo. Podríamos hablar con el detective.

—No quiero que nadie más sepa nada de Isabella. Ponme directamente con él —le pido.

Philip marca el teléfono pero la secretaria nos asegura que se ha tenido que marchar del país por trabajo y que no podremos contactar con él hasta que vuelva, no ha especificado cuándo.

Suena mi móvil y me levanto rápidamente para comprobar si es Isabella, pero no, es Richard, que se queja porque lleva esperando media hora en el restaurante. Maldito sea, pero tengo que ir y saber qué pasó anoche.

—No puedo esperar aquí, tengo que averiguar qué pasó —les digo por toda explicación, dejando a Philip y a John boquiabiertos mientras salgo corriendo hacia el ascensor.

Veo a lo lejos a Richard, sentado en el restaurante como si nada pasara, la luz se refleja en su perfecto corte de pelo y da una sensación de calma que me molesta especialmente.

—Eres un imbécil —le aclaro por si no lo sabía. No es bueno vivir en la ignorancia.

—¿Tú te has oído? No es esa manera de saludar a un amigo.

—Has hecho lo que te ha dado la gana, te dije que dejaras en paz a Isabella.

—No, me dijiste que mandara a uno de mis chicos a seducirla y que luego la dejara. Querías verla sufrir.

—Lo anulé y te dije que no la tocaras.

Él se acomoda en la silla y deja la servilleta a un lado contemplando luego la copa de vino tinto antes de cogerla y girarla en su mano para ver cómo se mueve el líquido en su interior.

Suspira, para dar énfasis a sus próximas palabras.

—Tú no la querías, y yo sí. La vida es así —dice con una sonrisa antes de probar el vino.

—¿Qué pasó anoche?

—Creo que eso debería preguntártelo a ti, ya que sabes que pasó algo.

—¿Dónde está Isabella? ¿Te la follaste?

Él rompe a reír y yo me pregunto internamente si he dicho algo gracioso. Hoy todos se ríen y no entiendo por qué.

—Creo que es mejor que vivas con la duda.

—Creo que es hora de amenazarte —digo con seriedad.

Él no acepta mi seriedad y vuelve a reír mientras yo resoplo de nuevo.

—Está bien, no me la follé. Dijo la palabra Robert cuando la besé y luego intentó justificarlo de mil maneras hasta que se dio cuenta de que quería ir a verte. ¿Lo hizo?

Yo le respondo asintiendo con la cabeza, porque me he quedado sin palabras. Eso fue lo que pasó, el problema es que cuando ocurre la mejor noche de mi vida con la mujer que quiero, al día siguiente ella descubre que he estado investigándola con un detective y habrá pensado que pensaba usar esa información para hacerle daño de alguna manera, o para chantajearla para que se marchara. No tengo forma de explicarle lo que ocurre y que me crea, aunque lo intente, estoy de nuevo en un callejón sin salida con ella.

—Un bistec de ternera —dice Richard mientras tengo la cabeza entre mis manos para que no se me caiga en el plato y lo presenten en el menú.

—¿Caballero? —pregunta el camarero y no soy capaz de decir nada.

—Lo mismo para mi amigo —habla Richard por mí.

—No tengo hambre —reconozco apesadumbrado.

No dice nada, pero el camarero ha tomado nota igualmente.

—¿Y bien? ¿Cómo piensas arreglar las cosas?

—¿Arreglar qué?

—Pues tú sabrás qué pasó, pero está claro que tienes que arreglarlo.

¿Fue a tu casa?

Intenta sacarme información, pero estoy tan desesperado que consiento.

—Sí, lo hizo, y sí, pasó de todo, lo bueno y lo malo, que es que ha averiguado que estaba investigándola para librarme de ella, pero eso fue antes de... —me detengo porque no sé ni siquiera cómo explicarlo ante mí mismo.

—Antes de enchocharte de ella como un idiota.

—Yo no lo habría descrito mejor.

—Bueno, no te preocupes, en compensación por no haber sido un buen amigo te voy a ayudar, pero que no se te suba a la cabeza.

Yo levanto al fin la vista hacia él con la esperanza de poder arreglar el desastre de mi vida.

Capítulo 12.

No sé cómo he sido tan tonta como para caer en la trampa de Robert Doyle. He sido la más idiota de las idiotas. Helen acaba de entrar en mi habitación con una taza de chocolate que he aceptado intentando que no me viera llorar, pero creo que es evidente en mi cara, porque me mira con compasión. No me gusta que me miren así, me hace sentir peor, pero soy incapaz de controlarme más. Se sienta a mi lado con otra taza de chocolate en sus manos, que piensa tragar en dos sorbos, ya la conozco.

—Vaya chasco —dice a modo de consuelo, no sé en que universo eso es un consuelo—. No me lo esperaba de él. Eso es jugar sucio.

—Yo tampoco —consigo decir tragando un poquito de chocolate con dificultad, creo que llorar me ha cerrado la garganta.

—En fin, hay otros hombres, no hay que centrarse en éste en concreto.

—Claro —reconozco, aunque en este momento no apoye en realidad su apreciación.

La oigo resoplar y capta mi atención un poco confusa.

—Me está entrando una rabia en el cuerpo... Es que te ha hecho todo eso a propósito, y luego pensaba chantajearte. Es que ahora que lo pienso creo que deberíamos ir y darle una paliza. Y yo no soy violenta, pero esto no se puede consentir.

Yo la miro boquiabierta y niego lentamente.

—Le voy a llamar, déjame el teléfono —me pide y yo lo atrapo cogiéndolo de la cama y sujetándolo contra mi pecho.

—Ni se te ocurra. Ya no lo voy a ver más.

—Es que me da una rabia que sea tan bajo.

—No es precisamente bajo.

—Rastrero.

—Cómo se nota que eres profesora. Dime más sinónimos.

—Es un gusano, un estúpido bicho inmundo que ha salido de las entrañas de la tierra. Un inútil que no es bueno para nada, que va a hundir la empresa de su familia y que sólo piensa en sí mismo, egoísta y un niño de papá con dinero que no ha sabido aprovecharlo para hacer algo productivo con su vida, sino que se ha dedicado a hacer el vago durante el noventa por ciento de su tiempo, y me quedo corta —se detiene a mirarme mientras la observo

boquiabierta con la taza de chocolate en la mano sentada en mi cama—. ¿Mejor?

—Pues sí, la verdad que un poco mejor, tal vez deberías seguir —digo sonriendo por primera vez en todo el día.

Ella también me sonrío y me da una caricia en la mano que tengo apoyada en la cama.

—Deberíamos salir de fiesta —dice Helen.

—No tengo cuerpo para fiestas.

—Es lo mejor para la depresión. Quedarse en casa regodeándose en la tristeza es un plan muy atractivo, pero no es lo que necesitas.

—Quiero regodearme en la tristeza —admito con otra sonrisa.

—Pues no vas a poder, he llamado a Sofía y a Jenny.

Yo me dejo caer en la cama y me quedo mirando el techo.

—Me niego a salir.

—Pues nos quedamos aquí viendo una peli de llorar y regodeándonos todas en la tristeza, pero no te puedes quedar sola.

—Bueno —acepto todavía sin levantarme de la cama.

—Y podríamos emborracharnos e ir al apartamento de Doyle y destrozárselo con unos bates de baseball —propone con la mirada perdida en el vacío.

Yo giro la cabeza asustada, no la reconozco.

—Y podemos disfrazarnos de los protagonistas de la naranja mecánica y liarla por el camino a su casa.

—Es una idea más del estilo de Jenny, pero creo que se puede hacer —dice riendo al final.

Suena el timbre y Helen abre a las otras dos advirtiéndoles que tienen que ir al bazar de la esquina a por unos disfraces, unos bates de baseball y unas pestañas postizas.

—¿Qué vamos a hacer con todo eso? —pregunta Sofía entrando en mi habitación.

—Ha sido idea de Isabella —se defiende Helen.

—Yo creo que está claro, vamos a hacer un remake de la naranja mecánica, versión femenina, como los cazafantasmas nuevos. Las cazafantasmas —especifica Jenny.

—¿Lo ves? —dice Helen—. Era una idea muy de Jenny.

—Al final me convertiré en su gemela.

—Mi gemela mala —dice riendo Jenny como una psicópata.

—Sí, así podría vengarme de todos los hombres malos. Si tuviera superpoderes... —digo imaginándome como magneto, usando todos los metales del mundo para clavárselos a Doyle.

—No necesitas superpoderes, necesitas una estrategia —dice Sofía.

—No quiero estrategia, quiero ver una peli de llorar —digo con el tono de voz de una niña malcriada.

Las tres vienen a mi cama y se hacen hueco con un montón de ositos de peluches a modo de cojines. Helen empieza a buscar en la aplicación de películas de su móvil una bien dramática para la ocasión y la envía al televisor con una sonrisa.

Como ya hemos visto esta película nos dedicamos a criticar a los hombres, reírnos de tonterías que va diciendo Jenny y elaborar estrategias para vengarme de Doyle.

—No quiero vengarme de Doyle. Con no volver a verle tengo bastante.

—Pero podrías hacer algo —se queja Sofía impotente ante mi negativa—. Podrías seducir a todos sus amigos, follártelos y restregarle en la cara que eres muy feliz.

La miro alzando una ceja y con la mandíbula desencajada.

—Eso es lo que te gustaría a ti.

Ella se ríe porque he dado en el clavo.

—Deberías hacer lo de la naranja mecánica —dice Jenny.

—¿Qué harías tú, Helen? Con un niño descarriado.

—Depende de cuánto esté descarriado. Aislar, ignorar o disciplinar, depende del niño, hay muchas variables.

—Creo que es mejor lo de ignorarle. Es que me haría daño verle —les explico.

—Sigo pensando que tendrías que liarte con algún amigo suyo —se queja Sofía—. Con media plantilla del trabajo.

—Ahora mismo no tengo cuerpo para nada, tal vez otro día.

El móvil empieza a sonar y a recibir mensajes y todas lo miramos como los protagonistas monos de la odisea en el espacio mirando el monolito aquel.

—Margaret ha estado llamando, pero no tenía cuerpo para hablar con ella. Le he dicho que estaba enferma y le he colgado.

—No es Margaret —dice Helen que está más cerca del teléfono—. Es Doyle.

Todas la miramos incrédulas. No puede ser él.

—¿Qué pretende? ¿Hacer más daño? —se pregunta Jenny mirándonos

como si tuvieramos respuesta a esa pregunta.

—Tiene que recibir un escarmiento —vuelve a sugerir Sofia.

—Dame el móvil —le pido a Helen, que me lo entrega rápidamente.

Lo abro por detrás y le quito la batería.

—Se acabó el problema.

—Era una solución. También podías haberle bajado el sonido —dice Helen con una sonrisa.

—Mejor esto que tirarlo por la ventana, como hicisteis con mis gafas.

—Que rencorosa, te compré las lentillas —se defiende Jenny.

—Estáis locas.

—No tienes pruebas —dice Jenny entrecerrando los ojos y aguantándose la risa.

—Pero podría conseguirlas, sólo tendría que llamar a un psiquiatra y que os hiciera unas preguntas.

—No tienes dinero para pagarlo.

—Y si no respondo pronto a Margaret y vuelvo al trabajo menos que voy a tener. En fin —digo suspirando—, si pudiera pedir que me mandaran a otra ciudad...

—Eso no, no tienes que huir, que se vaya Doyle a Tailandia, pero no tú —me recuerda Sofia.

—Tailandia... No, creo que me iría a algún lugar en el Caribe...

—He dicho que se vaya Doyle, no tú.

—Bueno, podrían ser unas vacaciones.

—Si eso te sirve para relajarte... —dice Helen.

Ya me estoy imaginando en una playa del Caribe y se me hace la boca agua de pensarlo. Maldito Robert Doyle.

Finalmente no hicimos nada parecido a la naranja mecánica, y después de unos vasos de ron con limón para imaginarnos que estábamos de vacaciones en el Caribe, tengo un dolor de cabeza brutal. Por si fuera poco me ha enviado un e-mail el secretario de Margaret, pidiéndome que me presente en su despacho esta mañana. Tendré que darle explicaciones, y no sé qué decir. ¿Por dónde empiezo? ¿Le explico que no puedo seguir trabajando con Doyle porque me lo he follado? ¿Le explico que he sufrido un ataque de ansiedad cuando he comprobado en su casa que me estaba investigando para

chantajearme y hundirme? ¿Qué le explico antes? ¿Diferencias irreconciliables? Margaret no va a aceptar una verdad a medias, ella siempre quiere controlarlo todo, por eso es buena en lo que hace y tiene tanto poder. Siempre la he admirado y he querido ser como ella, por eso me gusta trabajar a su lado, he aprendido mucho, pero ahora su lado controlador no me beneficia en absoluto.

—¿Cómo estás? —pregunta Helen en el marco de la puerta de mi habitación.

—Ahí voy —respondo envuelta aún en la manta.

—Te he dejado un paracetamol en la cocina y un café, me tengo que ir —dice preocupada.

—Estaré bien, me enfrentaré a Margaret con la mayor dignidad posible —aseguro con una sonrisa tranquilizadora.

—De acuerdo, me voy.

Una hora después estoy frente a la puerta del despacho de Margaret en su oficina. Es un lugar frío, aunque no suelo sentirme así en este lugar. Pero por primera vez veo el sitio como lo que es, un despacho en una planta de oficinas decorado con la intención de demostrar al que entra la seriedad y el poder de Margaret, algo que le viene bien en los negocios, pero no me gusta que haga efecto en mí en este momento. No quiero perder mi trabajo, pero debería tal vez trabajar en otro lugar que no me provoque este estrés. La calidez de los empleados y el ambiente de los Doyle no es fácil de olvidar, si no fuera porque está en la última planta Robert Doyle sería agradable seguir trabajando allí.

—Te recibirá ahora —dice Karen, la secretaria de Margaret.

—Gracias... —respondo sin la menor confianza en lo que pueda pasar ahí dentro.

Doy unos pasos y me enfrento a la puerta de su despacho. Tomo aire y coloco la mano sobre el picaporte de la puerta derecha.

—Puedes pasar —me pide en un tono exigente que contrasta con lo que dice.

Asiento y cruzo el umbral con un intento de sonrisa.

—Cierra la puerta, por favor —sigue con el mismo tono.

Decido sentarme para no hacer más el ridículo en lo que va de mañana.

Lo hago con decisión, como si controlara el lugar y la situación, y ya de paso mi vida y mis decisiones...

—Me sorprendió tu llamada. Me parece que ha sido un poco precipitada, pero aún así acepto tus condiciones.

—Gracias —la interrumpo soltando el aire que había estado conteniendo en mi interior desde que me senté.

—No tan rápido —dice levantando una mano de su mesa caoba y mirándome todavía seria—. Ayer hablé con Robert Doyle... —se interrumpe ella misma y me analiza mirándome directamente a los ojos. Yo intento no demostrar emoción alguna, aunque creo que he apretado la mandíbula—. ¿Sabes por qué te he llamado?

—¿Para dar explicaciones de por qué he considerado que ya no era necesario que controlara el trabajo de Doyle? —pruebo.

—¿Cuáles son esos motivos?

—En primer lugar creo que la empresa ha mejorado, no creo ser necesaria ya en ese lugar.

—¿Y en segundo lugar?

—Me he equivocado —digo rápidamente—. No hay segundo lugar.

—Yo creo que sí, de hecho ayer Doyle me parecía un poco nervioso.

—¿Nervioso? —pregunto entre sorprendida y confusa—. Sería por la incertidumbre de cuándo y cómo hará la fiesta de celebración porque he desaparecido de su vida —digo enfadada.

Margaret alza una ceja y se queda mirándome en silencio. No es la primera vez que la veo en esta actitud, pero nunca lo ha hecho conmigo, siempre fue con los que pensaba hacer un trato, un negocio importante, los analiza de esta forma y luego expone sus condiciones. No sé qué pretende conmigo. Tal vez pierda mi trabajo hoy, porque no puedo volver a ver a Doyle, me moriría de la vergüenza, y la humillación. No sólo me lo follé, o dejé que me follara, no sé realmente, sino que él lo hizo para humillarme, para tratarme como a una idiota, para demostrarme que podía hacerlo, para chantajearme después, para echarme de su vida, quiero decir, de su empresa, como si no fuera más que alguien a quien hundir porque le molestaba tenerme cerca. ¡Cómo le odio!

—En realidad no parecía nervioso porque se alegrara de terminar la relación... —dice sin dejar de observarme—, laboral —aclara de una forma un tanto enigmática al final—. Sino que parecía bastante desesperado por demostrarme que es un "inútil", citando palabras textuales.

—Bueno, pero eso no hace falta que intente demostrarlo —suelto sin pensar y ella sonríe por primera vez en el tiempo que llevo en su despacho.

—De hecho me pidió que siguieras trabajando con él, porque quebrar  la empresa sin ti.

— Tendr  que seguir? —pregunto preparando mentalmente mi carta de dimisión.

—No, le dije que ya no hacía falta, que los accionistas estaban tranquilos. Digamos que quería hablar antes contigo. Llevamos unos años trabajando juntas —dice en un tono más suave y relajando su espalda en la silla acolchada tras la mesa—. Respeto tu trabajo y quería escuchar tu versión. S e que tengo una imagen dura, me ha costado años crearla, suelo ser tan exigente como lo son los demás en este mundo, pero sólo en este mundo. En mi vida personal soy una mujer comprensiva. Digamos que he llegado a tenerte el aprecio suficiente como para citarte hoy y escuchar lo que tienes que decir. Ahora bien, creo que Robert Doyle es un caprichoso, creo que ha abusado de tu confianza,  no es así?

Yo asiento y ella sonríe, es como si supiera lo que pasó, no s e si eso es bueno o es malo, es decir, prefiero no tener que explicarle nada, me da vergüenza porque pensar  que soy muy tonta.

—A todos nos ha pasado alguna vez, no te martirices. Yo ca  en las redes de Thomas hace años —reconoce y yo me quedo boquiabierta—. Era un hombre muy atractivo... Pero en los últimos años creo que ha perdido el norte. En realidad Robert es muy parecido a él. Los Doyle, en los negocios son muy duros, pero en la cama...

Yo me quedo boquiabierta de nuevo ante su revelación. Prefiero no imaginar a Margaret con el padre de Robert, que ha perdido un poco la cabeza en los últimos años.

—Necesito unas vacaciones —le confieso bajando los hombros y hundi ndome en la silla.

—Me parece bien, te las has ganado. Desde luego ningún otro empleado habría soportado a Robert más de una semana, en realidad no esperaba que aguantaras tanto...

—Es un consuelo.

—Pero quiero que cuando vuelvas te replantees volver a trabajar en el futuro con Doyle, creo que hacéis buena pareja.

—No pienso volver a ver a Robert Doyle en mi vida —digo con un tono de ira en mi voz.

—No sé qué habrá pasado para que te hayas enfadado así, pero tal vez deberías hablar con él —sugiere—. Los Doyle, a veces creen que todo vale en los negocios, pero cuando entran en el terreno personal, ya sabes... Son muy tiernos. El problema es cuando confunden los negocios con lo demás... —dice mirando al vacío, como si estuviera recordando algo personal con el patriarca de los Doyle.

—No todo vale —me quejo—. Y no quiero saber nada de Robert, quiero decir de Doyle. Es un idiota —es la primera vez que hablo en este tono con Margaret. Es un poco raro, porque es mi jefa, y siempre la he visto como a una mujer muy seria, pero también me alivia que me comprenda. Al menos sabe a lo que me refiero, porque estuvo con un Doyle y sabe que son idiotas. Bueno, el idiota es Robert, el resto me parecían simpáticos.

—¿Dónde irás de vacaciones?

—No lo sé, pero el Caribe me atrae bastante.

Estoy en una hamaca en la piscina del hotel y la relajación se mezcla con los recuerdos de sentirme la más tonta del mundo. ¡Con todo lo que he estudiado! Pero una cosa son los negocios y otra las relaciones, de otro tipo... Prefiero relacionarme laboralmente, ese campo lo domino. Alguien me dijo alguna vez que no se debía mantener ninguna relación en el trabajo porque todo eran problemas. No sería Sofía la que dijo eso, tal vez fue Helen, o alguna compañera de trabajo que no salió bien parada por algún idiota. Bueno, ahora seré yo la que de ese tipo de consejos a futuras compañeras ilusas, tanto como lo he sido yo.

Lo importante es que aquí no volveré a ver a Robert y que al menos por una semana podré relajarme. Por ejemplo viendo a los chicos en bañador que veo pasar por delante de mí porque me he situado frente a la escalera de la piscina. Es un placer estar aquí acostada viendo preciosidades con un margarita en la mano decorado con una pajita, una rodaja de limón y un montón de azúcar en el borde. Mientras deleito mis ojos ajustando las gafas con una mano y deleito mi lengua lamiendo el azúcar del borde de la copa, un rostro conocido se interpone entre mi vista y esos cuerpazos masculinos.

—¿Isabella?

—¡Emmett Carlyle! —digo sorprendida.

—¡Qué casualidad! —exclama a su vez mostrando la misma sorpresa

que yo.

Nos saludamos con más intimidad de la que deberíamos, tal vez porque me siento más sola que nunca, en un lugar donde no conozco a nadie. Debería haber esperado un par de semanas para venir con Helen, que tiene las vacaciones del puente del trabajo, pero no podía esperar tanto, mi cerebro necesitaba este paréntesis.

Emmett decide sentarse en la hamaca vacía que hay a mi lado y le pide al camarero dos margaritas más. No creo que sea bueno beber más alcohol, de hecho intento negarme, pero él insiste y creo que sería maleducado volver a negarme a aceptar su invitación.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta estirando su cuerpo en la hamaca.

—Necesitaba unas vacaciones —me limito a explicar.

—Demasiado duro trabajar con un Doyle.

—No se imagina cuánto —respondo sin pensarlo demasiado antes de dar un trago muy largo a mi copa.

—Depende del Doyle en cuestión, pero sí, son huesos duros de roer.

—Exacto, unos más que otros. Ya sabe... —digo antes de volver a dar otro trago.

—Como no me tutees me voy a sentir muy mayor para estar hablando contigo.

—De acuerdo, Emmett —respondo con una sonrisa—. ¿Y qué te trae a ti por aquí?

Él ladea la cabeza y mira hacia el vacío un momento antes de tomar el margarita que le ofrece el camarero.

—Creo que también necesitaba unas vacaciones. Me acabo de divorciar... No quería estar en Nueva York, necesitaba un tiempo a solas en un lugar distinto.

—No sabes cómo te entiendo —reconozco con un suspiro mirando el reflejo del rojo atardecer en la piscina.

Los ojos verdes de Emmett me sonrían y por un momento nos quedamos en silencio mirando de nuevo el agua y bebiendo nuestros margaritas.

—Creo que podría vivir aquí para siempre —digo sin mirarle.

Él no dice nada, pero asiente y lo veo hacerlo por el rabillo del ojo. Permanecemos así, en silencio un tiempo indefinido y agradable a la vez. Nunca me han parecido cómodos los silencios, pero en este lugar, a esta hora y en esta compañía, sí, me parece lo más lógico y lo más agradable del mundo.

Comenzamos a hablar de repente de banalidades, sobre lo que

esperábamos de la vida, de lo que habíamos pensado que sería, o lo que hemos conseguido con nuestro esfuerzo al final.

—Creo que ambos hemos conseguido nuestro propio éxito profesional, pero al final, no hemos logrado el éxito en nuestra vida privada —admito.

—Siempre creí que eran lo mismo, que significaban lo mismo —dice él apesadumbrado—. Pero me equivocaba. Por ejemplo, no entendía que Jonathan Doyle lo hubiera dejado todo, al menos lo importante, para irse con su mujer a esa isla con el loco de Thomas, pero ahora ya no lo veo tan raro. Creo que es el que mejor ha sabido jugar sus cartas.

Yo me encojo de hombros y asiento antes de volver a beber de mi copa.

—Tal vez no nos parezcamos tanto —digo tras divagar un poco en mi mente—. Tal vez estemos en un momento muy distinto. Ya admito que no estoy hecha para tener pareja. De hecho no quiero saber nada de los hombres en mucho tiempo.

—Yo tampoco estoy hecho para eso.

—Pues entonces creo que lo que deberíamos hacer es beber hasta que se nos pasen las ganas de seguir teniendo pareja.

Y así es como empieza una etapa alcohólica en mi vida que no había tenido antes, pero supongo que nunca es tarde para empezar. Claro, que la etapa alcohólica dura lo que duran mis vacaciones, porque puedo ser alcohólica, pero también puedo ser pobre y necesitar trabajar. Una cosa no está reñida con la otra. Y aunque quisiera pasarme la vida en esta isla y en esta playa, en este hotel, en esta piscina, tengo que trabajar, a no ser que me ofrezca como lavaplatos en el restaurante del hotel, cosa que he llegado a plantearme, pero mis padres me matarían, si después de la inversión en mi educación hiciera eso. Así que ahora me doy cuenta de que el problema es que mis padres tenían ciertas expectativas conmigo y que por culpa de esa situación ni pude matar a Doyle cuando lo pensé ni he podido quedarme en esta isla y cumplir mi sueño de la última semana.

Volver a Nueva York con resaca está muy bien, sobre todo cuando mis amigas tienen unas expectativas respecto a mí y los tíos con los que me he liado. No quisiera decirles que he estado emborrachándome con Emmett, un hombre de cierta edad con el que sólo he compartido problemas en los momentos más alcohólicos y más depresivos que hemos tenido.

Mientras estoy sentada en el avión junto a un tipo gordo que me quita todo el espacio del brazo yo me pregunto en qué momento se me ocurrió liarme con Robert, por qué cedí, por qué me dejé llevar por las ganas de estar

entre sus brazos, de que me llenara como a un bollito. ¡No soy un bollo! He estado pensando estos días, cuando estaba sobria, y he llegado a la conclusión de que debo cambiar de trabajo. Bueno, no cambiar, pero sí le pediré un traslado a Margaret a alguna división en algún lugar cálido, odio el frío. Ojalá hubiera un puesto en el Caribe.

Cuando al fin llego a Nueva York, no soy capaz de analizar por qué me dejé llevar por Doyle de esa forma tan estúpida. Pero cuando veo una noticia en el móvil al activar los datos sobre la empresa Doyle y sale la foto de Robert recuerdo lo atractivo que es. Sí, tenía razón Helen, es atractivo, la culpa no es mía, es de él por ser tan irremediabilmente atractivo. Soy un ser humano. No doy un paso en el aeropuerto cuando un tipo con una cartulina donde está escrito mi nombre me hace señales en la sala de llegadas para que le siga.

—¿Yo? ¿Quién le envía?

—Robert Doyle.

He estado a punto de meterme dentro del coche, menos mal que no lo he hecho. Por un momento he pensado que era Margaret la que lo enviaba, pero me parecía rarísimo, bastante es que me ha dado vacaciones cuando está hasta arriba de trabajo.

—Dígale a su jefe que se vaya a la mierda —digo con una sonrisa. No puedo oír el nombre de Robert Doyle sin ponerme de los nervios.

El conductor, con su uniforme de traje y corbata se queda boquiabierto ante mi energía, no se esperaba que una chica tan pequeña le respondiera así.

—A veces quisiera ser Mike Tyson, o Hulk, así los asustaría a todos y no tendría siquiera que hablar.

—Y yo quisiera que me dejaras hablar —dice una voz a su espalda.

—No te acerques a mí —digo tirando de mi maleta para salir del aeropuerto lo antes posible.

—Déjame hablar, por favor —dice él con un ruego en su voz.

Yo me detengo en la mitad del aeropuerto, entre una hamburguesería y una cafetería y le miro atónita.

—Ya no trabajo contigo, no tienes que decir nada. No tenemos que hablar, ni tenemos que volver a vernos. Ya puedes dejar tus jueguitos conmigo.

—¿Te está molestando? —pregunta Emmett a mi espalda.

—Sí, me está molestando.

Y eso es lo último que digo y su rostro compungido es lo último que veo

antes de salir del aeropuerto junto a Emmett, que me ofrece su limusina para ir juntos a casa.

Capítulo 13.

—Richard, tu plan es una basura, no ha querido saber nada de mí.

—Porque no eres lo suficientemente atractivo, a mí siempre me han funcionado esas cosas. Supongo que tendrás que esforzarte más... Tienes que obligar a Margaret a que trabaje contigo de nuevo.

—No sé cómo, esa mujer es peor que Isabella. Además, creo que se ha liado con Emmett Carlyle. Venían juntos en el avión y se fueron en su limusina.

—¿Con ese vejstorio? —pregunta sorprendido.

—No es tan viejo.

—Bueno, no te puedes comparar. No estás tan bien como yo, pero tampoco estás tan mal como él. Tienes posibilidades.

—¿Lo habrá hecho por despecho?

—A saber lo que piensan las mujeres...

—Eras tú el que decía que conocía a la gente y lo que piensan.

Yo me estiro en el sillón de mi despacho mientras que él está acostado en el sofá que he instalado hace poco para no tener que madrugar tanto, cosa que odio. Digamos que así puedo trabajar menos, porque para mí, madrugar es parte del trabajo, y tener el sofá aquí y poder dormir en el despacho me supone una hora más de sueño.

—Llama a Margaret —dice levantándose y abriendo la puerta del despacho para dirigirse a Francis.

—¿Qué le digo?

Richard me mira a mí desde el umbral de la puerta.

—Dile que Robert Doyle quiere concertar una cita para esta misma tarde.

Richard vuelve a cerrar la puerta de mi despacho y me mira con una sonrisa.

Dos días después.

Margaret es una mujer dura, pero al fin he conseguido lo que quería.

—No pienso trabajar contigo, he venido aquí por el respeto que le tengo a Margaret y porque me ha dicho que era un ultimatum, pero no pienso aceptar

estas condiciones —me asegura Isabella cuando voy a recogerla a su oficina.

Me ha recibido en la sala de reuniones, me ha costado bastante que lo haga y convencer a Margaret. Le he tenido que decir que Emmett tiene otro negocio que firmar con nosotros y que sólo aceptará si está Isabella para gestionarlo. Margaret se comporta como la madre de Isabella, una vieja bruja que no la dejaría en mis manos a no ser que el dinero no le importara más que su propia familia y sus "amigos" si es que los tiene.

Emmett tampoco es trigo limpio, no sé qué pasaría entre ellos, pero los negocios son los negocios, y la propuesta que le he hecho para trabajar juntos no la ha podido rechazar. Todos venderían a Isabella por un buen trato, pero yo no, y si pudiera hacérselo entender... Aunque he tenido que prometerle a Margaret que trataré bien a Isabella, casi le he tenido que rogar.

—Sabes que trabajamos bien juntos, piénsalo, y otras cosas también — insinúo acercándome, pero ella da un paso atrás.

—No funcionamos bien juntos. En ningún sentido.

—Está bien, si no quieres hablar de ello lo respeto, aunque no fue como tú crees, si me dejaras explicarte —intento decir, pero ella se da la vuelta para irse y entonces cambio de estrategia, ya tendré tiempo para explicarle lo que ocurrió, o para convencerla de que la amo—, pero tenemos que firmar con Emmett este nuevo proyecto. Margaret, Emmett, yo... estamos de acuerdo, si no quieres que tengamos ningún trato personal entre nosotros lo acepto, pero tenemos que hacer este trabajo juntos.

Ella duda unos instantes y se acerca de nuevo a mí, muy lentamente cuando estiro la mano para que ella la estreche. Espero que no me deje aquí de pie haciendo el idiota con la mano levantada.

—De acuerdo, soy una profesional, puedo dejar a un lado el terreno personal del terreno profesional, pero no intentes nada, ni insinúes lo que ocurrió, ni me vuelvas a tocar después de ahora —acepta estrechándome la mano.

Capítulo 14.

Helen me mira con compasión. No me hace ni pizca de gracia todo esto a mí tampoco, pero lo tengo que aceptar.

—Sé fuerte —dice en la puerta de mi habitación, apoyada en el marco mientras dejo mi maletín en la cómoda de mi habitación.

—Lo intentaré...

Después de contarle por teléfono que tendré que trabajar de nuevo con Robert y oír los gritos de ella que me han dejado sorda de un oído, lo ha aceptado al igual que he tenido que hacerlo yo.

—No sé qué consejo darte, tal vez que deberías separar tu mente de tu cuerpo o algo así, ponerte una coraza cada vez que lo veas.

—Eso ya lo he hecho esta mañana cuando he visto a Doyle. No es que me afecte, es idiota, siempre lo he pensado, incluso cuando estaba en su cama.

Hablar de cama y de Doyle es algo que no me deja indiferente, incluso cuando le he dado la mano esta mañana, su contacto, me ha producido un escalofrío, me ha afectado. Y no sé si seré capaz de soportar su cercanía como si nada pasara. Sí que me afecta, al final soy más blanda que el hombre de goma de los cuatro fantásticos. Me afecta su cercanía y sus ojos azules, son tan bonitos.

—Tengo que conocer a alguien esta noche, echar el polvo de mi vida y así no me afectará —digo en un momento de lucidez.

—No sé cómo podemos encontrar a un tipo tan rápido.

—A lo mejor Sofía y Jenny nos pueden ayudar.

Helen asiente y enseguida manda un mensaje al grupo de amigas. Sofía contesta enseguida, afortunadamente para mí.

—Me han hablado de un sitio muy interesante, una compañera de trabajo, voy para allá y os recojo.

Una hora después vamos todas en un taxi porque a alguien, creo que a Jenny, se le ha ocurrido que bebiéramos en casa para ir cogiendo tono o algo así. No sé si con ese tono voy a ser capaz de aguantar a ningún tío o le vomitaré encima, pero por intentarlo que no quede.

—¿Dónde vamos exactamente? —logro preguntar de la forma más coherente posible, intentando no reírme mientras lo decía.

—Es una sorpresa, ¿tenéis dinero?

—No mucho —decimos al unísono.

—Bueno, pues vamos a un cajero y sacamos, os prometo que os divertiréis —añade ante nuestras caras de preocupación y de desconfianza mezcladas.

Al final hacemos lo que dice y sacamos casi todos nuestros ahorros, que son pocos, digamos que cuando dijeron en las noticias que en Grecia podían sacar sesenta euros del cajero cada día, pensé en ir allí, porque a mí me quedaban diez dólares en mi cuenta..., ese es mi nivel de ahorro, pero supongo que a estas alturas de la vida no nos importa demasiado.

Ahora mismo todas tenemos problemas, nuestros propios problemas sentimentales..., y aunque nos olemos por dónde van los tiros, no nos importa. O tal vez la curiosidad nos está ganando.

Debe ser una discoteca de gente vip o algo así, y donde el sexo será fácil, pienso mientras el taxi se acerca a un edificio de varias plantas bastante sobrio en el exterior, gris, hormigón y cristal. No hay ningún cartel ni nada que anuncie qué hay en el interior.

Todas nos miramos y luego a Sofia. Ella se adelanta y hace un gesto con la mano para que la sigamos.

—Vamos.

Helen me mira buscando respuesta.

—Ahora ya hemos sacado el dinero... —digo encogiéndome de hombros.

—Supongo que no nos queda otra opción —responde ella.

Jenny ya se ha adelantado para ponerse a la altura de Sofia que casi ha alcanzado la sobria puerta.

—¿Has entrado aquí antes?

—No, tengo que enviar un mensaje a la chica que me habló de este sitio, ella está dentro.

—Vamos, que no tienes ni idea.

Sofia le sonrío mostrando todos los dientes y negando con la cabeza.

—¿Has pensado en la posibilidad de que nos roben ahí dentro y nos den una paliza? —pregunta Jenny, que es atrevida, pero no una inconsciente.

—Nos van a dar sí, ya verás... —dice enigmática Sofia antes de que la puerta se abra unos centímetros.

Un tipo alto y musculoso con una camiseta que le está dos tallas más pequeña aparece rodeado de humo y nos mira de arriba abajo. Luego le habla a Sofia con un acento ruso y ella le explica que queremos entrar y le enseña el

mensaje en su móvil de la amiga.

—Podéis pasar —dice él apartándose con su fuerte acento.

Jenny se queda embelesada mirándolo mientras pasa delante de Helen y de mí, que ponemos los ojos en blanco.

—Con el portero no —dice Helen.

Creo que el portero la ha oído. Sí, la ha oído porque ha levantado una ceja al pasar Helen y la ha mirado mal.

—¿Por qué no? —pregunta Jenny como si fuera una niña pequeña a la que le quitan un juguete.

—Porque ahí dentro hay un montón de tíos buenísimos.

Jenny no contesta mientras seguimos el pasillo que nos ha indicado el portero con la mano al entrar.

Llegamos a una sala que podría ser la de cualquier bar de copas, asientos acolchados a un lado, una barra con botellas atrás en el centro, parejas hablando y algunas bailando sensualmente repartidas por todas partes.

Lo único diferente es que hay muchas puertas rodeando la sala, y un pasillo a nuestra derecha que, por lo que puedo ver desde mi posición, tiene más puertas.

—¿Qué es exactamente este sitio?

Sofía sonrío como si fuera a revelarnos algo maravilloso, como si estuviéramos en el mundo de Oz y nosotras fuéramos a seguir las putas baldosas amarillas.

—¿Veís esos chicos tan guapos de allí?

Pregunta Sofía y todas nos volvemos hacia la dirección de su mirada asintiendo con la cabeza ante tanta belleza masculina.

—Podemos elegir al que queramos sin más, no tenemos que hablar, no tenemos que seducir a ninguno, vamos, le decimos qué queremos y nos vamos a una habitación.

—¿Y por qué están las otras hablando con los que han elegido? —pregunta Jenny confusa.

—No lo sé —admite Sofía mirando a un lado y otro—, será que se aburren y quieren conversación, no tengo ni idea, nosotras vamos a lo nuestro.

—¿Esto es legal? —pregunto yo dudando.

—A ver, si algo fuera ilegal lo sabría, soy abogada —afirma Sofía con los ojos fuera de las órbitas mirando a un chico moreno que parece italiano, latino es seguro.

—No creo que estés muy lúcida ahora mismo...

Un tipo con traje se acerca a nosotras y nos saluda con una educación exquisita.

—Mi nombre es John —dice antes de explicarnos cómo funcionan las cosas aquí y dónde están las habitaciones. Helen y yo nos miramos confusas, no sabemos si quedarnos o irnos.

—Y ahora, señoritas, pueden elegir a cualquiera que les guste... —dice él abriendo la mano y girando unos grados para que observemos la mercancía.

—¿Cualquiera? —pregunta Jenny.

—Cualquiera —responde él solemne.

—¿Tú también? —dice Sofía con una sonrisa.

Él parece algo sorprendido pero asiente con la cabeza.

—Yo también.

—¿El segurata de la puerta? —pregunta Jenny.

Ahora sí que se ha sorprendido de verdad el tipo. La mira confuso y sopesa un momento la situación.

—Supongo que sí, pero tendría que consultarlo con mi jefe, y con él.

—Jenny, no te obsesiones, hay otros aquí —le recomienda Sofía.

—Quiero el segurata de la puerta —se empeña ella y Helen y yo ponemos los ojos en blanco. Ha bebido más de la cuenta.

—No es problema —dice el tipo—. Lo consulto en un momento.

Helen y yo nos miramos sintiéndonos fuera de lugar. Creo que habría sido mejor y más barato ir a una discoteca.

—En cuanto éstas estén en sus líos nos largamos de aquí, creo que prefiero seguir teniendo algo de ahorros, por pequeños que éstos sean —admito.

Helen asiente mirando a su alrededor.

El tipo que nos ha recibido y nos ha explicado cómo funciona todo se acerca a otro tipo sentado en un hueco acolchado al fondo de la sala, una zona más oscura donde está sólo él. Debe ser el jefe, que controla que todo funcione a la perfección desde allí. Me da cierta curiosidad y agudizo la vista ajustando mis gafas.

Él se levanta y nos mira desde la oscuridad de su rincón. Le habrá dado curiosidad que Jenny se empeñe en follarse al segurata.

—Señorita, tendré que hablar con Dimitri, él no ofrece este tipo de servicios aquí, pero mi jefe está de acuerdo —dice John acercándose de nuevo a nosotras.

Sofía y Jenny se adelantan hablando entre ellas y Helen y yo nos

quedamos en un rincón sin saber qué hacer.

—¿Nos vamos?

—Yo no pienso gastar dinero en esto cuando lo puedo conseguir gratis.

—Sí, gratis..., pero de peor calidad —digo riendo.

—Nos quedamos un rato para ver que hacen esas dos, tengo curiosidad por saber si Jenny se lía con el portero.

Tengo que admitir que yo también estaba esperando la respuesta del ruso.

—El pobre hombre va a flipar. ¿Crees que se sentirá insultado?

—No conozco a ningún ruso..., pero conozco a los hombres, y no creo que se sienta insultado.

El tipo que se encarga de todo en este lugar, John, vuelve con el ruso, que no muestra expresión alguna acercándose a Jenny y Sofía. Mientras que a Jenny se le ríen hasta los huesos. La verdad que impresiona ese hombre al lado de Jenny, que no es mucho más alta que yo, y yo mido metro y medio...

—Tienes que hacer todo lo que te pida —le dice John al ruso. Él asiente y le tiende amable la mano a Jenny.

—Creo que podría habérselo follado sin tener que pagar —le susurro a Helen.

—A lo mejor le da morbo hacerlo así, ya sabes cómo es Jenny.

El tal Dimitri se inclina hacia Jenny cuando ella le dice algo al oído poniéndose de puntillas. Él se agacha hasta sus labios y la besa antes de irse juntos a una de las habitaciones que rodean el salón.

—Me da pena —dice Helen.

—¿Jenny o el ruso?

—El ruso, por supuesto.

John se acerca a su jefe, sentado en el fondo y él se levanta para, supongo, comprobar que todo ha salido bien. No estará acostumbrado a que una cliente pida algo así.

—Creo que es hora de irnos —dice Helen mientras yo me estaba deleitando la vista con los chicos que hay en la barra.

Miro hacia donde se acerca el jefe y me quedo boquiabierta.

—¿Gareth? —reconozco cuando la luz le ilumina al fin.

John frunce el ceño y mira a Gareth y luego a mí, pero inmediatamente se recompone y nos deja solos.

—Isabella... ¡Qué sorpresa!

—¿Trabajas aquí?

—No exactamente, soy el dueño —admite encogiéndose de hombros con una sonrisa—. ¿Y tú qué haces aquí? Jamás pensaría que te vería en este lugar. No eres el perfil...

—¿Qué perfil?

—Ni el de morbosa ni el de necesitada —dice sonriendo.

—No sé si sentirme halagada u ofendida, pero no estoy aquí por voluntad propia, de hecho ya nos íbamos.

—Sí, nos íbamos —dice Helen un poco nerviosa.

—Ya sabes que yo no cobro —dice antes de que salgamos de ese lugar prácticamente corriendo.

Helen me agarra del brazo y me susurra algo al oído.

—No se llama Gareth, se llama Richard, le he oído al otro nombrarle así. ¿No te parece todo esto muy raro?

—Todo es muy raro, desde luego. Menos mal que no me lié con él.

—Hay algo que he visto antes, no consigo recordarlo, pero hay algo que no sé qué es y me ha hecho desconfiar de ese hombre.

—¿Que es el dueño de un club de gigolós? Por ejemplo...

—Aparte de eso —dice riendo.

Capítulo 15.

Al fin volvemos a trabajar juntos. Me ha costado dinero y tiempo, pero vale la pena cuando veo a Isabella entrar de nuevo en mi despacho.

—No sé cómo he accedido a esto —se queja nada más entrar y yo sonrío.

—No te quedaba más remedio, los negocios son los negocios.

La miro desde mi silla y noto cómo me quiere evitar, si al menos pudiera explicarle que todo fue un error.

—Nada fue como crees —intento por enésima vez, porque no ha querido leer ni uno solo de los emails que le he mandado. Y me bloqueó el teléfono también.

—He venido con la condición de no hablar de otra cosa que no sea el trabajo o me voy inmediatamente.

—Ambos sabemos que no te irás —digo levantándome y yendo hacia ella. Me coloco a su espalda mientras sigue sentada en su silla frente a mi mesa y acaricio su cuello con mis dedos.

No es indiferente a mi tacto, de hecho veo cómo el vello de sus brazos se eriza.

—No te atrevas a ponerme las manos encima —amenaza con la voz ronca.

Acerco mis labios a su cuello agachándome e inspirando su aroma a vainilla.

Acabo arrodillado en el suelo a su lado pidiéndole con la mirada una oportunidad y la veo dudar. De pronto me acuerdo de algo que dijo Claudia, algo sobre que si la besaba y le gustaba no podría rechazarme, y sé que le gusta. Atrapo su cabecita y la acerco a mí mientras me mira con una mezcla de miedo y deseo. Deslizo mi lengua en el interior de su boca y la oigo gemir. No suele gemir mucho, por lo que su sonido todavía lo aprecio más.

—Te he dicho que no me pusieras las manos encima.

—Mis manos están en los reposabrazos.

Ella se muerde los labios y comprueba que es verdad bajando la mirada.

No dice nada más y deja que la vuelva a besar.

—Todo fue una confusión, deja que te explique —le ruego—. Ni

siquiera leí el informe del detective, estuvo en mi maletín varios días. Nunca quise hacerte daño.

—Decías que soy fea, dijiste eso cuando me conociste —me recuerda con los ojos entrecerrados.

—Tú también lo decías de mí, sólo era porque nos obligaban a trabajar juntos. ¿Qué decía el informe?

—Un informe del psiquiatra, sólo que soy una buscadora de sensaciones, igual que tú. Pero no me gusta que hayas intentado buscar algo sucio en mi pasado para chantajearme.

—Tú también buscaste algo para controlarme, me lo dijo Claudia.

Ella parece recapacitar durante unos segundos, y para ayudarla a decidirse, ya que es una buscadora de sensaciones..., decido girar su silla y abrir sus piernas frente a mí para meter mi mano por el interior de sus muslos. Me mira boquiabierto hasta que alcanzo su sexo apartando sus braguitas. Se está decidiendo porque baja su cuerpo por la silla para acercarse a mi mano.

—¿Te gusta? —le pregunto levantando la mirada a sus ojos mientras acaricio con el pulgar su clítoris e introduzco dos dedos dentro de ella.

No me responde con la voz, pero asiente tragando saliva.

Ver su pequeño cuerpecito retorciéndose me está volviendo loco, me muero por metérsela, pero quiero esperar un poco más, quiero ver cómo se corre con mis dedos.

El teléfono interno suena y con la mano que tengo libre alcanzo el auricular.

—¿Sí? Francis... —digo sin sacar mi mano de debajo de la falda de Isabella.

—El "señor" Richard...

—¡Detenlo, que no entre! —exclamo interrumpiéndole nervioso y sacando mi mano rápidamente de entre las piernas de Isabella.

—¿Qué pasa?

Yo no le contesto, me dirijo hacia la puerta, y justo cuando estoy apunto de alcanzarla para evitar que Richard entre, él la abre y aparece en el umbral.

—¿Gareth? —dice Isabella recomponiendo su ropa.

Casi puedo ver cómo su enfado se materializa como un aura superpuesta a su contorno.

Sé que si la dejo ir ahora no podré arreglarlo, sé que si dejo que su cerebro haga conjeturas ya no podré volver a convencerla de que la amo. La semana que he estado sin ella ha sido como un infierno. En este momento me

doy cuenta de que no puedo estar sin ella, no es que no me haya dado cuenta antes, pero ahora el temor me puede. De pronto tengo un miedo irracional a que vuelva a desaparecer, necesito tenerla cerca y necesito oír cómo se queja de nuevo de mis tonterías, o que me diga que quiere ser algún superhéroe para hacerme sufrir. No quiero volver a perderla y que desaparezca, esta vez para siempre.

Atrapo a Isabella antes de que huya y le cierro la puerta en las narices a Richard.

—Ya sabía Helen que algo le resultaba familiar en ese tipo. Tiene tu abrigo.

—No es lo que parece.

—¡Otra vez la misma frase! Nunca es lo que parece.

—Por favor, si te vas ahora me matarás.

—A lo mejor es lo que mereces —grita mientras sigo abrazándola.

—Le hablé de ti y le enseñé tu foto al principio, cuando te obligaron a trabajar conmigo, no te conocía aún como te conozco ahora, no te quería como te quiero, y él se empeñó en conquistarte, no sé por qué te dio otro nombre, creo que lo hizo para que yo no supiera que era mi propio amigo el que quería seducirte.

Ella cede un poco la tensión de su cuerpo y yo aflojo la presión en el abrazo que la retiene.

Si se va ahora sé que la perderé y no podría soportarlo.

—No tienes ni idea de cómo has cambiado mi vida —le susurro ahora al oído—. No era nada sin ti, ahora sé que puedo controlar esta empresa, sé que puedo hacerlo todo, pero te necesito a mi lado.

—No creo nada de lo que dices, creo que contrataste a Richard para que me sedujera y me quitara de en medio. ¿Por qué si no te has puesto tan nervioso al saber que había llegado él?

—Por favor, no te vayas. No fue así como pasó —me siento ya sin fuerzas de poder convencerla, me cuesta incluso respirar.

—¿No fue así? ¿Y cómo fue?

—Sólo fue una idea, cuando no te conocía como ahora. Si me dejas no podré seguir en esta empresa.

Ella me mira confusa.

—A lo mejor no te mereces esta empresa. ¿Qué has hecho tú por ella? A lo mejor no te mereces que yo esté aquí tampoco.

—No merezco nada, lo sé, pero aún así te lo pido, aún así quiero

intentarlo —digo sin una gota de esperanza—. Sé que no he hecho nada bien en mi vida, pero puedo cambiar. Durante la semana que no has estado he hecho lo imposible por mantener todo esto a flote, por recuperarte. Margaret y Emmett confían en mí a pesar de todo. Ya has hablado con ellos. Tienes que creerme —ruego con los ojos cerrados y dejando que ella se escape de mi abrazo.

Oigo sus pasos dirigiéndose hacia la puerta y sé que la he perdido para siempre, ya nada hará que se quede conmigo. He sido tan idiota toda mi vida.

Abre la puerta y se detiene en el umbral.

—Francis, pide comida china, tenemos trabajo por delante —dice ella y vuelve a cerrar.

Abro los ojos y veo su sonrisa en su carita de niña acercándose a mí. Cuando está a unos pocos centímetros agarra mi cabeza con sus pequeñas manitas y me atrae hacia ella para que la bese.

Epílogo.

Jonathan y Claudia han venido para firmar la absorción de la empresa de Emmett Carlyle y celebrar el embarazo de Claudia. Son bastante prácticos.

Se ha reunido toda la familia, salvo Thomas, que sigue en su isla dirigiendo el resort.

—No puedo creerlo —dice Jonathan negando con la cabeza al ver a su hermano trajeado firmando con Emmett en el despacho de abogados.

Yo me encojo de hombros y sonrío.

—Yo tampoco me lo creo del todo, pero le daremos un voto de confianza, por lo menos lo intenta.

—Tal vez el problema es que ninguno le dimos credibilidad, como era el pequeño de la familia y hacía tantas tonterías de niño...

—Sigue haciéndolas... —me callo antes de decir dónde las hace. Pero justo ahora me vienen a la mente las imágenes de anoche, de su polla dura entre mis manos, notando cómo se endurecía cada vez más por el contacto de mis dedos. Lo miro mientras firma los documentos frente a mí y parece tan serio haciéndolo que me hace sonreír. De pronto alza la vista y sus ojitos azules me sonrían también. Me quedo embobada unos segundos hasta que mi móvil suena y veo una foto en el grupo de amigas, son Sofía y Jenny, que se han ido de vacaciones a Rusia... Pero esa es otra historia.